This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~NS. 71 h. 7~~

Vet. Span. III E. 209

NOTICIA

DE

D. GERÓNIMO JIMENEZ DE URREA,

y de su novela caballeresca inédita

D. CLARISEL DE LAS FLORES,

por

D. GERÓNIMO BORAO,

CATEDRÁTICO DE LITERATURA GENERAL ESPAÑOLA,
INDIVÍDUO CORRESPONDIENTE DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA
Y VICEPRESIDENTE DE LA COMISION
DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE ZARAGOZA.

ZARAGOZA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALISTO ARIÑO.

1866.

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
31 JUL 1953
UNIVERSITY OF OXFORD

I.

INTRODUCCION.

Entre los trabajos literarios, los hay de fácil lucimiento, ya por su inmediata aplicacion, ya por su carácter popular, ya por contener en corta dósis de estudio un gran caudal de imaginacion; y los hay tambien ingratos que por carecer de esto, pero costando algunas vigilias, nacen destinados á unos pocos lectores y no llevan consigo otro premio que la aprobacion, y esta dudosa, de los curiosos á quienes de antemano se destinan. Aun entre las obras que, por lo abstruso de su materia, parecen corresponder á esta segunda clase, las hay hechas con tal arte, ó tal gracia, ó tal maña, que llegan á lindar con las de imaginacion y á hacerse por esta causa populares de segunda clase, esto es, entre las personas que llamaremos cultas sin que podamos llamar científicas; y las hay que, ó por su verdadera erudicion ó estension, ó por la desnudez de sus galas literarias, ó por la estrechez de la materia, son casi una obra de virtud mas bien que de literatura. No pretendemos atribuir esa virtud al opúsculo encabezado por estas reflexiones, ni le presentamos sino en la línea de

los trabajos *oscuros;* mas como tememos que, aun dentro de tan modesta esfera, sea tenido en poco por los aficionados á esta clase de lecturas, creemos necesario poner encima de nuestro trabajo las disculpas de haberle acometido.

Versa, en efecto, sobre un autor conocido y sobre una obra suya desconocida; pero hay que confesar que ni aquel es de primer órden, ni ésta se halla completa; por donde viene á desaparecer el interés que lo primero inspiraria, y la importancia que llevaria consigo lo segundo, computado como descubrimiento. Mas si se considera el noble afan con que se procuran exhumar en nuestros dias todos los restos perdidos ú olvidados que de cualquier manera nos pongan en contacto con las antiguas civilizaciones; si se tiene en cuenta que hay estudios que solo en nuestros tiempos se han hecho, y que en literatura, por ejemplo, áun no se habia analizado ni siquiera deseado hasta ahora sino lo que era clásico, despreciándose lo que hoy más se aprecia, que son las manifestaciones nacionales, esto es, el teatro donde lo ha habido, las novelas caballerescas y de costumbres y los romances y leyendas; si se reflexiona en el enlace cada vez mayor con que se ayudan unas á otras las ciencias, no siendo ya indiferente ningun dato, ninguna opinion, ningun absurdo; si se pára la atención en la avidez con que se buscan antiguas ediciones, restos arqueológicos, fragmentos literarios, y, en fin, todo lo que puede aumentar en poco ó en mucho el caudal de nuestros conocimientos; si se recuerda, verbi gracia, el empeño con que se ha discutido entre algunos sábios, durante los años 1863 y 64, un pasaje de Afranio que no contiene sino cinco versos y que ni siquiera se ha descubierto ahora sino que ya era de los latinistas sabido por haberlo conservado el gramático Nonio Marcelo; si se advierte el cuidadoso esmero con que en todas las literaturas se han recojido hasta los más diminutos restos de sus autores, lo mismo de cíclicos que de dramáticos griegos, de épicos como de

didácticos latinos; si se nota cómo esos restos han servido á veces, si no para reconstruir las obras perdidas, á lo ménos para conocer bien al autor, segun se ve en muchos trabajos modernos como el que Guizot ha verificado sobre Menandro, puede ser que no parezca tiempo disipado ni diligencia infecunda el dar á conocer una obra del todo ignorada, por más que esa obra pertenezca á un género popularmente muerto y por más que tenga hasta la desventaja de incompleta.

Sabiendo, muchos años hace, que en la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza existia la novela caballeresca de *D. Clarisel de las Flores;* habiéndola ojeado, aunque sin el valor de penetrar en ella; leyendo despues la breve y única noticia que de ella dió el erudito Sr. Gayangos, notando cómo éste la calificaba de muy importante á pesar de estar falta de su primer tomo; observando cómo por cada dia se aumentaba la curiosidad y el interés hácia los libros de esta clase; habiendo acometido, por fin, la no muy fácil tarea de leerla y extractarla, y constándonos que en esa labor de paciencia éramos únicos y que por consiguiente se ignoraba absoluta y completamente el contenido de un estenso libro nunca nombrado sin respeto, pero nunca dado á conocer por nadie, nos pareció del caso transmitir á los demás la adquisicion que acabábamos de hacer, persuadidos de que *D. Clarisel* nunca habia de imprimirse, y confiados en que los lectores de este opúsculo sabrian utilizar sus noticias mejor que el que se limitaba á presentárselas.

Cierto es que, como á los brillantes una mancha, roba á este libro mucho de su valor la circunstancia de no haber llegado íntegro á nosotros; pero, en primer lugar, nosotros no pretendemos haber hecho un descubrimiento importante, ni compararemos nunca á *D. Clarisel* con la *República* de Ciceron, por ejemplo; y ademas ignorábamos, hasta que llegamos no sin afanes á la última página, que faltasen los últimos capítulos, noticia que, sabida

á tiempo, quizá nos hubiera retraido de nuestro empeño (1). Considerábamos, por otra parte, que en tan estenso libro como el de *Clarisel de las Flores* todavía podian encontrarse, á pesar de ser él uno de tantos entre los numerosos caballerescos españoles, muchas bellezas de plan y construccion, muchas aventuras completas y hasta cierto punto aisladas á manera de episodios como los que contiene el *Quijote*, muchas indicaciones acerca de las costumbres y opiniones de aquel tiempo, muchos bellos trozos de elocuencia, muchos notables pasajes de moral y desde luego algunas aunque breves piezas de poesía cortesana para enriquecer los *Cancioneros*. Todo esto y algo mas se encuentra en el libro que nos ocupa, tal cual él ha llegado á nuestras manos; y como eso es bastante para que pueda entrar como uno de tantos simples ó ingredientes en obras de otra naturaleza que otros ingénios produzcan relativamente á esta ó análogas materias, he ahí justificado nuestro trabajo, ó nosotros nos equivocamos mucho en esta parte.

Ahora bien: no siendo posible sino temerario el pensar en la impresion de *D. Clarisel*, y no queriendo nosotros que nadie pasára absolutamente por nuestro informe, la modestia nos ha aconsejado presentar un estracto estensísimo de su argumento, trasladar un número considerable de trozos y locuciones de todo género, reproducir todas las piezas de poesía, supuesto no son muchas, y acompañar todo esto con algunas reflexiones propias emanadas de su lectura, para dar hasta cierto punto á nuestros lectores el libro entero sin su estension desmesurada. Hé ahí por qué el estracto tendrá unas proporciones que, sin esta advertencia, parecerian estremadas respecto á lo que la obra vale y representa: aunque, bien mirado todo, no es enteramente inútil para el co-

(1) Esto, sin embargo, no ha retraido de publicar obras literarias, y en 1780 se dió en Leipsick el poema *Walter de Aquitania*, cuya conclusion se descubrió y publicó doce años mas tarde.

mun de los lectores, si los hay, el argumento de un libro de caballerías; pues aunque son muchos los que vomitaron en el siglo XVI las prensas españolas, no es ménos cierto que están todos ellos olvidados, y apenas puede abrirse una escepcion sino en favor de *Amadis de Gaula*, reimpreso en una coleccion popular de Barcelona y en otra de Madrid, y de *Las Ergas de Esplandian*, reproducidas por Gayangos, pero sin que aun estas dos obras sean en general leidas ni estudiadas.

Espuestas las razones que hemos tenido para tratar de *D. Clarisel* en la forma y estension con que lo haremos, ya se concibe sin violencia que, arrastrados por el asunto, habremos de decir algunas palabras sobre el género á que ese libro pertenece, y se concibe mejor todavía que nos hemos de detener un poco al hablar primero de su autor, tanto más cuanto que, siendo éste muy notable, son poco estudiadas sus principales obras y algun tanto descuidadas sus biografías.

II.

BIOGRAFÍA DE GERÓNIMO DE URREA.

Poca fortuna ha cabido á Urrea en la posteridad, pues aunque sus obras le abonarán perpétuamente y habrá de sonar su nombre en todo libro que trate con algun fundamento de la literatura española, tambien es por otra parte desgraciadamente cierto que en cuanto á su estirpe fué hijo ilegítimo; en cuanto á su estimacion y estudio, apenas si se mira con respeto sino el *Diálogo de la honra militar;* en cuanto á sus elogios, no se hallan (y es cuanto hay que decir) ni en el *Laurel de Apolo*, ni en el *Viaje al Parnaso*, que ponen por las nubes á escritores de último órden, sin limitarse á tratar de solo los contemporáneos; en cuanto á sus obras, la mayor parte son perdidas ó no leidas ni buscadas; y en cuanto á sus biografías, son pocas é incompletas, y, lo que es peor, no

hay buena manera de completarlas hoy, mucho mas faltándonos como nos faltan las facilidades que tuvieron los antiguos. Cupiéronle, es verdad, un biógrafo particular y dos generales, los tres muy diligentes y de mucha nota, el primero el doctor Juan Francisco Andrés y los otros Nicolás Antonio y D. Félix Latassa; pero, refiriéndose estos á aquel, nada adelantaron sobre las primeras noticias, de suerte que entre los tres no supieron ó no quisieron decirnos ni cuándo nació Urrea, ni cuándo ni en dónde murió, ni cuál era el árbol de su familia, ni nada acerca de su padre, ni si al perder como hijo ilegítimo el vizcondado de su padre dejóle éste algunas rentas, ni qué ediciones se hicieron de sus obras (aunque de ellas citaron las que alcanzaron á saber), ni en qué épocas entró á servir como soldado y fué ganando algunos premios. No hacemos este prospecto de faltas con la vanidad de proceder á remediarlas, pues, como es natural, hoy ya se han secado muchas fuentes que en tiempo de aquellos eruditos manaban abundantes noticias; sobre que nunca pensamos igualar nuestra diligencia con la suya. Pero lo que sí haremos es combinar los datos de los tres, corregir á los unos por los otros, aducir tal cual nueva autoridad en la materia, presentar nuevos hechos, y completar hasta donde nos sea posible el trabajo, ó disculpar con alguna razon las lagunas que todavía han de quedar en él y que otros mas afortunados llenarán acaso algun dia movidos tal vez de nuestros inútiles esfuerzos.

Urrea pertenece, aunque con su calidad de hijo fuera de matrimonio (cosa que omite Latassa), á la nobilísima familia de que proceden los condes de Aranda, tan famosos en la historia de Aragon y en la del mundo; y como esto sea tan importante de esplicar tratándose de nuestro autor, ha de permitírsenos, aunque tenga cierto olor á ranciedad, decir algo sobre los Jimenez de Urrea y sobre el orígen atribuido á este apellido.

La tradicion, apoyada por autores crédulos, dice que en 25 de

Noviembre de 1096 se estaban dando á un tiempo dos grandes batallas, una en Antioquía por Godofredo de Bouillon, primer cruzado, y otra en Alcoraz por Pedro I, junto á Huesca, y que San Jorge trajo á ésta desde el campo de aquella y sobre su propio caballo á un caballero aleman de grandes dotes, el cual se hubo como muy bueno en aquella célebre victoria en que quedaron rendidos los cuatro reyes moros con que vino á blasonar el escudo de Aragon. Otros, reduciendo á mas justas proporciones el milagro, dicen que el caballero aleman venia romero de Santiago y que tomó parte en la batalla, lo cual no parece inverosímil; pero añaden que era el tal un hijo de Enrique IV, emperador de Alemania, por nombre Maximiliano ó Maximiano, que traducido literalmente viene á dar la etimología de Jimenez, añadiéndose el apellido de Urrea, por ser este el primer pueblo que ganó en adelante de los moros. Otros se inclinan á que en la batalla de Alcoraz hubo un aleman que fué orígen de los Moncadas catalanes (1), y además el Maximiliano que lo fué de los Urreas, y aun dicen que este nombre viene de la villa que le llevó en dote doña Toda, con quien al establecerse en España se enlazó. Zurita se sonrió maliciosamente al referir aquel milagro y estas opiniones, y escribió de los linajes de Moncada y Urrea, que «no hay para qué ensalzarlos con opiniones que no sean muy fundadas y verdaderas.» El abad Briz Martinez, que vió en esta reserva *tanta sal de prudencia,* se adhirió á ese parecer y buscó á los Urreas otro y aun mejor acomodo, haciéndoles venir de Garci *Jimenez,* primero de los reyes de Aragon, ó de *Ximeno,* padre de Íñigo Arista (2), y de ahí el que otros autores de menos respeto, por ejemplo, los prosistas y poetas encomiastas de la casa del conde

(1) Conrado, hermano de Maximiliano, segun algunos.

(2) ¡Y con qué razon! Con la *razon ciceroniana* de descender del rey Tulio el orador romano por llamarse Márco Tulio.

de Aranda (1), dejen ya como cosa sentada que los Jimenez de Urrea descienden de Sancho Abarca (otro apellido del conde), de Garci-Sanchez y de Sancho el Mayor, que son colaterales de Alfonso el Batallador y que dieron reyes á Sobrarbe, Aragon, Navarra y Escocia. Pero el buen Blasco de Lanuza, escritor cándido, y, en cuanto alcanzaba, muy veraz, mas en cambio un poco montado á la antigua, no tiene valor para abandonar un orígen tan poético como el de Maximiliano, y desde él va señalando, en línea recta y sin interrupcion y siempre de padres á hijos (téngase esto presente para el catálogo que vamos á continuar), todos los descendientes hasta el conde de sus tiempos, esto es, hasta el año 1622.

Esos descendientes, que él se limita á nombrar y que nosotros marcaremos un poco más siguiendo en general á Zurita (el cual desparrama pero no agrupa noticias de esta familia), irán por nosotros numerados para las observaciones á que den lugar, y de esta manera podrá construirse un árbol sin gran dificultad aunque con algunas ramas dudosas; porque lo que es nosotros no

---

(1) Aludimos, no precisamente á los nobiliaristas de los condes de Aranda, como Pedro Funes, consultado por Zurita, Jaime y Martin de Abiego, genealogistas padre é hijo, y el doctor Juan Lorenzo Morenci y Aldaya, citado por Juan Francisco Andrés sobre el ms. que (así como los otros) tenia el cronista Jimenez Urrea, sino á los poetas y autores de *Relaciones* acerca de regocijos públicos inspirados por los condes de Aranda. Recordamos con este motivo la entrada casi triunfal del famoso *Don Pedro Pablo* en su villa de Épila en 1769, á donde fueron á visitarle la ciudad de Zaragoza y sus autoridades, y en donde hubo fuegos, comedias, novillos, parejas de oficiales, folla real y todo cuanto pudo disponerse, lo cual fué celebrado por el doctor Antonio de la Iglesia en *Puntual y festiva relacion* en prosa y verso (y no malos versos), por D. José Parisany en *Glorioso parabien* en octavas reales, por un zaragozano en *Debido sentimiento* en tercetos, por Lezaun (aunque en la obra no se dice) en *Clarin sonoro de la fama* en romance endecasílabo, y por un anónimo en *Carta del Parnaso*, romance heróico y de mucho mérito.

hemos logrado ver ninguno en regla, aun registrando el archivo de la casa en Zaragoza, si no son algunos que hacen poco al caso y que son puramente forenses para ventilar derechos en el siglo pasado.

Número primero. MAXIMILIANO el de Alcoráz, que algunos suponen primer vizconde de Biota, por Sancho IV, pero absurdamente, pues Sancho Ramirez murió ante Huesca, 1094: *segundo,* PEDRO JIMENO, que tuvo en honor á Urrea, asistió á las Córtes celebradas por Urraca en 1166 á la muerte de su esposo, y firmó la donacion de Vera á Veruela, segun hemos visto en papeles manuscritos de aquel monasterio: *tercero* y *cuarto,* si ya no son uno solo, el hijo y nieto del anterior, pero sin nombre conocido, aunque uno de ellos (quizá único) debe ser el PEDRO, *señor de Urrea,* á quien el rey quitó el honor de los lugares de su padre, segun Zurita (I, 87), y el cual asistió al juramento de Pedro II: *quinto,* SIMON JIMENO URREA, famoso capitan general de Jaime I, que lució en Burriana, Cilla y Peñíscola, se distinguió en toda la conquista de Valencia, fué señor de la villa de Aranda y ganó á Alcalaten, dando orígen á la baronía de este nombre (1): *sexto,* SIMON JIMENO URREA (mejor JUAN), señor de Biota, y primero en esto segun algunos, el cual casó con Teresa Entenza, fué general de frontera en Daroca 1299, se distinguió en el cerco de Almería, y murió de fatiga cuando volvia de aquella jornada: *sétimo:* TODA URREA, que casó en 1309 con D. Artal de Alagon, y habiendo resultado dos hijos, el uno tomó, como correspondia, el apellido del padre,

---

(1) Á este debe de aludir Urrea el poeta, en su canto XXXIV de Orlando, aunque llamándole Juan, cuando dice:

Con amigos y deudos denonado
Ganará un reino á moros en Valencia
. . . . . .
Al rey de Alcalaten moro valiente
Vencerá cuerpo á cuerpo mortalmente.

y se llamó Blasco Alagon, y el otro (sin duda por conservar *con particular misterio*, como dice Briz, tan ilustre renombre), el de la madre: *octavo*, JUAN JIMENO Urrea, que gozó la tenencia de Alcalaten y la rico-hombría de su casa, y tuvo contiendas con los Atrosillo por causa de la baronía de Estercuel que defendía para su mujer doña María Jimenez Atrosillo: *noveno*, JIMENO *Jimenez de Urrea*, vizconde de Rueda y Épila: *décimo*, LOPE JIMENEZ URREA, probablemente el de la coronacion de Fernando I el de Antequera, y desde luego el de los bandos (1378 á 1382) con los Corneles por causa de su mujer doña Brianda de Luna, que á los cuatro años de matrimonio pidió el divorcio, aunque en vano, como doncella: *undécimo*, LOPE JIMENEZ DE URREA, notabilísimo virey de Nápoles por Alfonso V, y de Sicilia por Juan II en 1458, en cuyo gobierno murió en 1475, habiéndose distinguido en la conquista y asalto de Nápoles y siendo el primer conde de Aranda: *duodécimo*, MIGUEL DE URREA, que aparece en la jura del príncipe D. Miguel, 1498, y en la de doña Juana, 1502, y fué nombrado por las Córtes como capitan de la empresa de Calabria y la Pulla contra la Francia en 1503, acompañó al rey en la guerra de 1506, sirvió en la de Navarra, 1512, tuvo disensiones muy sérias con el conde de Ribagorza en 1513, y debe ser el que asistió á las Córtes de Monzon, 1528, con el dictado de Expectable y el título de vizconde de Biota, heredado precisamente del padre de nuestro *D. Gerónimo Urrea*, en quien hubiera recaido á ser hijo legítimo.

A estos siguen, pero ya son posteriores á Gerónimo Urrea, y por consiguiente inútiles á nuestro intento: *décimo tercio*, JUAN, nieto del anterior é hijo de Hernando, que por lo visto murió ántes que su padre D. Miguel: *décimo cuarto*, LUIS, que tuvo cuatro hermanos, tres de ellos grandes estudiantes en Salamanca y uno de éstos yerno del marqués de Aytona; y *décimo quinto*, ANTONIO, conde V de Aranda en 1622 cuando Blasco escribia. Muerto despues D. Antonio sin sucesion, se buscó la línea de Pedro Manuel, hermano

de Miguel, y obtuvo sentencia favorable su tataranieto Pedro Pablo, gobernador de Aragon, cuyo biznieto, que murió en 1721, tampoco dejó sucesion, y al fin vino esta á recaer en el famoso D. Pedro Pablo, que nació en 1719 y heredó en 1742 á su padre, el cual estaba en el mismo grado que el difunto con respecto á *Pedro Manuel*, pues ambos eran sus sexto-nietos, y ambos por línea femenina. En lo demás, ha sido esta casa tan ilustre, que, sin contar las muchas ramas anteriores á la fundacion del condado de Aranda en la mitad del siglo xv, sólo desde esta son tan buenos sus entronques como que, en el pleito sostenido en nuestros tiempos sobre derecho á los estados y títulos se presentaron entre otros, todos descendientes ó enlazados con ellos por matrimonio, los duques de Hijar y Medinaceli, los marqueses de Ariza, Torres, Orani, Coscojuela y Aytona, y los condes de Sástago, Montijo, Fuentes y Berbedel.

Cuál fuese el parentesco del escritor Urrea con ese D. Miguel, tercer conde de Aranda, no lo precisan sus biógrafos, ni se desprende de las noticias dispersas que hemos leido en varios historiadores, ni lo dicen algunos panegiristas de los condes de Aranda (quienes aun no citan á Gerónimo Urrea entre las celebridades de la casa), ni lo hemos visto en los papeles de familia consultados. Nosotros habíamos ensayado y ya teníamos escritos en este lugar varios reparos al árbol que acabamos de formar sobre las noticias de Blasco de Lanuza, y de ellos resultaban no pocas intercalaciones que llenaban bien algunas indisputables lagunas y que daban colocacion á varios Urreas citados acá y allá por nuestros historiadores y sobre todo por Zurita; mas, aunque contentos de esa parte de nuestro trabajo, pues, despues de hecho, recibió su confirmacion en alguna que otra noticia que se nos comunicó de Madrid y en un libro hallado mas tarde y que vamos á citar ahora mismo, hemos debido dejar el tono dubitativo para pasar al afirmativo, y renunciar á nuestros argumentos para dejar hablar á

ese libro, que es uno manuscrito de *Linajes de España*, letra del siglo XVII y obra de 416 páginas en fólio, en el cual se halla desde la 303 á la 309 la parte relativa á los Urreas.

De la combinacion de sus noticias con las que se acaban de dar, resulta que ha de corregirse en el árbol de Blasco lo siguiente: 1.° Los números *tercero* y *cuarto* se han de refundir en uno solo, como ya habíamos sospechado, que es D. PEDRO: 2.° Entre los números *quinto* y *sexto* (este con otro nombre mas seguro, el de D. JUAN) hay que intercalar (siempre de padres á hijos) nada ménos que cuatro ó cinco generaciones, representadas por un JIMENO que se distinguió contra Halaxarch de Valencia y contra el boalage del rey D. Jaime, de quien aunque por via ilegítima era consuegro; otro JIMENO que asistió al duelo de Burdeos y á las Córtes de Huesca de 1285; otro JIMENO que pasa por primer vizconde de Biota y suena muerto en el cerco de Mayorga en 1296; un JUAN que lució en Cataluña, Perpiñan y Cerdeña, rindió homenaje á Pedro IV en 1338, fué su consejero impuesto por los Unidos, y murió 1348 en la famosa batalla de Épila, tumba de la Union, así como su hijo *Juan*, á quien dió muerte indignamente D. BERNARDO de Cabrera, quedando solamente de aquel buen padre su hija Violante (1), por cuya falta de sucesion recayó la casa en el número *sexto*, hijo del segundo de los Jimenos ahora citados: 3.° Entre los números *décimo* y *onceno* hay que colocar dos PEDROS, el uno que asistió á la coronacion de Fernando I en 1414, y el otro sin indicaciones especiales, y esto conforma bastante con un árbol que se conserva en el archivo que los condes tienen en Zaragoza, y que remonta no mas allá del D. Lope, padre del primero de estos *Pedros*, los cuales fueron padre é hijo; mas

(1) Sobre ésta unos indican ser hija del D. Juan, hijo de D.ª Toda, y otros del D. Juan, muerto en Épila, con lo cual nos conformamos; y unos y otros que por falta de descendientes de ella (pero eso sería muy á la larga) recayó el vizcondado de Biota en el condado de Aranda.

siendo éste hermano menor de Lope, primer conde de Aranda (como que fué de segundas nupcias y éste de primeras) no parece posible que heredase el estado con preferencia á su hermano el conde, de quien ya se derivan *D. Miguel* y sus descendientes.

Hasta aquí el libro de los *Linajes*, el cual, por una omision indisculpable, dice que del último de esos *Pedros* salieron otros y otros hasta llegar á *Juan*, que sería el que viviese cuando se escribió aquel libro en el siglo XVI. Hay que continuar, pues, con los números *duodécimo* y siguientes de Blasco, pero incluyendo en nuestro sentir entre los números *undécimo* y *duodécimo*, bastante separados en tiempo, un LOPE muy contrario á la Hermandad en 1488, á quien por esta época dice Zurita que se dió (ó se revalidó) el condado de Aranda, y á quien en 1499 coloca el mismo historiador como virey de Sicilia, el cual no puede ser ni el Lope del número *undécimo*, que murió en 1475, ni otro posterior que ya no existió de ese nombre.

Retrocediendo un poco, tenemos que decir que nosotros, antes de ver los *Linajes*, habíamos considerado necesario, por lo ménos un *Pedro* tras el número 10 y un *Lope* tras el 11 (de que luego hablamos en el texto), tanto para acortar la distancia demasiado grande entre los años 1382 y 1475, cuanto porque entonces conformaba el árbol de Blasco así reformado con el que la casa de Aranda tiene en Zaragoza: júzguese de nuestra satisfaccion cuando vimos comprobada nuestra conjetura con la noticia que conseguimos del archivo de Madrid de que el número 12 (el *D. Miguel* que heredó el vizcondado de Biota á perjuicio de nuestro *D. Jerónimo)* era biznieto de un *D. Pedro*, lo cual solo podia suceder dadas las inclusiones que habíamos intentado con fortuna. El libro de los *Linajes* vino á comprobar despues nuestros reparos; pero contra él hemos de advertir que en los varios ejemplares mas ó menos antiguos del único árbol que hemos hallado en el archivo de los condes, árbol con el cual conviene al parecer

en este punto el presbítero D. José Parisany de Haro en su «Glorioso parabien», resulta como padre del Lope número 11 un *Don Pedro* y como abuelo un *D. Lope*, sobrando entoces en los *Linajes*, al menos como heredero, el un *D. Pedro*.

Ese *D. Lope*, y con esto llegamos ya á nuestro *D. Gerónimo*, tuvo otro hijo llamado *Jimeno*, que debió ser aquel vizconde de Biota que en 1461 estuvo del lado del príncipe de Viana y tuvo contiendas contra los Lunas y Pallás, y éste fué padre de otro *Jimeno* en quien se corta la línea, porque murió sin sucesion; y como Jimeno se llamó el padre de D. Gerónimo, y murió tambien sin sucesion legítima, y vivia en esos tiempos, y asistió representado por Pedro Martinez de Ampides á la jura del príncipe Miguel, nieto de los reyes católicos, en 1498, podemos creer que ese era el padre del escritor Urrea, y no el Jimeno anterior, como se nos escribe de Madrid (1).

De todo lo cual resulta, en compendio, que Jimeno, padre de D. Gerónimo, fué primo hermano de D. Lope, primer conde de Aranda, y Gerónimo, primo segundo del segundo conde Don Lope y tio de D. Miguel, tercer conde, á quien pasó por ilegitimidad de D. Gerónimo el vizcondado de Biota, sin que ya saliera

(1) No hemos mencionado los colaterales y los Urreas aun mas lejanos por no hacer más cansada esta reseña: al Lope número 10 da Zurita un hijo *Pedro* (intercalado por nosotros), y á éste otro *Pedro*, embajador en Italia, 1511: al Lope número 11 *bis* un hijo *Pedro Manuel* que fué poeta y metrificador de la *Celestina*, y otro *Francisco*, que se halló en la rota de Rávena, 1512, en que el ejército francés, vencedor, quedó tal (dice Zurita), *que no se podia llamar ejército y parecia como la culebra que vive partida por medio:* en otros lugares se cita á Pedro, Jimeno y Juan, conturbadores del país contra los Lunas en 1419 y á otros que tomaron mas ó menos parte en los sucesos del reino, ó desempeñaron altas dignidades eclesiásticas, ó en fin, cultivaron las letras, como el obispo Miguel que pasó por nigromántico y murió en 1317, y el famoso cronista Francisco Jimenez de Urrea que poseyó los *Nobiliarios* de la casa de Aranda y las obras inéditas de Urrea, y que hubiera podido darnos de éste una completa biografía.

de la casa de Aranda hasta que en 1772 se desprendió de él el famoso D. Pablo en favor de la familia del actual vizconde. Réstanos decir que este Jimeno tuvo una hermana (otros dicen hija) llamada María, que casó con D. Rodrigo Rebolledo, tronco de los marqueses de Ariza, y dos hijos ilegítimos, á saber, Isabel y *Gerónimo*.

Aunque sin una gran confianza en la total exactitud de cada uno de los datos apuntados, pues todavía hay algunos puntos confusos, creemos habernos acercado á la formacion de un verdadero *Árbol* (1) de la familia á que pertenece nuestro escritor, y suponemos que le hemos entroncado con acierto, cosa que, á la verdad, estaba por hacer. Habrá, no lo dudamos, quien tenga por demasiado prolija y tal vez impertinente esta labor genealógica que, sobre ser de árida lectura, desdice al parecer de la índole de nuestros tiempos; pero nosotros, para quienes no hay averiguacion que sea inútil, contestaremos con una sola observacion. Cualquiera que sea el desprecio que pueda merecer hoy á algunos la escelsitud del linaje, todos convendrán en que para el siglo XVI (á donde nosotros hemos debido trasladarnos) no era cosa indiferente sino muy importante; y convendrán tambien en que, dada la ilustre alcurnia de D. Gerónimo Urrea, era un deber biográfico en nosotros el consignar cuando menos las conclusiones á que al fin hemos llegado, esto es, el entronque de nuestro poeta con los insignes condes de Aranda. Ahora bien: para llegar á ese punto nos hemos visto obligados á ímprobas tareas y nos hemos puesto en el caso de descubrir hasta libros de que no ha-

(1) Véase el que va al fin para mayor claridad en este punto: advertiremos acerca de él que además de la numeracion seguida que ponemos al que llamaremos nuestro *Árbol*, irá otra en la parte inferior de cada compartimiento, que corresponderá al *Árbol* formado sobre las noticias de Blasco de Lanuza, por ser precisamente esta numeracion la que juega en el texto.

bia noticia; y ¿cómo hemos de suponer que nuestros lectores hayan de pagar con el desden ó el disgusto la esposicion sucinta (reducida á seis páginas) de los procedimientos empleados para llegar á aquella consecuencia, sobre todo cuando habrá tal vez algunos curiosos á quienes acaso interesen mas que los debates literarios los datos históricos en que nos hemos engolfado? Pero sea de esto lo que fuere, hora es ya de abandonar á aquellos ilustres ascendientes, y de fijarnos solamente en nuestro escritor tan digno de ellos.

En cuanto al año de su nacimiento, ninguno de sus grandes biógrafos que hemos consultado se determina á fijarlo ni se aventura á conjeturarlo: nosotros, con el dato seguro de que nació en Épila, hemos acudido, entre otros puntos, á los libros parroquiales de esa villa; pero no llegan á la época en que hubo de nacer Urrea, sino á la de 1583, sin duda porque no se abrieron hasta despues del Concilio de Trento, cuyos cánones fueron aprobados por Pio IV en 1563 (1). Pero en biografías posteriores, aunque menos autorizadas, se fija por unos la fecha de 1513 y por otros la de 1515 (que bien puede ser una errata), entre las cuales, á falta de otros datos, hay que elegir, y en la eleccion hay que preferir la de 1513, pues la muerte de Jimeno su padre se fija por Latasa en 1514.

No consta que siguiese cursos académicos, ni es probable,

(1) En la sesion 24, cap. I (11 Noviembre de 1563) se dispuso lo siguiente: *Habeat Parochus librum in quo conjugum et testium nomina, diemque, et locum contracti matrimonii describat quem diligenter apud se custodiat.* De donde habria de derivarse por ampliacion la buena costumbre de llevar los libros de bautismo, confirmacion, penitencia, matrimonio y defuncion. En algunas parroquias se practicaba esto con anterioridad; pues á nosotros se nos ha asegurado que en una de Aragon ascienden los apuntes al siglo XV; y por otra parte el nacimiento de Blancas, que sus biógrafos habian omitido, se ha descubierto no hace mucho en los libros del Pilar correspondientes al año 1543.

Don Gerónimo Urrea; pues los registros de la Universidad de Zaragoza, en donde hubiera recibido indudablemente su educacion literaria, no remontan sino al año 1646, y de los biógrafos ninguno apunta esa materia; pero que privadamente hizo estudios y buenos, se deduce de sus mismas obras, en que ostenta una erudicion clásica tan oportuna y fácil como escogida, principalmente en su *Diálogo* en que el asunto lo consiente. Mas, dados su estado y condicion, como el estado y condicion de España cuyos ánimos varoniles tenian campo de gloria en las conquistas y guerras estranjeras, toda persona bien nacida hallaba su asiento natural en las banderas españolas, y Urrea, que venia de tan generosa estirpe como la que hemos descrito, natural era que sintiese en sí la noble sangre de su padre, de aquel bizarro caballero de quien escribió su propio hijo en el canto XXXIV del *Orlando:*

Aquel será de Urrea el postrimero
Vizconde de Biota el mas famoso:
Llamarle han *el osado* caballero,
Por ser en armas fuerte y animoso:
Á nueve ilustres vencerá el guerrero
Con propia espada en campo sanguinoso:
Sembrará por Navarra mil trofeos,
Por Valencia, por Ebro y Pirineos (1).

Partió, en efecto, para la guerra, y se halló en las de Italia, Alemania y Flandes, señalándose como bueno entre los mejores, pero sin que en las historias generales de Cárlos V y Felipe II, ni en las particulares de sus campañas, sea fácil encontrar su nombre, pues comunmente no se hacía esta distincion sino con los

(1) Tambien en el poema *El victorioso Cárlos* dice, hablando de los refuerzos que á éste llegaron:

Con los del vizcondado de Biota,
Por sus vizcondes celebrada y clara.

caudillos del ejército, ó con tal cual soldado que bajo algun punto de vista anecdótico se hacía reparable. Pero él mismo nos dejó consignado en la parte I de su *Diálogo,* bajo el epígrafe marginal de *Valeroso y notable hecho del autor,* algo de lo que ejecutó en aquellas jornadas; pues en boca de Altamirano pone estas palabras dirigidas á Franco en quien está representado el propio Urrea: «Por no reconocer el general la batería de Dura y Sandesi murieron en ellas tantos de los nuestros, así como vos bien sabeis, pues os ví derribar en Dura de la puerta della y detener el peligroso paso por donde los nuestros se retiraban, por lo que os dió el conde de Feria una rica cadena de oro, y el emperador os hizo capitan; y en Sandesi os derribaron del bastion donde estaba la pieza de artillería y caistes sobre las puntas de las picas de vuestros soldados y bandera de Antonio Moreno (1).»

Lo de Dura (que era del ducado de Juliers en Alemania) sucedió en 1543, y el asalto se dió por españoles é italianos á 24 de Agosto, entrando en la plaza solo nueve de aquellos y tras ellos mil más, uno de los cuales fué el mismo conde de Feria, á quien tiraron los suyos de las piernas para que bajase de la escala aplicada á la muralla, sacando él la espada contra sus buenos servidores para que no le arrancasen del peligro. El asalto fué tal, que Cárlos V lo estimó como el mas importante despues del de Roma; pero tambien en él se vieron reproducidos los escándalos de crueldad que aterraron á la capital del orbe cristiano, si bien en esto se distinguieron por su ferocidad é irreligion los alemanes, habiéndose asesinado á ciudadanos y soldados (de dos mil de estos solo quedaron vivos trescientos), habiéndose profanado los tem-

(1) De esto dicen algunos que tambien da cuenta Alonso de Ulloa en su «Vita dell' invittissimo e sacratissimo imperator Carlo V, lib. IV;» pero consultado por nosotros en su edicion de Venecia, 1566, que figura como tercera, hemos visto, sí, los sucesos de Landresi y Sandesire, aunque en el libro III y no en el IV, pero no ninguna mencion de D. Gerónimo de Urrea.

plos, habiéndose deshonrado á las doncellas y habiéndose puesto fuego á la ciudad como remate de atentados. Pero fuera de esto, que era desgraciadamente el reato de las mas brillantes victorias, lo fué ésta tan grande, hallándose Dura protejida por dos fosos y un grueso muro y defendida por muy buena artillería y muy bien *meneada*, que los enemigos estaban aturdidos de aquel valor. «Como los veian trepar por las paredes lisas, y por una delgada pica ponerse en el muro alto y hacer pedazos los hombres, pensaban que tenian uñas como gatos para subir las cercas y dientes de grifos con que destrozaban las gentes....; que no habian peleado con hombres sino con diablos; que los españoles eran unos hombres pequeños y negros que tenian los dientes y uñas de un palmo, que se pegaban á las paredes como murciélagos de donde era imposible arrancarlos.» Y esta descripcion de Sandoval (libro XXV) es tan exacta, que en Italia habia llegado á hacerse proverbial ese ardimiento y habilidad española en los asaltos, como lo prueban estos versos de Maquiavelo en una de sus comedias:

Non è spagnuol si ardito nel montare
D' un castello alle mura, quanto io penso
Esser nello assalir quella ch'io bramo.

Cuando en empresa de tal dificultad é importancia, un tan valiente héroe como el conde de Feria y un tan alto rey como Cárlos V, recompensaron, hasta donde se ha dicho, á D. Gerónimo Urrea, bien puede afirmarse que lo haria como muy bueno en donde todos fueron buenos.

Respecto de Sandesi (en donde ya era Urrea capitan), aunque todos los biógrafos, incluso el mismo Urrea, que en esto lo es de sí mismo, escriben así aquella jornada, nosotros creemos, fundados principalmente en la diferente escritura y pronunciacion que antes se solia dar á los nombres propios, que se alude, ó al suceso de Landrecy, plaza fuerte al N. de Francia, en donde á 7 de Octubre de 1543 se hallaron Cárlos V y Francisco I con cerca de

cien mil infantes y veinte mil caballos, blasonando aquel de haber hecho retirar á éste sin combate, y éste de haber socorrido la plaza sin estorbo, ó mas bien á Sandesir, que se rindió á Cárlos V en 17 de Agosto de 1544, perdiendo él al príncipe de Orange, cuyo tio y heredero fué despues el jefe de la rebelion de Flandes, y los enemigos á Mr. de Landi, que habia lucido en la defensa de Landresi.

Tambien se halló nuestro D. Gerónimo Urrea, aunque esto no lo dicen sus biógrafos, en la campaña abierta por Cárlos V, auxiliado del Papa contra la poderosa confederacion protestante de Smakalde, que reunió setenta mil infantes y quince mil caballos, cuando el emperador tenia diseminadas sus fuerzas y se hallaba él comprometido en Ratisbona; si bien pudo, por impericia de sus contrarios, recibir algunos refuerzos, establecer su campamento en Ingolstadt (Baviera), hacer desistir de su empresa al formidable ejército enemigo despues que amagó gran batalla, tomarle las mas importantes ciudades y deshacer sin ninguna dificultad formal aquel recio nublado. Esto sucedió en 1546 y fué seguido de otras operaciones en el año inmediato, y á esto dice Blasco de Lanuza que estuvo Urrea presente, y aun por eso en su *Victorioso Cárlos* lo describe tan á la menuda, como se echa de ver por los trozos que aquel copia, uno de los cuales se refiere á las tropas que de varias provincias de España, y sobre todo de Aragon, iban llegando á Cárlos V, y otro á una de las retiradas que los enemigos emprendieron.

Despues de estos sucesos vemos á Urrea caballero de la órden de Santiago y virey de Pulla ó Apulia. Era ésta, como es sabido, una de las provincias del reino de Nápoles, la mas al Este, y comprendía la Capitanata y las Tierras de Bari y Otranto: habia sido condado en el siglo XI y ducado unido á la Calabria en el siguiente: Roger II la conquistó en 1127 viniendo á ser muy pronto rey de las dos Sicilias, hasta que estas se separaron cuando las

famosas Vísperas de 1282 y se reunieron y volvieron á separar á la conquista y á la muerte de Alfonso V de Aragon, incorporándose de nuevo en los reyes católicos al principio del siglo XVI, y no saliendo de la corona de España hasta principios del XVIII. La Pulla tenia bastante importancia, ya por su posicion aunque escéntrica, y quizá por escéntrica, ya por sus recuerdos, pues, en union con los Abruzzos, aquella gente levantisca se habia rebelado en 1461 contra el dominio de Aragon. Urrea la gobernó con prudencia en nombre de Felipe II, y consta por Alonso de Ulloa, biógrafo de Cárlos V, que en 10 de Abril de 1566, en que se hizo en Venecia la edicion príncipe del *Diálogo*, la cual contiene una carta de aquel en que lo indica, continuaba Urrea al frente de aquel gobierno, sin que ya sepamos ni cuándo ni cómo lo dejó.

Esto nos lleva á una cuestion en que no todos andan conformes. Blasco de Lanuza, que escribia en 1619, dice que durante sus guerras y gobierno, es cuando tradujo Urrea el *Orlando* y el *Caballero determinado*, y cuando compuso el *Diálogo de la verdadera honra militar*, y no, como otros suponian, cuando se recojió en Zaragoza viniendo de servir á S. M., pues ya en 1556 (1) citaba este último libro Juan de Malara en el suyo de Refranes. Á pesar de esta justa opinion, sostiene la contraria el doctor Juan Francisco Andrés, biógrafo á quien los demás han seguido por ser el primero y mas notable, y, despues de citar á Blasco, se obstina en la idea de que el *Diálogo* se escribió en Zaragoza, y ello sin mas razones que la de ser la introduccion de esa obra (y aun toda ella pudo decir) en la capital de Aragon, la de alabarse tal cual vez á esta ciudad, la de mencionarse la junta de la cofradía de

(1) Aunque nosotros convenimos, como vá á verse, con la conclusion que deduce Blasco, pero no con esta fecha ni con este dato; la fecha y dato que prueban son los que señalamos en el texto. En efecto: la *Filosofía vulgar* de Malara no se publicó hasta el año 1568 ni el *Diálogo* se imprimió hasta el 1566.

San Jorge y la de decir Franco (el autor) á Altamirano: «En la tarde iremos á pasear por el Coso que es una de las mejores calles del mundo donde veremos damas muy hermosas y caballeros bien aderezados.»

Parece increible la irreflexion de Andrés en este punto, y no sabemos cómo el pasar la escena del *Diálogo* en Zaragoza, pues á esto solo se reduce, le determinó á creer que el autor le escribió en ese pueblo á donde supone que se habia retirado. Pugnan además con este capricho las fechas conocidas, pues Urrea permanecia áun en los estremos de Italia el 1566, y en el mismo año ya aparece impreso en Venecia su *Diálogo,* que Lampillas asegura fué publicado en medio del rumor de las armas bajo los vencedores estandartes de Cárlos V (léase de Felipe II); y pugna hasta el mismo *Diálogo* en donde, á pesar de haber el autor imaginado la escena ó sitio de la accion ó conversacion, se deslizan algunas frases en un momento de descuido que denuncian la verdadera residencia del autor; por ejemplo, cuando cuenta que *los dias pasados* fué herido á traicion en *Mántua* un caballero llamado Gonzaga, y sobre todo cuando dice que, porque los generales dan ginetas ó escuadras á sus criados ó favoritos, por eso *no vienen* ya á Italia particulares hombres de España.

Nosotros tenemos por muy probable que todas las obras de Urrea fueron escritas en sus diversas campañas, y casi por seguro que lo fué su obra mas famosa ó sea el *Diálogo de la verdadera honra militar;* consideramos que Urrea debió de alternar sus primeros cinco lustros entre Épila y Zaragoza, y mas habitualmente en ésta, cuyo recuerdo permanecia en él tan vivo y minucioso como se echa de ver en varias alusiones del *Diálogo;* y creemos que pasó despues toda su vida en países estraños, compartiendo las fatigas de las armas con las de las letras, y sus últimos años por Italia en su gobierno ó en otras faenas militares, como parece tambien desprenderse de algunas palabras de Blasco de

Lanuza (tomo II, libro V, cap. 51). Suponemos tambien, por el tono polémico y casi descomedido que en el *Diálogo* empleó contra los jefes y la milicia de su tiempo, que su valor cívico hacía juego con su valor militar, que su carácter era severo y honrado, y que acaso hubo de sufrir más de un disgusto y quizá más de una injusticia en su carrera militar: bien que lo propio debió de sucederle en la de las letras, en donde tambien se despicó á su modo, pues, despreciada por algunos su traduccion del *Orlando*, ideó el emblema de un áspid que con la cola se tapaba los oidos, el cual dice Andrés que puso Urrea en la portada de la obra (1).

Por lo que hace á la época y punto de su muerte, tambien omiten esta noticia los antiguos biógrafos, ellos á quienes hubiera sido tan fácil depurarlo, sobre todo á Nicolás Antonio que residió tantos años en Italia. Con esto denotamos nosotros que pudo ocurrir en aquel país; pues, aunque otros se inclinan á que Urrea vino á Zaragoza á descansar de sus fatigas, ni aducen comprobacion alguna, ni puntualizan nada en esto; y si así fuera, habia de constar su muerte en los libros parroquiales, pero no se halla ni en los de San Pablo, ni en los de San Gil, ni en los de San Miguel de Zaragoza, que principian respectivamente en los años de 1556, 1563 y 1568, ni tampoco en los de Épila que, por esceso de precaucion, hemos consultado, y que no empiezan sino en 1583 en que de seguro ya no vivia Urrea (2). En cuanto á la

(1) Podrá ser que se halle este emblema en la edicion de Venecia 1553, pero desde luego no está en la de Lyon 1550, que fué la segunda, ni en las de Amberes 1558, Barcelona 1564 y Medina 1572, que se han tenido á la vista.

(2) La antigua casa de los condes de Aranda se hallaba frente á la fachada principal de la iglesia de San Pablo, en lo que despues fué convento de capuchinos, luego cuartel, y ahora casa números 51, 53 y 55. La moderna en el Coso, números 102 y 104, fué destruida en el segundo sitio (1809) y con ella el archivo, en el cual perecerian papeles que hoy nos fueran utilísimos.

fecha de la muerte, no hemos visto otra indicacion que la de Latassa, el cual pone, no en el epígrafe, sino á línea con el principio del artículo de Urrea, la de 1568, que, en su sistema particular, indica que áun vivia en ese tiempo, al cual nos parece que debió de sobrevivir muy poco, y desde luego nos consta que ya no vivia en 1574. La prueba concluyente de esto último se halla en la edicion del *Diálogo* hecha en Madrid 1575 (impresor Francisco Sanchez) por el sobrino del autor D. Martin de Bolea y Castro, en la cual dan alguna luz dos documentos, á saber, la *Licencia* y la *Dedicatoria* al rey: en la primera se accede á la súplica que hizo D. Martin «atento lo mucho que el dicho Don Hierónimo habia trabajado, y que imprimiéndole en el reino de Aragon habia muerto:» en la segunda se lee: «Antes que D. Hierónimo de Urrea (que esté en el cielo) muriese, entendí de él la intencion que tenia de imprimir en España el libro que compuso de la reprobacion del duelo que ya en Venecia habia sacado á luz, y atajándole la muerte quedó su designio sin efecto.»

Para exornar un tanto esta biografía, continuaremos algunos juicios y elogios relativos á Urrea, que en general son poco importantes, pero que aquí tienen su propio lugar, y no dejan de conducir á nuestro intento. Gregorio Hernandez de Velasco, en su traduccion del *Parto de la Vírgen*, de Sannázaro, publicada en el año 1554, llama á Urrea *luz del reino iberio*, citándole al par de Garcilaso, Mendoza y otros tan notables. En union con estos y otros le coloca Luis Zapata en su *Carolo famoso*, y, despues de decir que los tiempos de este emperador produjeron ingénios que pueden igualarse con los antiguos mas famosos, añade:

Demas destos está D. Juan de Hurtado
Y está el buen *D. Gerónimo de Urrea*

. . . . . .

Yo para narracion de tan gran cuento
Quisiera tener destos el talento.

Juan de Mal-Lara alaba la traduccion del *Orlando* hecha por el *muy magnífico caballero* D. Gerónimo de Urrea, remitiendo á ella en la Centuria IV, refran 46, que trata de los celos, y menciona igualmente la del *Caballero determinado*, de que copia algunos versos en la Centuria X, refran 51; cuyos pasajes de la *Filosofía vulgar* (1568) cita equivocada y confusamente el doctor Latassa. Vincencio Blasco de Lanuza, que empieza por enamorarse hasta del nombre, y por probar que lo habian llevado en Aragon los mas insignes escritores, como Zurita, Blancas y otros (tomo II, pág. 381), dice de Urrea que fué «gran soldado, muy leido y de estilo y ingénio felicísimo con que compuso muchos libros.» El doctor Andrés en su *Discurso*, que es el segundo, sobre las *Medallas* de Lastanosa (y no éste como creyó Latassa), empalma á dos *poetas nobilísimos*, Urrea y Bartolomé L. de Argensola, para citar sus versos relativos á las aguas de Bilbilis, favorables al buen temple del acero. El mismo Andrés, en su *Aganipe de los cisnes aragoneses*, que no se imprimió hasta 1781, consagra á Urrea estos versos:

D. Gerónimo claro el apellido
de *Ximenez de Urrea* esclarecido
por el orbe derrama,
y coronado de laurel y grama,
sube á la cumbre excelsa del Parnaso
competidor del dulce Garcilaso.
Este que en nuestro idioma numeroso
el *Orlando* tradujo furioso
y el *Cárlos victorioso*
escribió del heróico Cárlos V
aunque en Mapa sucinto
las victorias y hazañas
que consiguió en provincias tan estrañas.
Clarisel de las flores

contiene suavísimos amores
y la *Epilia* famosa
de Épila su pátria gloriosa
las grandezas contiene.
Los discretos pastores
que en su *Arcadia* Sannázaro cantaba
al español idioma trasladaba;
que su ingenio perenne
fué gloria numerosa de Pirene.

El analista Sayas, uno de los continuadores de Zurita, dice que «fué de tan claro nombre en el ócio pacífico de las letras, como le tuvo en la ocupacion de las armas.» Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca hispana nova,* elogia sus prendas militares y juzga sus obras en los siguientes elegantes términos: «Unde versibus, ingeniosè magis quam rebus fortiter gestis, multorum quamvis stipendiorum ac spectatæ virtutis miles, futuræ memoriæ nomen suum commendavit... Plura fortitudinis, plura fidelitatis documenta dedit; quæ quidem, res nempe ab eo bene gestas in sago et togâ, commendaturus quoddam illius opus quod *de vero militis honore* nostrâ linguâ edidit.» Los PP. Mohedanos se limitaron á copiar por nota el pasaje del doctor Andrés, pues no llegaron en sus investigaciones á la época de Urrea. D. Tomás Fermin de Lezaun, académico de la de la Historia y escritor muy curioso y erudito, pero tan desaliñado poeta como puede conocerse por la muestra, dice en su *Clarin sonoro de la fama:*

Publicó *D. Gerónimo de Urrea*
diferentes escritos tan limados,
que los aplauden hoy los estranjeros,
y en especial aun mas los venecianos.

Lampillas elogia en sus *Disertaciones* 4.ª y 7.ª al *nobilísimo traductor* del *Orlando,* cuyas muchas reimpresiones son «prueba concluyente del mérito del traductor,» y al literato bien cono-

cido en Italia por su precioso libro del *Verdadero honor militar* que publicó «en medio del rumor de las armas.» No rebuscaremos otros aplausos ni mas juicios que los citados, porque esos son bastantes para que se conozca el gran concepto en que siempre Urrea fué estimado. Los principales motivos de su fama son sus obras que vamos ahora á enumerar, mas sin poder añadir ninguna á las que todos saben que escribió, pues, al revés de lo que sucede con otros autores en quienes la investigacion moderna ha descubierto producciones nuevas, en Urrea no solo no sucede esto, sino que hoy nos son desconocidos los libros inéditos que hasta fines del siglo pasado existieron en las bibliotecas.

Sus obras impresas son: 1.ª *Desafío del emperador Cárlos V y rey Francisco* y *Juicios de él segun el duelo*, que Nicolás Antonio cita como impresa en 4.° en Venecia, en donde notaremos que Latassa traslada inexactamente el título escribiendo *Juicios del segundo duelo*, y que el *Diccionario histórico* de Barcelona, 1834, fija la fecha de 1529 que no pone N. Antonio, y que indudablemente es falsa: 2.ª *Cartas sobre la guerra de Alemania*, de 1546 y 47, las cuales se imprimieron en Amberes con el *Comentario* de D. Luis de Ávila y Zúñiga, que sirvió en ella, y del cual dijo Cárlos V que mas hazañas habia obrado Alejandro pero no tuvo tan buen cronista: 3.ª *Orlando*, poema en octava rima, traducido del Ariosto, é impreso por primera vez en Amberes en 1549: 4.ª *Discurso de la vida humana y aventuras del caballero determinado*, traduccion de *Le Chevalier délibéré* de Oliverio de la Marche, obra en 238 estancias de á ocho versos, que tuvo en Francia una docena de ediciones incunables, y en España dos traducciones (1),

(1) El Sr. D. J. Caveda en su bello *Discurso sobre el grabado* (1865), parece indicar una nueva traduccion de Pedro Laso, para la cual dispuso el famoso Juan de Arfe estampas en plomo que cita el P. Burriel; pero esa no es sino la quinta edicion de la traduccion de Acuña ejecutada por el li-

la una de Urrea, impresa en Amberes, 1555, en Medina el mismo año, segun Brunet, y en Barcelona, 1556, segun N. Antonio, y la otra mas célebre, porque es fama que fué traducida en prosa por Cárlos V, y metrificada de órden de éste por Hernando de Acuña en trescientas setenta y nueve quintillas dobles, la cual fué impresa en Amberes, 1553, y reimpresa en aquel siglo los años 1555, 1560, 1565, 1573 (en Salamanca), 1590 y 1591: 5.ª *Discurso histórico de los reyes de España y Francia,* que segun Latassa se imprimió con las dos primeras ediciones del *Caballero determinado,* y en Barcelona, 1583: 6.ª *Diálogo de la verdadera honra militar,* impreso en 4.º en Venecia el año 1566, y reimpreso varias veces.

Las obras inéditas son: 1.ª La *Arcadia,* traducida de la de Sannázaro en igual metro, dispuesta ya para la estampa con la aprobacion de D. Alonso de Ercilla, y cuyo manuscrito perteneció al convento agustino de San Sebastian en Épila: 2.ª *La famosa Epilia,* imitacion de la *Arcadia,* en que se describen la alameda y jardines del conde de Aranda, cuyo manuscrito poseia el cronista Francisco Jimenez de Urrea: 3.ª *El victorioso Cárlos,* poema en endecasílabos sueltos que perteneció al citado convento y despues al penitenciario D. Manuel Turmo, y constaba de cinco libros escritos en 197 hojas, de las cuales el doctor Andrés copia cuatro versos en su *Discurso* al *Museo de Medallas* de Lastanosa y el historiador Blasco de Lanuza hasta ciento cincuenta y cinco

---

brero Laso en Salamanca, 1573. En lo demás el asunto de la obra es la guerra en que el hombre vive del nacimiento á la muerte, y el fondo es una alegoría de Felipe el Hermoso: La Marche, que además escribió otras cinco obras, fué criado de María de Borgoña, abuela de Cárlos V, y Acuña fué servidor de éste en sus campañas. El *Diccionario histórico* de Barcelona (1830 y siguientes), dice que N. Antonio, atribuye equivocadamente esta traduccion á D. G. de Urrea cuando fué de su compañero de armas Hernando de Acuña.

versos en varios fragmentos (1), diciendo que, aunque son muchos los que tratan de la guerra de Alemania que describe, ninguno con mas elegancia y al propósito de su historia como el valeroso aragonés D. Jerónimo de Urrea en libro que hizo de ella que lo intituló el *Victorioso Cárlos*, el cual «no está aun impreso, pero es bien digno por cierto que en honra de nuestra nacion y de los ejércitos católicos de Cárlos y de sus muchas hazañas se imprima..... por sus palabras dulces y de muy buen estilo:» 4.ª *D. Clarisel de las Flores*, libro de Caballerías que tuvo tres tomos en fólio, y hoy solo dos pertenecientes á la biblioteca de la Universidad de Zaragoza: 5.ª *Poesías sueltas*, que suponemos que escribió, que se hallan al presente perdidas (como lo estaban las brevísimas intercaladas en el *Clarisel* que nosotros publicamos) y de las cuales se ha publicado recientemente una por los señores Zarco del Valle y Sancho Bayon en su *Ensayo de una Biblioteca española*, número 1046, la cual alterna con otras de Alcázar, Herrera, Figueroa, Mendoza, Cueva, etc., en un códice de la Biblioteca nacional titulado *Flores de varias poesías*, 1557, y nosotros trasladamos aquí como muestra de Urrea en ese género.

MOTE.

Sobre cúal mas me ofenda
Amor, Fortuna y Muerte traen contienda.

(1) Estos versos se hallan en el tomo I de las *Historias eclesiásticas y seculares*, capítulos 23 y 24 del lib. IV: en el cap. 23 se agrupan primeramente dos fragmentos que componen veinticuatro versos, luego cinco que componen setenta y cuatro y luego se pone otro de seis, cuyos ciento cuatro versos pertenecian todos al libro I del poema, fólios 12 al 15 y 30 y 31: en el cap. 24 se traslada solamente un fragmento de cincuenta y un versos, que corresponde al lib. II, fol. 20 á 22. Latassa, que manejó el manuscrito cuando era propiedad de Turmo, se toma el trabajo de hacer estas referencias áun mas minuciosas, pero inútilmente, pues tiene varias equivocaciones que suponemos erratas. Por lo demás algunos de esos fragmentos tienen de curioso la relacion de los refuerzos que recibió Cárlos V procedentes de varias comarcas españolas y principalmente de Aragon.

«Yo (dice Amor) le abrí toda mi gloria,
Y un Tántalo le hice,
Y un infierno en que pene su memoria.»
«Pues yo (Fortuna dice)
Le puse eternamente de mi rueda
En la mas baja suerte,
Voluble á los demás, á él solo queda.»
Ríese y dice Muerte:
«Pues entre tal miseria y agonía
Le dejo en vida y la victoria es mia.»

Apuntadas las obras de Urrea, y no siendo posible estenderse en el juicio de cada una, de las inéditas por estar ya perdidas y de las impresas por su menor importancia y aun por no ser fácil haber algunas á la mano, hemos determinado elegir de estas las dos de mayor importancia para detenernos especialmente en ellas, y de aquellas dar á conocer la única que se conserva y que es por ventura la mas interesante. Pasaremos, pues, á estudiar el *Orlando* y el *Diálogo*, y entraremos despues en el exámen ya mas estenso del *Clarisel*, que es quien principalmente nos ha decidido á este trabajo.

III.

EL ORLANDO Y EL DIÁLOGO SOBRE LA VERDADERA NOBLEZA.

La traduccion del *Orlando* de Ariosto es una obra punto menos que desconocida; no porque nadie ignore su existencia, sino por la facilidad con que los lectores españoles arriban al conocimiento del original italiano, y porque tiene en verdad muy poco de atractiva, si ya no tiene bastante de indigesta, esa laboriosa version en que el autor debió sin embargo de invertir largas vigilias. Es meritorio, en efecto, acometer con la empresa de cons-

truir mas de cuarenta mil versos, para fabricarse uno su propio descrédito en honra de un autor estranjero: nosotros, y con nosotros cuantos estiman el trabajo literario, concedemos á esto el premio del elogio, pero no sabemos si habrá muchos que le concedan el premio de la lectura.

Urrea, á la verdad, no parece templado para el manejo del idioma poético correspondiente al metro endecasílabo, idea que emitimos en la conviccion de que el metro lleva consigo una especie de aparato poético que le es propio, fuera de que, en el caso presente, tambien lo llevaba en general la poesía italiana de aquel tiempo, siendo admirable Garcilaso por haberse identificado de pronto con aquella redundante magnificencia. Era mas bien nuestro poeta discípulo genuino del buen Castillejo, ó de la escuela que defendió, cuando ya era indefendible, aquel buen trovador *que tanto en fama y obras resplandece*, como decia de él Urrea. Son muy preferibles, por eso, á sus octavas sus obras ligeras de cancionero, y los cantares que de trecho en trecho salpican la narracion de *D. Clarisel de las Flores;* y mientras en estos brillan la ingenuidad, la pasion y aun la agudeza epigramática del buen poeta cortesano, en los versos heróicos se advierte la indecision, el desaliño y aun la plebeyez del mal poeta clásico. Influyen por mucho en este relativo demérito de sus octavas del *Orlando* las exigencias que consigo lleva una traduccion, pues con frecuencia vemos sacrificada á la exactitud la poesía y á la métrica la exactitud: hay ripios á veces, hay contracciones violentas, hay italianismos, hay abuso de consonancias vulgares, y hay, sobre todo, lo que entonces era mas practicable que hoy, una libertad (que muchos se tomaban) para introducir palabras inusitadas, ó sea, modificaciones arbitrarias de las palabras puestas en circulacion. Apoyaremos en algunos ejemplos la justicia de nuestra censura, pero reservándonos demostrar con otros la imparcialidad de nuestro elogio.

En el canto XX (que en Urrea es XIX, segun luego esplicaremos) dice éste con cierto encogimiento:

Despues veinte años que con desatientos
de Troya los de Grecia se volvieron,
diez y diez otros de contrarios vientos
por el mar impedidos anduvieron;

en donde parece que ha de entenderse que despues de abandonar á Troya, todavía anduvieron luchando con la fortuna de los mares por espacio de veinte años, cuando lo que dice Ariosto claramente es que, despues de los diez años de asedio, áun tuvieron otros diez de navegacion.

Al tempo che tornar dopo anni venti
Da Troja i Greci (che duro l' assedio
Dieci, e dieci altri da contrari venti
Furo agitati in mar con troppo tedio).

En los siguientes versos del canto XIX se ve una mezcla rara de esclavitud y libertad:

Y lo hará *vituperosamente*
Quartear como á inico y alevoso.

. . . . . .

E lo fara vituperosamente
Como assassino e traditor morire.

En el siguiente del canto XXXII se nota uno que calificaríamos hoy de galicismo, y que es uno de los muchos italianismos con que el traductor hermanaba entrambas lenguas:

Que cual se la tomó se la rendia

. . . . . .

Che qual trovolla tal gli la rendea,

aludiéndose aquí á que Tristan se apoderó de la amiga de Clodion, pero se la devolvió intacta.

En el siguiente canto añade una circunstancia del todo anacrónica, sobre ser innecesaria, cuando el rey de Lidia niega su

hija á Alceste, caballero que tan grandes servicios habia hecho al reino, y manifiesta que la destinaba á alguna persona de grande estado,

Non a costui che cavalier privato
Altro non tien che la virtude sola

. . . . . .

Y no dalla á este tal hombre privado
Con sola la virtud, *capa y espada.*

No puede aprobarse tampoco la colocacion disolvente de un vocativo que no existe en el original, y que está poco precisado por la fuerza de la metrificacion.

Que modo cruel no sé ó pena fea
Que á tu, *traidor,* pecado igual le sea (C. XXXVII):

ni tampoco son de buen recibo ciertos ripios como el siguiente:

Que un niño, una mujer, *muy absoluto,*
A menudo lo pasan á pié enjuto. *(Ibid.)*

Ó ciertas locuciones no muy propias ni muy bien traducidas, como

Pues cuándo solo y cuándo con mas gente (C. XXXIV),

que en el original es

E quando sol, quando con poca gente.

Algunas octavas son por estremo descuidadas; pero volvemos á advertir que, no ya entonces, sino cuando la poesía llegó al ápice de la perfeccion y tuvo poetas como Calderon y Lope, que hicieron lo que Urrea llamaria diabluras de imaginacion, eran estos descuidos rítmicos sumamente comunes y las licencias de todo género eminentemente arbitrarias, si bien todo ello compensado con un lujo oriental que no se hallará en la octava que vamos á citar; en la cual se nota asonancia de los versos alternos, inconsonancia de los pareados, disolucion de la sinalefa en el último verso y mala acentuacion en el segundo.

Esto guardar no ha sido gran fatiga;
Que la gente (sin el temor que habia

Que haga más Marfisa que no diga,
Pues matar y quemallos ver queria)
Era de Marganor muy enemiga
Y de la cruda ley que mantenia.
El pueblo hace como pueblos suelen,
Que obedecen más quien mas mal quieren (C. XXXVI de U.)

Pero hay en cambio muchos trozos, notables por su fidelidad, ó por su buen decir, ó aun por el saber poético que revelan, y entre ellos citaremos algunos, muy pocos, que no señalamos como los mejores, sino como buenos, y que nuestros lectores pueden cotejar con el original que, en gracia de la brevedad, omitiremos reproducir.

Regalo no hay, deleites ni blanduras,
Que allí no estén con toda buenandanza:
Al dia mudan muchas vestiduras
Hechas de nuevo modo y nueva usanza:
En banquetes, en fiestas, en verduras,
En justa, en lucha, en scena, en baño, en danza:
Hora en sombrosa fuente y verdes prados
Leen dichos de galanes ya pasados (C. VI de Urrea).

. . . . . .

¿Dónde sin mí te vas, mi dulce vida,
Tierna moza, hermosa y delicada?
¡Como, cuando la luz es ya partida,
Cordera queda en bosques olvidada,
Que, del pastor pensando ser oida,
Balando va por monte y por cañada,
Tanto que el lobo la oye en tierra ó llano
Y el mísero pastor la llora en vano! (C. VII).

. . . . . .

No digo que no ameis (que os haria tuerto),
Ni que amar no os dejeis; que sin amante

Sereis cual mal labrada parra en huerto
Que le falta un arrimo semejante.
De mucha mocedad os digo cierto
Que os escuseis, que toda es inconstante.
Dejá ese fruto que es acedo y duro:
Tampoco no tomeis el muy maduro (C. IX).

. . . . . .

Isabela soy yo, que fuí (decia)
Hija del Rey Gallego en suerte extraño;
Bien dije fuí, que no soy ya ni aun mia,
Sino de ansias, tristeza y propio daño.
Culpa de amor, que cierto no sabria
Quejarme sino solo de su engaño:
Que en el principio dulcemente agrada,
Despues arma de engaños la celada.
Vivia de mi suerte yo contenta,
Hermosa, moza, rica, alegre y bella:
Vil, pobre agora soy y descontenta,
Y, si suerte hay peor, yo vivo en ella.
Direte aquí el principio de mi afrenta
De donde nace toda mi querella;
Y aunque ayuda tú darme no pudieres,
Poco no me será si te dolieres (C. XII).

. . . . . .

¡Ay! (dijo al fin) ¿por qué tengo celado
El yerro cometido aquí en tu ausencia?
Que aunque lo tenga al mundo muy callado
No lo puedo cubrir á mi conciencia.
Mi alma, como siente en sí el pecado,
Sufrir no puede tanta penitencia;
Que sobra á todo corporal tormento
Que darme pueda un triste pensamiento (C. XX).

. . . . . .

No puedes tú decir que fiel te sea,
Si prueba de su fé no ves en esta;
Si, pudiendo, no yerra, es bien se crea
Que es limpia, casta, buena y muy honesta;
Mas si no hay quien sin tí punto la vea,
Si siempre va contigo en danza y fiesta,
¿Cómo sabrás que es cierto lo que suena,
Que es tu mujer sobre las buenas buena?

Todo esto, como se ve, es muy bueno (¡lastimosa asonancia general la de la última octava!); todo esto parece original y trabajado sin esfuerzo, y es limpio, aseado y digno del mejor poeta y de los mejores tiempos.

En la traduccion del *Orlando* se permitió Urrea ciertas supresiones y adiciones que legitima en su *carta al lector*. En primer lugar omitió en el canto III cuarenta y siete octavas relativas en su mayor parte á la *genealogía de la casa de Este*, lo cual verificó prévio el beneplácito del jefe de aquella familia, y fundado en la *confusion* y *tinieblas* que producian tantos *nombres antiguos é ignotos*, y sobre todo en que «lo que allí tan obscuro y perplejo de ellos se refiere está repetido mas abierto y claro en diversas partes del libro;» mas, como quedase demasiado abreviado aquel canto, lo reató del anterior formando de ambos uno solo, y de ahí el que los cuarenta y seis del original quedasen reducidos á cuarenta y cinco, y lo que es peor resultasen ya todos desigualmente numerados. En cambio aumentó hasta diez y nueve octavas (distribuidas por cuatro distintos pasajes) en el canto XXVI (numeracion italiana), las cuales versan sobre los héroes españoles que lucharon contra la fiera que representa al protestantismo; en el XXXV setenta y tres (y suprimió una) para encomiar al Cid, Guzman, Álvaro de Luna, Suero Quiñones, el Gran Capitan, Cisneros, Hernan Cortés, Leiva, Cárlos V y otros, entre

los cuales se hallan dos Urreas y varios caballeros y damas aragoneses de alta estirpe; en el XLII diez y seis, para describir las estátuas é imágenes que decoraban una fuente en la cual se representan dos hombres por cada mujer, citándose entre aquellos á los poetas Garcilaso, Boscan y Mendoza, y entre estas á muchas señoras de la aristocracia aragonesa; y, finalmente, en el último, y como continuacion de los Taso, Sannázaro, Vida, Guarini, Bembo y el Aretino *(il flagello de principi)*, tres octavas en que se menciona á Juan de Heredia, Luis Zapata, Garcilaso, don Gonzalo Perez, Castillejo y otros. De estos aumentos pide perdon á sus lectores, alegando que le ha movido *la aficion de su pátria*, y que otros traductores se han permitido parecidas licencias, señaladamente los franceses «que los hechos y trabajos ajenos huelgan de los atribuir y transferir á los de su nacion.»

«Asimismo del canto tercio-décimo y trigésimo tercio me pareció mover dos ó tres estancias, porque, aunque son ingeniosas, no esperé que en España serian tan aceptas,» dice Urrea en su citada carta; y á la verdad no sin motivo, por mas que en nuestros tiempos parezca, y sea, cierta suerte de profanacion el amputar una sola tilde á las pocas obras de primer órden que nos han dejado los antiguos. Estas supresiones afectan, pero muy moderadamente, á los cantos XIV y XXXIV: se omiten del primero dos violentísimas octavas (81.ª y 82.ª) acerca de los conventos monásticos, en cuyo nuevo infierno halló San Miguel entre ceremonias y misas la Discordia, que creyó encontrar en el Averno, y en donde vió que la Piedad, el Reposo, la Humildad, el Amor y la Paz de las primeras edades habian sido arrojadas de allí por la Gula, la Avaricia, la Ira, la Soberbia, la Envidia, la Inercia y la Crueldad, esto es, por los siete pecados capitales: del segundo se omiten, por una parte las octavas LVIII y LIX que se refieren á la asuncion de Enoch y Elías al paraiso terrestre, y por otra la LXXX en que se habla de las limosnas que se dan para

despues de la muerte y de la montaña que regaló Constantino á Silvestre, y que, si antes era bien olorosa, al presente era ya hedionda.

La traduccion de Urrea que no fué única, pero que, sin ser buena, escede á la de Hernando de Alcocer altamente impoética (Toledo 1550) y á la de Vazquez de Contreras, siquiera porque éste la hizo en prosa, gozó, tal cual sea, de un extraordinario favor en aquellos tiempos, si se ha de juzgar por el número de sus ediciones, que en solo la segunda mitad del siglo XVI esceden de catorce, siendo la primera que se cita (pero con la sospecha de existir alguna otra anterior) la de Amberes de 1549, y la última la de Toledo de 1588 (1). Hay de ellas algunas con aclaraciones ó comentarios, y las hay con versos laudatorios de D. Juan de Aguilon y D. Serafin Centellas: la que poseemos, que es la de Salamanca, consta de Portada, Licencia de 1573, Dedicatoria al príncipe D. Felipe, otra acompañada de dos piezas de verso dirigidas las tres á Ascanio Colonna por Florencio Romano, que manifiesta haber enmendado tipográfica y literariamente la obra, sobre todo en lugares *siniestramente traducidos*, un soneto de

(1) Mientras Latassa no menciona sino cuatro, empezando por la sexta de 1556, D. Pascual Gayangos, diligentísimo bibliógrafo, sobre todo en este linaje de libros, cita catorce, ó sea, además de la primera y última, las siguientes: Lyon, 1550, Venecia, 1553, Lyon (dudosa), Amberes, 1554, Lyon, 1556, Amberes, 1558, Medina del Campo, 1572, Venecia, 1575, Salamanca, 1577, Salamanca, 1578, Bilbao, 1583, y Toledo, 1583. Nos permitiremos observar que acaso las dos de Salamanca, una de las cuales cita Gayangos bajo la fé de Salvá, sean una sola; pues la de esa ciudad, que conocemos, tiene en la portada la fecha de 1578 y en el colofon la de 1577: advertiremos tambien que la licencia que precede á esta edicion no es la concedida para ella, sino la que en 1573 obtuvo Gaspar de Ortega, librero de Alcalá de Henares, en donde por lo mismo es presumible una edicion: haremos notar, finalmente, que en la Biblioteca nacional de Madrid existe una edicion de Barcelona, 1564, por Claudio Bornut, aunque con la portada y las dos primera hojas manuscritas.

Aguilon, el Poema con argumento y alegoría ó representacion moral de cada canto, Soneto de Centellas y Tabla alfabética.

Acerca de los juicios que el *Orlando* español ha merecido, diremos que no faltaron *émulos* y *detractores,* como dice el doctor Andrés, que despreciaron su traduccion; pero en general fué estimada y obtuvo alabanzas hasta cierto grado merecidas. No citaremos las de Latassa, escritor muy benévolo y muy poco literario, quien dice, copiando á Andrés, que la obra está españolizada *con grande elocuencia y acierto,* ni las de Vicente Millis, que al cabo son editoriales, ni las de Aguilon y Centellas, que en sus sonetos laudatorios, tambien editoriales, le llaman nuevo Homero y nuevo Virgilio (1); pero sí la de J. de Mal-Lara, que en la Centuria IV, refran 46, dice del *Orlando,* que lo *romanzó con harta destreza,* y la de Alfonso de Ulloa, que acompaña á la edicion de Lyon de 1556, el cual era hombre que poseia el idioma italiano hasta el estremo de haber traducido á él el *Diálogo de la verdadera honra militar* (Venecia, 1569), y dijo del *Orlando* de Urrea: «Tengo por imposible poderse exprimir mejor de como él lo ha traducido, porque yo he mirado harto bien el toscano y el castellano estancia por estancia y hallo no engañarme, y el que no lo quisiere creer póngase á otra tal fatiga, que conocerá que tengo razon.» Cervantes habló tambien, como es sabido, de esta traduccion; y porque no falte aquí el voto de tan insigne escritor, que á la verdad acostumbraba á pecar de benigno, aunque este pecado solia cometerlo con sus contemporáneos, pues con los demás (como Urrea) ya sabia usar cierto inteligente desenfado, co-

(1) El *Diccionario histórico* de Barcelona dice: que el *Orlando* de Urrea es débil pero exacto, y que sustituye caballeros españoles á franceses, lo cual no es cierto; cita, como N. Antonio, edicion de 1586, que sin duda es la de 1556; y dice que suele andar junta con una segunda parte de Nicolás Espinosa, la cual, en efecto, tuvo dos ediciones de Amberes, 1556 y 1558.

donde es «la arte militar derreputada, la gentileza de caballería olvidada y el nombre español aborrecido;» y da algunos consejos sobre lo que debia ser el duelo en dos de sus principales puntos, teniendo en ellos por lo mejor que las cuestiones se pusiesen en manos de árbitros, que la eleccion de armas se dejase, no al desafiado, sino al injuriado, y que los duelos fuesen, digámoslo así, á primera sangre, debiendo el rendido dar al vencedor su cuerpo para guardar á Dios el alma. Consagra, en fin, algunas páginas al proyectado duelo entre Cárlos V y Francisco I, que es el pasaje que á algunos parece mas agradable en todo el libro, y copia con este motivo el cartel («no de rey sino de reir» dice Urrea) del jactancioso pero no muy caballero monarca francés, á quien contestó el emperador «no quiero usar con vos de las palabras que vos usais, pues vuestras obras, sin que yo ni otro lo diga, son las que os desmienten, y tambien porque cada uno puede desde lejos usar de tales palabras más seguramente que desde cerca.»

La segunda parte, no menos curiosa, y áun mas variada que la primera, insiste sobre los tribunales de honor y consejos militares para la calificacion de los casos de honra; formula modelos de satisfacciónes segun las circunstancias; establece los motivos para rehusar al provocador como inepto ó como indigno; permite la defensa de los débiles ó de los que por su sexo, estado ó posicion no pueden en persona defenderse, á cuyo propósito cita la caballeresca y novelesca empresa del conde de Barcelona en apoyo de la emperatriz de Alemania; discierne bien la nobleza, que considera personalísima y accesible á todas las clases; discurre algun tanto sobre heráldica ó armería; cita á los nueve varones de la fama, Josué, David, Judas Macabeo, Héctor, Alejandro, César, Cárlo Magno, Artus y Godofredo; enumera los siete peligros ó trabajos que habia de vencer el que pretendiese contarse entre los caballeros de la Tabla Redonda, pruebas que

consistian en combatir en estacada á todo trance, correr puntas amoladas, subir el primero á escala vista una muralla, salir el primero de una mina, saltar el primero en una galera, ganar un estandarte en batalla y prender en ella á un moro señalado; y, finalmente, pondera de las costumbres de Aragon, por una parte el laudable ejercicio de las armas y la pelota en que los nobles lucian en sus torneos de la cofradía de San Jorje (que se tenian tres veces al año) y en que hasta los mancebos del pueblo se adiestraban los dias de fiesta, y por otra parte la frecuencia y sin razon de los duelos secretos, llevada á tanto estremo, que «vereis un caballero (dice Urrea) salir al campo llamado de otro para que se mate con él, no por más sino porque tiene fama de valiente y por cierta fantasía que le viene.»

La tercera parte trata de la mentira; de la honra, que nadie puede quitar, salvo la mujer á su marido, sin que por esto deba él matar á la culpable sino repudiarla como César, á cuyo propósito se cita un caso muy dramático; de la virtud, que es hábito con eleccion; del valor, estableciendo la preferencia de los soldados que sacan fuerzas de flaqueza y dan muestras de ánimo sin tenerlo, sobre los que van por gusto á los peligros; y de la disciplina militar, respecto de la cual dice que puede uno pasar de un servicio á otro por mayor paga, pero debiendo quedarse en el primero por el tanto, que puede dejarse á príncipe estranjero pero no á natural por falta de vituallas, que no es lícito amotinarse por atraso de pagas, pero sí contra capitan traidor que hiciese rendir á los soldados ó retirar al castillo, y que se defienda sobre todo la bandera. Con ocasion de esto último cita á un valiente alférez que se envolvió en ella y se arrojó al mar para que los turcos no la cojieran; y nosotros recordamos que Cárlos V decia á los suyos que, si le viesen á él caido del caballo y en tierra la bandera, que acudiesen antes á esta á levantarla.

Dilucídanse en esta Parte algunos puntos particulares del

duelo; por ejemplo, el caso de que el reo se hallase sin campo; ó el de que uno de los duelistas cometiese delito enorme entre el reto y el duelo; ó el de que subiese por el contrario á gran dignidad; ó el de que hubiese peligro inminente de presentarse en la estacada. Esto último sucedió á un rey de Aragon citado por Cárlos de Nápoles á Burdeos, ciudad entonces de Inglaterra, pero amenazado allí por tropas francesas aproximadas con tan desleal motivo; y lo que hizo el rey aragonés para seguir su empeño y conservar su vida, fué fingirse enfermo en Montearagon para que se creyese que no concurriria, salir ocultamente y con el tiempo preciso, pasear en Burdeos el palenque despues que el de Nápoles se habia retirado, presentarse á puesta de sol al juez del campo para que viese y pudiese certificar quién era (pues hasta entonces habia pasado por un loco) y volverse á su tierra con la priesa que las circunstancias reclamaban.

Trata igualmente de diversos pormenores, á saber: sobre la diferencia entre el hombre de honra y el honrado, esto es, entre el que tiene honra y el que la recibe; sobre las atenciones debidas del inferior al superior, como son quitarse antes el bonete, ceder la derecha y dar el tratamiento de *merced* en lugar del de *vos;* sobre las varias clases de nobleza, que son vulgar ó posesion de un espíritu naturalmente levantado, moral ó buena inclinacion pero regulada, teológica ó de divina gracia y política ó ganada por virtud propia.

Pero lo que hace mas interesante, segun nuestra opinion, esta última Parte del libro de Urrea es lo relativo al estado en que entonces se encontraba la milicia española, acerca de lo cual despliega el autor tal severidad de ideas, tal independencia de carácter, tal elevacion de espíritu y tanta noble valentía para esponer los males y presentar sus remedios, que, cuando no contuviera otro asunto que éste el libro que analizamos, sería para nosotros de tanta curiosidad como interés. Una de sus principales

quejas versa sobre la frecuencia con que se concedian al favor y no al mérito las plazas de capitanes, dando los generales á sus criados bandera, gineta ó escuadra con menosprecio del verdadero mérito, siendo así que «el título y favor no pueden hacer sábio al que no lo fuere;» y para remediar los males que de esto se siguen, propone al rey que reforme la milicia dándole mas honor, nombrando buenos capitanes para que obedezca mejor el soldado, y mandando que los pagadores no paguen ni asienten plaza á alférez que no salga de sargento, ni se dé gineta sino á caporal, y que los capitanes puedan hacer de un cabo de escuadra un alférez y tener bajo su conducta á seis ó siete oficiales. Otro de sus cargos es la poca recompensa y menos honor que se da á la milicia, por lo cual *hoy se pelea flojamente*, y los pueblos de Italia se han atrevido á veces á matar á treinta y cien soldados, consiguiendo el perdon por un puñado de oro. Otro es la impericia de ciertos generales, ó por ciego valor ó por falta de práctica y así las jornadas de Argel, Metz, Lorena, Mostagan, Gelves y la pérdida de las galeras en la Herradura se debieron, ó á combatir malamente en invierno, ó á pelear y no gobernar el conde de Alcaudete. Otro es la falta de buenas costumbres y aun de religion; y por eso (dice Urrea llevado del criterio histórico de aquellos tiempos) no se vuelven ahora las saetas moras contra los que las disparan, como en la campaña de Pelayo, ni sale agua de donde nunca brotó, como en la conquista de Mallorca, ni se repiten milagros como el de los Corporales de Daroca.

Concluye la materia del duelo, diciendo enérgicamente que poner en él el juicio es *pedir justicia al viento y á la vanidad.*

El estracto que hemos hecho de la obra y las observaciones con que le hemos encabezado nos dispensan de mas ámplias consideraciones, pues, segun nuestro sistema, hemos querido que fuese el autor quien se diera á conocer á sí mismo, mas bien que darle á conocer nosotros por nuestras propias opiniones y nues-

tra peculiar manera de ver en literatura. Sin embargo, en lo que nos resta de nuestra tarea, que es seguramente lo mas importante porque va á referirse á una obra totalmente desconocida, practicaremos ambas cosas, esto es, seremos muy prolijos en el estracto y nos detendremes bastante en el exámen de la obra, y para que todo úna mejor, diremos algo (pero de esto poco, porque ya se ha dicho mucho y bueno) acerca del género caballeresco al cual pertenece el libro de *D. Clarisel de las Flores*, que es quien ha puesto la pluma en nuestras manos.

IV.

GÉNERO CABALLERESCO.

La falta de verdadera civilizacion en los pueblos antiguos dió á la fuerza y á la destreza material una importancia desmedida; la falta de un verdadero derecho de gentes, que mantuvo á aquellos estados en constantes guerras, dió á la profesion militar una especie de superioridad por nadie contestada; la falta de conocimientos científicos, que solo á muy pocos elegidos eran dados, permitia al vulgo un esceso de imaginacion y de credulidad que suplian en él á la inteligencia poco cultivada. Esto, que creemos poder decirse con justicia de los pueblos antiguos, no muere con ellos, antes atraviesa todas las épocas del cristianismo y llega casi á nuestros dias; y esto depende, no solo de que el pueblo en general ha carecido siempre de instruccion en todas épocas y ha abundado en todas de poesía, sino de que el cristianismo, llamado á proclamar el imperio de la paz y el triunfo del espíritu sobre la materia, desprendió inevitablemente de sí, por una parte las guerras de carácter religioso, y por otra un mundo entero de ficciones, que, contra su propia índole y á despecho de la iglesia, vinieron á constituir en el cerebro del pueblo una nueva

mitología que reemplazaba á la pagana y aun se inspiraba en ella con frecuencia.

En estas pocas líneas hemos sintetizado el porqué de la caballería, tal cual se presenta á nuestros ojos, y en ellas se esplican tambien el entronque de los nuevos con los antiguos caballeros, y la duracion de los libros de caballerías desde su invencion en remotos tiempos hasta nuestros propios dias. Nuestros Arturos y Amadises tienen por ascendientes á Jason y sobre todo á Hércules, cuyos *Trabajos* (que ha hecho suyos por cierto la literatura española) son estraordinarias, increibles y maravillosas *aventuras* (1); nuestras cruzadas en lo histórico y nuestros sitios de Constantinopla en lo caballeresco, tienen bastante de comun con la guerra de Troya; nuestras Urgandas y otras magas buenas y malas, que probablemente proceden de los germanos en donde á las mujeres estaba reservada la alta sabiduría, son un remedo de las Circes y otras varias, tambien del dominio de nuestra literatura; y aun, si tuviéramos los vuelos de otros escritores que fácilmente inventan y dan como inconcusas sendas fórmulas con que esplicar una, ó varias ó todas las épocas de la humanidad, diríamos que la lucha eterna entre el Oriente y Occidente que tuvo en Troya una de sus victorias es la que, avivada ahora con el espíritu religioso, se reproduce llena de animacion y brillantez en las mas importantes novelas caballerescas, lo mismo en *Amadis de Gaula* que en *Clarisel de las Flores*.

Del nacimiento de los modernos aventureros, no lo seremos tanto nosotros que precisemos ninguna fecha; mas como quiera que aquellos caballeros habian de estar dotados de ciertas con-

(1) El marqués de Villena escribió los *Trabajos de Hércules*, que se imprimieron en Zamora en 1483: Ordoñez de Montalvo en las *Ergas* dice: «Aquel fuerte Hércules de quien tan grandes maravillas en armas son escriptas y divulgadas por el mundo.» De Mal-Lara se cita un Poema en 48 cantos.

diciones que no se compadecen con la barbarie, y arguyen, al revés, una civilizacion á su manera; bien podremos decir que no pasan allá de Carlo Magno, cuya crónica latina, atribuida á Turpin en el mismo siglo VIII, vino á ser por otra parte la fuente de este género de literatura; pero entiéndase que la idea que tenemos del caballero andante, esto es, del héroe y héroes obligados en los libros de caballerías, no puede subir á aquella época, en la cual á lo mas se encuentran los *orígenes*, y aun estos muy dudosos en nuestro concepto. En lo demás la gente aventurera, aunque muy otra que la de las novelas, vivió á su placer en la edad media, teniendo por auxiliares las guerras, el feudalismo, la descentralizacion y el desgobierno; y cuando todo esto desapareció hasta cierto punto, vinieron á entretenerla ó prolongarla las guerras de Italia, Flandes y Alemania, y cuando aun estas ocasiones pasaron, quedaron espíritus inquietos, bandos ensañados, bandidos célebres, torneadores de paz y gente levantisca retratada en nuestro teatro antiguo y en nuestros romances.

Urrea cita los duelos de injusta fortuna en que (todo dentro de sus tiempos) mató García Villalpando á Francisco Cerdan, Francisco de la Caballería al comendador Villalpando, Francisco Mendoza á Francisco Torrero, Martin de Lanaja á Martin de Gurrea y Fabricio Brancacio á Luis Parreño, sin otros que se mataron en Italia: Dormer y otros citan los retos de frey Galceran de Palau y mosen Juan Gilaberte (1519), del conde de Ribagorza y conde de Olivares (1527) y de Alonso de Gurrea y Carlos Torrellas sostenidos fuertemente por los condes de Aranda y Ribagorza (1534). Sabida es de todos la aceptacion por parte de Cárlos V del duelo á que le provocó, para despues no concurrir, el veleidoso monarca de Francia Francisco I, y eso que aquel era en esto muy prudente, y no propendia por que se sacase el valor fuera de su órbita natural, que es la de las funciones de la guerra. Sabido es tambien que el mismo emperador, que habia negado campo

otras veces á duelistas temerarios, lo concedió y presidió en Valladolid el 29 de Diciembre de 1522 para terminar la querella de los dos porfiados aragoneses Pedro Torrellas y Gerónimo Ansa, á quienes apenas pudieron separar de su última lucha á brazo los treinta caballeros que lanzó el emperador á la estacada: y aunque este fué *el postrer duelo de España*, se entiende, con las grandes formalidades con que el de Valladolid se celebró, hasta el punto de pesarse como oro el traje de los combatientes; todavía duraron los torneos, con todo lo que llevan de peligroso é incitativo, cuando menos hasta 1630 en que lo celebró Zaragoza en obsequio á la reina de Hungría y ante su hermano Felipe II (1); todavía continuó hasta nuestros dias, si no el caballerismo espansivo y abnegado que se pelea con todos en amparo de los débiles, el egoista y quisquilloso que lava con sangre la menor ofensa que recibe, y, lo que es peor, que se inspira en la sociedad como ha probado Jovellanos en su *Delincuente honrado*, última defensa del duelista.

Esto por lo que hace á los *hombres de caballerías;* y por lo que hace á los *libros de caballerías*, no hay duda sino que habian de estar en gran favor, ya por lo que tenian de maravillosos y estravagantes (y porque la novela es siempre lectura popular), ya porque interpretaban bien las bizarrías y estremos de los lectores del siglo XVI, en cuya época nos hemos por lo mismo detenido, aunque sin salir de España, y sin citar, por consiguiente, á lord Surrey, que desafió á cuantos pasasen un puente del Arno si no confesaban la hermosura de Geraldina. Esas lecturas habian sido combatidas por poetas, filósofos y moralistas, que de comun acuerdo veian en ellas un peligro para la moral; pero el siglo de

(1) Escribió la Relacion por encargo de la ciudad el famoso Bartolomé L. Argensola, el cual enumera todas las suertes y caidas, y nota cuán á viva fuerza y á duras penas se hubo de separar de una lucha ya ciega á los combatientes en la *folla*.

las mayores censuras fué el de las mas estupendas y numerosas obras de este género: y no se crea que ni lo voluminoso ni lo enmarañado de ellas retrajese á la plebe de los lectores, pues, al contrario, eran muy comunes entre la gente rústica y ociosa y entre los mozos y las doncellas. De ahí el que causáran tanto estrago en las costumbres, ó por lo menos en la inteligencia de aquellos hombres que aun no habian salido, por decirlo así, de la edad media, cuando el Estado habia ya entrado en la edad moderna. De manera que unos libros que, como dice el autor ó publicador de uno de los mejores de su clase, eran *de cosas livianas y de poca sustancia* (1), unos libros que, como dice Mayans, *afeminan los ánimos por una parte y por otra los embravecen,* estaban dominando las conciencias de los hombres y las imaginaciones de las mujeres. De esos libros salian hombres como el soldado Altamirano (del *Diálogo* de Urrea), que decia «no aprendí sino romances viejos y caballerías, que cierto me levantaron el ánimo á seguir cosas heróicas,» y en otra parte «esos que van al juez son gallineros, ó soldados de chorillo, ó fulleros, mas los gentiles hombres Guzmanes ¿cómo quereis que vâmos á entregar nuestras honras al juez?» Esta perversion del buen sentido, esta rebelion contra el órden constitucional, este anacronismo ¿no exigia imperiosamente ser combatido por la literatura? ¿Qué mas noble, ni mas práctico fin pudo tener Cervantes para escribir el *Quijote,* sin que se necesiten buscar en esta obra mas recónditos, mas violentos, mas improbables, mas imposibles fines?

Pero no podemos entregarnos á esta ni á otras cuestiones de

---

(1) La frase no es exactamente esa: Ordoñez de Montalvo en el Prólogo de *Amadis de Gaula,* despues de mencionar acciones verdaderamente y sériamente heróicas, como las de Héctor, Mucio Scevola y otras, consideradas como históricas, dice que el autor de *Amadis* se junta á los que *cosas mas livianas y de menor sustancia escribieron.*

las que lleva consigo la materia, pues para nosotros es puramente incidental ó preliminar lo relativo á los libros de caballerías, y es en cierto modo obligatorio llegar cuanto antes, y detenernos lo mas posible, en el libro especial á que va consagrado principalmente este trabajo. Esa es la causa de que omitamos tambien otras consideraciones, por ejemplo, acerca de la influencia que primero recibieron y despues comunicaron á las novelas caballerescas los poemas italianos incluso el de la *Jerusalen libertada;* acerca de la parte que los árabes tuviesen en el giro dado á estos libros en España (1); acerca de lo tardíamente que nos llegó este género y del carácter estranjero que conservó; acerca de si influyó ó no en nuestro teatro antiguo, con otras muchas que pudieran plantearse como otras tantas tésis importantes.

Diremos, pues, tan solo, que la filiacion que generalmente se da á estos libros sube hasta las fábulas sanscritas, con las cuales entroncan los cuentos galantes de los escaldos, ó troveras, ó bardos del Norte, imitados en algun modo, aunque en nuestro sentir bastante de lejos, por las leyendas carlovingias, á que dió orígen, aunque no en el siglo VIII, la crónica de C. Magno, escrita por el arzobispo Turpin ó por quien sea. Los orígenes se creen germánicos, y el itinerario de estas novelas, ya formadas, parece ser desde Alemania á Inglaterra, desde aquí al N. de Francia, desde aquí á Italia en el siglo XIII, y desde aquí á España y otros puntos, aunque en rigor Italia no fué un modelo sino un estímulo para esta clase de obras. A Monmouth, que creó ó dió importancia al famoso Merlin, cuya biografía se ha escrito en lo moderno,

(1) Los árabes tenian, y parece que en algunos puntos áun conservan, un respeto sumo á la desgracia; y, no solo dispensaban la hospitalidad mas franca, sino que algunos de sus príncipes y poderosos defendian á todo trance y contra todo enemigo á los que buscaban asilo en sus palacios ó en sus tiendas. No aducimos este recuerdo como comprobacion del texto, sino con ocasion del texto.

se atribuye la importacion de Artús en Normandía en el siglo XIII, y á Adenez la de Carlo Magno en el siguiente, viniendo á ser los famosos romances españoles de aquel emperador (acaso lo mas curioso del Romancero) como una derivacion poético-legendaria de los libros de caballerías que en España no penetraron hasta el siglo XV.

Estos libros, que llegaron á ser numerosísimos en todas partes y á obtener considerables ediciones, se hallan ya clasificados, y lo están en tres principales grupos, á saber: el *breton*, el *carlovingio* y el *greco-asiático*, aunque no todos convienen en este órden, pues hay quien, no sin fundamento, supone el primero en época el carlovingio (1). Escusado es decir que los héroes respectivos de estos tres ciclos, es decir, los héroes que los encabezan y dan nombre, son: *Artús*, con sus caballeros de la Tabla Redonda, *Carlo Magno*, con sus doce Pares, y *Amadis*, con sus caballeros ingleses, escoceses y de todas las partidas del mundo. Este *Amadis*, por su larga descendencia novelesca, ha obligado á ciertas subdivisiones que son: *Amadises en línea recta*, que empiezan en el famoso de Gaula ó Gales, por lo cual hay quien llama *galés* al ciclo todo; *Amadises en línea lateral*, que empiezan en Belianis de Grecia, príncipe de Constantinopla; *Amadises en línea indirecta*, que empiezan en Palmerin de Oliva, y *extraños á los Amadises*, pero de la misma *familia* literaria. Entre el crecido número de estos libros los hay de particular mérito y de mas ó menos claro nombre; pero siempre serán considerados como los mas canónicos, y como fuente y raíz de todo el género, los trece libros de

(1) Hay otros libros que no pueden referirse á estos grupos, porque ni sus héroes son de las familias matrices, ni obedecen del todo á las condiciones de lugar, tiempo y otras: los hay tambien á lo divino que todavía están muy dentro del género y los hay sentimentales y en verso que se separan de él bastante.

Amadis de Gaula (que está dividido en cuatro) y de sus descendientes directos *Esplandian* su hijo, *Florisando* su sobrino, *Lisuarte de Grecia* su nieto, *Amadis de Grecia* su biznieto, *Florisel de Niquea* su tataranieto, *Rogel de Grecia* y *Silves de la Selva* sus cuarto-nietos y *Esferamundi* su quinto-nieto; debiendo señalarse tambien como muy notables *Tirante el Blanco,* traducido del inglés en el siglo xv por Martorell, *Palmerin de Inglaterra,* obra de Luis Hurtado sobre la cual se ha disputado en nuestros dias, el *Caballero del Febo,* que ascendiente genealógicamente de Amadis sobrevivió literariamente á *D. Quijote, Lepolemo,* notable entre las híbridas novelas á lo divino, *Florindo,* contemporáneo de Mahoma y, por supuesto, su enemigo, *Tristan* (no el *de Leonis),* uno de los pocos cuya accion se trae á España, y otros y otros que aquí no es posible enumerar.

De los tres ciclos, solamente nos importa el tercero, porque ese es el ciclo español, y aun por eso, como tal, tenido en poco por los estranjeros, no en los antiguos tiempos en que lo traducian y leian ávidamente, sino en los modernos en que lo menosprecian. Es cierto que las novelas de ese período falsifican violentamente la historia ó no se cuidan de ella; trastornan de igual manera el globo para acomodarlo á una geografía muchas veces caprichosa; acojen de buena fé las mas vulgares fábulas y crean otras nuevas á todo el poder de su imaginacion desarreglada; se apartan de toda probabilidad, lo mismo al marcar las distancias, que al describir los combates ó al delinear los caractéres; prescinden de todo estudio de época y no dan á conocer, y eso inconscientemente, sino aquella en que viven sus autores; presentan como tipos ejemplares los que son en rigor vituperables; ofrecen escenas de lubricidad que no sientan bien en ningun libro, ni menos en los que tienen el carácter de populares; y, para concluir, ostentan en sus formas una monotonía servil y una prolijidad harto enfadosa. ¿Quieren más sus detractores? Pero estos defec-

tos, que casi en su totalidad se pueden tambien atribuir al mas importante cuerpo de poesía que jamás haya producido nacion alguna (aludimos al teatro antiguo español), ¿pueden disminuir en nada el interés que inspira todo un cuerpo de literatura, en una nacion tan fértil como la española y en un siglo en que ésta dominaba moralmente á la Europa? ¿Puede ni por un momento desdeñarse una série numerosa y voluminosa de libros, que fueron á un tiempo el reflejo y el influjo de su época por espacio de dos siglos? Para nosotros es tal la evidencia de la negativa, que hasta nos inspira el desden, si se quiere anti-crítico, de no rebatir la afirmativa.

Ahora bien: al ciclo que á grandes rasgos hemos descrito, y á su seccion de *independientes,* pertenece la novela de *D. Clarisel de las Flores,* de que vamos á ocuparnos; pero como el juicio que de ella hemos de hacer sería casi ininteligible á nuestros lectores si no le precediera un conocimiento minucioso del argumento, y como en éste es en donde se ha de mostrar mas por entero el autor, nuestro primer cuidado va á ser el de dar una idea cuan completa podamos de la marcha de la accion y de todos sus incidentes, para ofrecerla despues igualmente acerca de sus mas íntimos y curiosos pormenores. Creemos que esta parte, por lo mismo de ser menos nuestra y mas de Urrea, será la que mas podrá interesar á los doctores de la ciencia.

V.

ARGUMENTO DE D. CLARISEL DE LAS FLORES.

I.

El caballero Indiano vence á Celadonte: muerte de Floriselda.—Traicion de Turinazo.—Guidon sorprende el palacio de Constantinopla, y se lleva á la emperatriz Gravilena: el Indiano la rescata, despues de aventuras con el de la Muerte y otros.—Triunfo de Gelismundo sobre Otolin.—Aventura de Selvagia.—Orfelin y Cristilena (1).

Caminaba por entre unos henebros el Caballero Indiano, acompañado entre otros de Floriselda, Charlantes y Ardisel: éste, inexperto en amores, recibia lecciones no muy puras de Charlantes, el cual le refirió la manera de hacer suya á Bravesina suplantando á Menalipo, y, como Ardid fuese irritado para él diciendo ser su hermana, Charlantes redondeó su relacion, diciendo que mató al aleve Menalipo y se casó con la doncella. Con estos entretenimientos y el de vencer el Indiano uno por uno á quince caballeros que se burlaban de su aparente ancianidad, llegaron al castillo del terrible Celadonte, el cual, vencido por el Indiano, murió á un mismo tiempo con Floriselda, la cual se atravesó el pecho desairada por el Indiano á quien amaba. Dado el castillo á Ardisel, partió el Indiano para el real de Gelismundo, emperador de Constantinopla, que estaba en guerra con el gran Otolin, emperador de Oriente.

Éste, con sus jayanes y lucido ejército, consigue tomar la villa de la Valina, pero no su castillo, y consiente con Gelismundo

(1) Las divisiones que hacemos en el *Argumento de Clarisel* son arbitrarias, y solamente dirigidas á facilitar con estos descansos su lectura, que de suyo es indigesta y difícil á causa de los muchos y á veces absurdos sucesos que se refieren. Los ciento setenta y seis capítulos del original se reducen á catorce grupos en este estracto.

en una tregua que éste aprovechó para visitar á su hija Felisalva, enferma de melancolía, y para recibir numeroso refuerzo de gentes venidas, á fama de la empresa, desde todos los puntos de Italia y la gran Grecia, de Alemania, Inglaterra, Hungría y otros países. El príncipe cristiano llegó á reunir hasta cien mil caballeros y treinta mil peones, teniendo á su espalda el fuerte de la Valina, delantera una formidable y defendida cava, á su derecha el mar de Propóntides, y á su izquierda el rio Sangaro, todo ello protegido por los mejores caballeros del mundo; faltando, empero, el rey Argesilao, á quien, con su esposa é hija, habia preso y encantado el usurpador rey de Frisa. Su contrario el grande Otolin tenia doble número de hombres con un jayan por cada dos mil, y veinte mil alarbes á guisa de almogávares en su vestir, en su esfuerzo y en sus armas. Así dispuestos, una dama de Belorofonte propuso en nombre de éste una justa á los caballeros cristianos, y casi todos fueron vencidos por él y prisioneros.

Antes, sin embargo, de que la verdadera gran batalla se empeñase, sucedieron dos cosas: fué la primera, que el traidor Turinazo en hábito de ermitaño atrajo hipócritamente á una abadía al emperador Gelismundo y otros, para ponerlos á merced de su enemigo; la segunda, que Guidon entró en son de paz en Constantinopla (defendida y al fin salvada por Telisandro), llevándose él á la emperatriz Gravilena y á la princesa Felisalva de quien se enamoró; y otros al rey de Polonia y á cuantos caballeros de importancia habian quedado en el palacio, si bien muy pronto fueron estos salvados por el valor de Claromarte el de los Unicornios, que á la sazón llevaba encantada en carro de cristal, oro y ébano á su hermana Felisena, y que, despues de esta victoria, se presentó en el real cristiano, y justando con Belorofonte le dió muerte, y Otolin libertad á sus prisioneros. Rompióse al fin la batalla, y aunque toda ella quedó inclinada de la parte de Otolin, pero la noche forzó á una tregua, durante la cual se despachó á Tiréni-

des en socorro de Telisandro, y nosotros iremos en busca del caballero Indiano.

Halló éste en su camino á Altinea, reina de Lituania, mujer que le amó mientras él amaba á la princesa Felisalva, y ahora que la amaba á ella por fuerza de encantamiento, no le merecia sino desdenes y arriesgadas pruebas, como ahora en que le pidió la cabeza de Belamir su amigo, á quien venció y entregó cautivo ante su amada Flerecinta. El Indiano sostuvo otra mas empeñada batalla con el caballero de la Muerte junto al sepulcro de Filena, y, al caer sobre él la sangre de los contendientes que nunca se vencian, todo él se deshizo, los grifos volaron y los caballeros se perdieron. Despues topó, primero con Orfelin del Arpa, que acababa de salvar de un forzador á su amada Cristilena, la cual se le huyó sin ablandarse; despues con Bronzal, que en el *castillo de la venganza* mataba á todo caballero del emperador, y, en fin, con el caballero de los Vespertiliones (1), á quien venciendo hizo su amigo, y con quien dió á perseguir á los veinte caballeros que llevaban presas á la emperatriz y á la princesa, á cuyos raptores, despues de dejar maltrechos, obligó á huir, concluyendo por arrebatarles su rica presa y llevar herido á Guidon al castillo de Montalon. No tardó mucho en encontrar á un caballero que tenia comenzada batalla contra Turinazo, el cual hubo de abandonar al emperador y otros tres reyes prisioneros: ese caballero era el de la Muerte, que acababa de recibir de la sábia Filena una lanza del rey de Troya con el ídolo de Pálas, cuya arma no podia romperse sino en el pecho mas enamorado.

Reconquistada Constantinopla con el acorro de Tirénides y con muerte del príncipe de Oriente que, ganoso de Felisalva, ha-

---

(1) Azamor, príncipe de Tartaria y esposo rendido de Dulcemar, de quien anduvo enamorado Rubaconte, y por la cual consintió Azamor en declararse esclavo de la princesa Felisalva.

bia ido á apoyar á los del palacio, dióse formidable batalla entre ambos emperadores, siendo vencido Otolin en tierra y mar y entrando triunfalmente Gelismundo en Constantinopla, para donde citó á grandes justas, convocando Córtes en el castillo de Jason. Aquí estatuyó nobles costumbres, premió á servidores y se entregó á las delicias de la victoria.

Vino á formar parte de aquellos pasatiempos la *aventura de Selvagia*. Desdeñosa ésta con siete caballeros principales, que por ella se mataron de concierto unos á otros, dióse despues á un libertino, quedando los dos encantados (ella en figura de leona), y llevándolos de pueblo en pueblo el rústico Montano para que el mas desleal quitase á Celin Balax el escudo, y la mas desleal arrancase á Selvagia la corona de fuego; cosas que probaron, pero que no consiguieron, los de la córte del emperador.

En tanto vagaba Orfelin á la ventura cuando vió un caballero asesinado por diez villanos, y, vistiéndose las ropas del muerto, se apareció á ellos dejándolos tan asombrados, que pudo con un baston matarlos á su salvo. Pero el traje vino á comprometerle, pues siete cormanos del muerto le tuvieron por matador y por ladron, y el señor de la villa de Palemuro le dió cuatro horas para probar su inocencia: ya pasadas, caminaba hácia el suplicio; pero Lauresni, lindo escudero que acababa de recibir y que le decia despues de cada sueño sus cosas pasadas y aun futuras, se denuncia como culpable y aquello les da á los dos la libertad. Alegres marcharon á Nicópolis, en donde Orfelin venció á todos los justadores aventureros, y Dorense, hija de la condesa, se enamoró del escudero. Éste resultó ser Cristilena; pero perdió con ello Orfelin, pues si antes el escudero le habia hablado favorablemente de ella, ésta en persona tornó en aquel punto á sus desaires.

II.

El Indiano desencanta la isla de Letea y es aclamado rey: desencanta al rey Argesilao, desposeido de Frisa por Azerado, pero no á Laudomia y Gracelinda, su esposa é hija.—Felisalva le odia como *caballero Atrevido*, y va enferma á una abadía viendo de paso en una *fuente* la imágen del de *las Penas*.—Argesilao y el caballero del Rayo (el Indiano) defienden un *Paso:* el segundo vence á Turinazo: en el gran torneo de Constantinopla mata á Tamaris, rey de Inglaterra, es preso y huye.—Casilano el Solo.—Silvan y su desleal esposa.—Aventura de los leones por el del Rayo.

Conviene ahora advertir que, terminada la batalla contra Otolin, el sábio Deucalion se llevó al Indiano á la *isla de Letea,* que mucho tiempo habia que estaba encantada é inmóvil, salvo el castillo que volteaba como una rueda de molino. Invitado por un cartel á sacar de la cava un escudo, lo consiguió y todo se puso en movimiento, y la ínsula agradecida le aclamó por rey. Lo primero que vieron sus ojos fué á Evergentes y su hija Amaranta, los dos desnudos, hundidos en el piso de mármol hasta la cintura, y sepultados cada vez que sendos jayanes les daban con una maza ardiendo en la cabeza, suplicio precursor del infierno que les esperaba, por el delito de haberse unido conyugalmente cuando él perdió la esperanza de hallar otra tan hermosa como su mujer, que es lo que ésta al morir le habia encomendado. Tal habia sido el orígen del encantamiento, y, aunque éste estaba ya deshecho, todavía en la *torre del lago triste* se hallaban encantadas una reina y su hija, guardadas por el rey á todo su despecho: luchó con éste el Indiano, y, no habiéndose vencido el uno al otro hasta el ocaso del sol, quedó desencantado Argesilao; pero no pudiendo desanudar el Indiano la cadena de la puerta, continuaron encantadas la reina Laudomia y la princesa Gracelinda. Allí recibió el vencedor cuatro joyeles que, puestos sobre la persona, la desfiguraban por completo; y, usándolos de pronto el rey Argesilao y Deidemia, dama que acompañaba desamada al Indiano, adquirieron

el uno juventud, la otra vejez: allí contó Argesilao cómo mató á Follon y Turbilon, tataranietos de Amaranta, y cómo Azerado, hijo y sobrino de los dos, le prendió y desposeyó de Frisa dejándole encantado: allí, en fin, se determinaron á marchar como aventureros al torneo de Constantinopla, para donde caminaron pasando por Tracia, Arcos de Salmacis y Floresta de las Ninfas.

La córte continuaba en el castillo de Jason, en donde galanes y damas probaron las aventuras de el *sacrificio de amor* y la *flor amorosa;* pero en la primera sucedió que, al acercarse á la cámara ardiente, parecia que Jason los traspasaba con su espada de fuego, y en la segunda quedaban ciegos y aun algunos volcados á un estanque, no bien atravesaban la puerta, siempre franca á la aventura. La princesa amaba cada vez más al caballero *de las Penas* y odiaba en igual grado al *Atrevido,* por el desaire que le habia hecho en la morada de Enone; y como Deucalion la anunciase que solo sanaria teniendo en su mano el corazon del Atrevido, salieron caballeros en su busca, y como la enfermedad aumentase, la concedieron ir á la abadía real en donde su abuela se hallaba retirada. Ya en camino, y pasando por un bosque de arrayanes, llegó al *moral* en donde estuvo colgada mucho tiempo la espada de diamante, y, festejada por las músicas que le dieron las estátuas de la *fuente del antiguo leon,* probó esta aventura, que consistia en aclararse ó no las aguas y verse ó no en ellas la imágen querida: á ella se le aclararon de tal suerte, que le mostraron la imágen del *caballero de las Penas,* ó sea el *No-conocido,* el *Atrevido,* y desde ahora *el del Rayo,* pues con estos y otros nombres se distinguió el *Indiano,* como se verá mas adelante.

Avino en Tracia al rey Argesilao y al caballero del Rayo que, despues de pelearse aquel (llamado *el de las Prisiones)* con su hijo Albasilvio que, en union de otros, iba buscando para rendirlo al caballero Atrevido, y despues de encontrar el *espíritu de Abrasanda,* que, habiendo sacrificado honor, vida y reino al in-

gratísimo duque de Corinto, fué de éste brutalmente despreciada y ahora pedia á los transeuntes limosna de dolor, llegaron los dos al castillo de las florestas. Allí, cediendo al compromiso contraido con dos damas vengativas que así se lo suplicaron, se comprometieron á sostener un *Paso* contra todos los que fueran para Constantinopla. El del Rayo defendió un puente de vanguardia venciendo á mas de ciento, cuyas damas iban á poder de las señoras del castillo, y llevó su empeño tan al cabo, que luchó y venció á Rubaconte y entregó prisionera á la princesa Felisalva por quien habia aquel lidiado. El de las Prisiones estaba dispuesto para combatir á espada con los que quisieren rescatarlas, pero como antes habian de pasar por entre dos estátuas y éstas con unas como palmas las recojian y arrojaban lejos de sí, se mantuvo Argesilao á la espera casi sin combate, pues solo llegaron á él para ser dificultosamente vencidos Filemon, Flamiron y el rey Tamaris de Inglaterra que presumia de amante de la princesa; hasta que, con asombro de todos, llegó un caballero que venció al de las Prisiones y resultó que era el del Rayo. Coronó éste su victoria con otra no menor, cual fué la de vencer á Turinazo, el cual, con una lanza negra que solo podia romperse en el pecho mas enamorado, habia triunfado holgadamente de muchos y aun habia prendido á la princesa; mas, aunque ahora vencido, quedó el vencedor tan mal parado que hubo de ponerse, primero en manos de la sábia Polinice, quien le supo estraer sutilmente la lanza que llevaba clavada, y despues del ermitaño Infeliz quien le escitó á confesion general, haciéndola tambien él por su parte cuando supo que asistia al caballero Atrevido. El ermitaño era en efecto su antiguo escudero Belerin, protegido por el confesor de la princesa y bien visto por ésta, y de él se sirvieron desde hoy los dos amantes para sostener una correspondencia por escrito.

Pasado este tiempo llegó el plazo del *gran torneo*, en el cual fué señor del campo el rey Protesilao, hermano del de las Prisio-

nes, y allí lucióse de todas partes la gallardía y la destreza, pero llevando desventaja los mantenedores de la córte hasta que entraron en liza contra los aventureros los dos caballeros negros que todo lo pusieron de su parte. Ya se adivina que estos dos preciados serian el de las Prisiones y el del Rayo; pero lo que hay que decir es que éste venció desapoderadamente al rey Tamaris, y que, propasándose éste á herirle á la noche en el salon de las fiestas, recibió allí mismo la muerte, siendo él y su amigo reducidos á prision y guardados por caballeros ingleses hasta que muriese el matador en público cadalso. Á todos tuvo favorables el del Rayo, á los cortesanos y al pueblo; pero, á pesar de esto, ya iba á ejecutarse la sentencia, cuando los dos se evadieron con hábitos de monjes, saliendo en procesion con ellos sin parar hasta la isla de Lesbos en donde tomaron salvamento.

Ocurrieron en tanto varias cosas.—Turinazo que, estando preso en Constantinopla, creyó que para él se levantaba el cadalso, murió de desesperacion y de tristeza. *Casilano el Solo* que, desde que espiró su amada, adoraba su memoria, llegó á la córte desnudo, velloso y solo, cubierto de hojas de árboles; y, como allí arribára un caballero con la estátua de aquella mujer, quedó ya aquel en palacio, dedicado no más que á su estática contemplacion. Hubo entre otros pasatiempos un toro artificial cuya cabeza se abrasó de pronto con fuerte estallido, saliendo de aquella máquina doce dioses y otras tantas amantes que todos eran caballeros de la córte. La reina Altinea, esposa de Belamir, mandó regalos á la córte, y Flordanis desesperado fuese hácia ella con su escudero Gradafil. Ocurrió tambien (y esto fué verdaderamente delicado) que Aquilina, despreciando á su esposo Silvan, recibió al rey Bralearte; cayó éste y se mató; fué ella presa para morir si no la defendia un caballero; hízolo airósamente Tremedes, hermano del amante; se presentó contra ella un desconocido, y, despues de dar muestras de victoria, se hizo el vencido como si

contra él estuviera el cielo, y este hombre resultó que era Silvan. Más pasó todavía, y fué que el caballero del Rayo, entrando á la callada en Constantinopla, recibió castos favores de la princesa, teniendo que acometer para llegar á su ventana *la aventura de los quince leones,* á los cuales encerró, menos á uno con quien hubo de luchar y á quien dió muerte. Sucedió, en fin, que Protesilao, leida una carta de su mujer en que se le anunciaba doliente de mal de ausencia, partió de la córte con sus parientes, entre ellos su hermana Leoniselda (grande amiga y confidente de la princesa), quienes, asaltados por una tempestad, fueron todos desaparecidos.

III.

Otolin, acosado por su hijo Audali, atrae á Gelismundo, quien se pone en marcha y reforma al paso el *Reino de los palacios del Sol.*—Castillo del Celoso á quien burla Filemon.—*Carro de la vanidad.*—Llegada á Trebisonda. Rubaconte conquista su espada.

Por este tiempo vino á Constantinopla una dama á la persa, con un mensaje que originó larga série de aventuras.

La dama se arrodilló ante el emperador, y éste empeñó su palabra de conceder lo que ella demandase. Ella dijo entonces que la muerte de Belorofonte, rey del Cairo, y sobre todo la libertad que dió Otolin á los prisioneros, habia exaltado contra éste á los más fanáticos, quienes le tenian muy amenazado el reino acaudillados por su hijo Audali, y que no se veria libre ni seguro en sus estados, hasta que algun caballero andante ganase la aventura de forzar la entrada de un estrado en Trapisonda.

El emperador, no sin disgusto de su córte, se embarcó con seis de los suyos, todos con armas verdes, y arribó á las siete bocas del Danubio, en donde moraba Coronea, reina de los *palacios del Sol* y de las *torres de Pluton,* la cual mantenia la insufrible costumbre de que las damas de hasta veintidos años elijiesen

caballero á su sabor y, cansadas de él, lo destinasen á las ancianas, y, si alguno de ellos era infiel, sufriese el encierro y los tormentos de las torres. Llegados allí, la rèina elijió á don Galiardo, príncipe de la Bretaña francesa, otras á los demás, pero ninguna al emperador, que era algo anciano; mas ellos, si bien aceptaron, pidieron combatir con los doscientos caballeros de armas de la reina para ganar su libertad, y vencedores de todos, penetraron en las torres de Pluton. Allí presenciaron cómo los alevosos de amor eran conducidos por monjes jayanes y monjas enanas ante el templo de Proserpina, cómo unas mujeres ancianas les imponian yugos de bervena y frenos, y les incensaban con fétidos corazones de diversos animales, y cómo unos verdugos con vergas de hierro los introducian en la caverna del altar; pero el emperador, á quien la reina se confió generosamente á pesar del pérfido aviso y consejo de Prenestina de Guidon, que le dió noticia de quién eran sus huéspedes y le indujo á entregarlos á Otolin, abolió aquellas costumbres, formó leyes nuevas, dió libertad á los encarcelados, casó á la jóven reina con el casto Flamiron y partió con los suyos á la empresa que llevaban.

Pasado el golfo del Mar Negro, continuaron por tierra, y aviniéndoles una fuerte tempestad, pidieron asilo en el *castillo del Donoso*, de donde se les mofaron á su salvo, haciendo lo propio con otros treinta que llegaron, escitando á todos á combatirse unos con otros con la promesa de abrir á los vencedores, y negando despues á los del emperador, que lo fueron, el albergue que con toda instancia apetecian. Desesperados y furiosos, principalmente el mal sufrido Rubaconte, partieron de allí arrostrando la inclemencia del aguacero, y corrieron cinco millas para llegar al *castillo del Celoso,* en donde fueron todavía mas burlados; pues, ofreciendo abrirles, entraron en el puente (que era angosto, sin pretil y asentado sobre profunda cava llena de agua), y cuando en él estuvieron, cerróseles el rastrillo y hubieron de quedar toda la

noche en aquel peligro á la intemperie. A otro dia, se les obligó á dejar las armas y, dándoles entrada, pronto se hallaron en oscura prision con otros cuitados caballeros.

Aquel *castillo del Celoso* era de Recelando, que, ya anciano, habia casado con Solandria, á la cual y á su amante habia matado con sus manos, jurando hacer morir en sus prisiones á cuantos caballeros andantes allí aportasen. Casado ahora segunda vez con Artensia, se emparedó con su hija Elionea y con su esposa, despues de dar á su hijo Versalio sus castillos y hacienda, y solo se dejó dos reducidas comunicaciones, la una el torno por donde recibia su sustento, y la otra una trampilla por donde lo daba á los caballeros que gemian en los profundos calabozos. Artensia, que en sus veinte años de edad llevaba á mal su doncellez de casada, habló elocuentemente á su hijastra acerca de los placeres del mundo, y, una vez que la sedujo para cómplice, trazó un plan tan bien urdido como lo pedia su codicia de libertad y de placeres. Durmiendo ella entre Recelando y Elionea, hizo poner á ésta en su lugar, sustrajo la llave de la trampa durante el sueño, bordó en un lienzo una cita dada «al más atrevido prisionero,» descolgó este billete con un cordelillo y una vela encendida, arrojó piezas de tela para que hechas tiras y anudadas fueran atadas al cordel, tiró de éste, ató aquellas á un arcaz de libros, encaramóse por ellas Filemon, hízose dueña por obra de él la atrevida Artensia, subieron otros caballeros ayudados por los de arriba, rompieron las paredes, y murió de heridas Versalio y de pesar el Celoso.—Rubaconte y Flamiron, acabada esta aventura, fueron á vengarse del Donoso, para lo cual fingieron reñir y matarse á sus puertas, é irguiéndose de pronto cuando fueron entrados en el castillo, se apoderaron de él fácilmente y lo dieron á Artensia con cuyo hermano fué casada Elionea.

Sigue á estas la aventura del *Carro de la vanidad,* tirado por cien caballos, girando sobre siete órdenes de ruedas, y sopor-

tando un gran salon y otras habitaciones, todo en colores cambiantes y deslumbradores. Sobre él se ostentaba la doncella peregrina, *Reina de la liviandad*, la cual era una dama armenia llamada Boreas, que con sus veleidades habia causado la muerte de un caballero, por lo cual una abuela de éste la habia puesto allí encantada hasta que pudiera llegar á ella un hombre firme; mas todos cuantos pretendieron subir al carro (y lo pretendian enloquecidos cuantos allí se acercaban) fueron lanzados á gran distancia por el viento de la vanidad.

Llegados por fin á Trapisonda (Trebisonda) los de las armas verdes, entraron en la *gran sala de Otolin*. En su testero principal habia una red de hierro y en ella unas puertas que nadie alcanzó á abrir y que se abrieron solas á la presencia de Gelismundo; pero, ocupando éste el estrado, quedó inmóvil «que cien mil hombres no lo pudieran de allí mover,» y entrando muchos de dos en dos á desencantarle, luego se levantaban dos caballeros encantados que guardaban la silla y que, en tocando el yelmo á los aventureros, los dejaban adormidos y prisioneros.

Quédense de esta manera, mientras seguimos á Rubaconte, el cual en su despecho, allá cuando le tuvieron detenido en el puente del castillo del Celoso, arrojó de sí su espada con tal brío que se perdió de vista. Vióla caer como del cielo un caballero y la tomó para sí; pero, asesinado pronto por los parciales de Audali que ya estaba sitiando á Sebastopol, vino á manos de Brigadantes, quien la defendia contra seis en público palenque asegurado por el príncipe de Egipto en Trapisonda: al fin, llegando allí Rubaconte, la arrancó del padron, mató á Brigadantes, se defendió contra todos que en tropel le embistieron por desacatado, y fué protejido por el príncipe, quien le proporcionó caballo y libertad.

IV.

El caballero Atrevido ó del Rayo sabe que su padre es Argesilao: vence al *del resplandor,* que con su celada cegaba á todos y habia casi despoblado la Galacia: resuelve el estraño litigio entre Galia y Capadocia: triunfa en los *Campos de la Voluntad:* defiende á Sebastopol: desencanta á Gelismundo: se enamora por yerbas de Astrafelix, hija de Otolin.

Llegaron en tanto á Lesbos el caballero Atrevido y el rey Argesilao, y, sabiendo por carta de la princesa la muerte de los parientes de éste y la temeraria salida de Gelismundo, tomó aquel la forma de caballero del Rayo con propósito de acorrer al emperador, posponiendo por entonces el desencanto de Laudomia y Grazelinda, esposa é hija de Argesilao, á quien ya se anuncia como padre del caballero Atrevido. Desembarcado éste en Sicilia con su escudero Bravesin, llegó á Natalia y Capadocia y no tardó en ocurrirle una de las mayores aventuras, que fué la del *caballero del Resplandor.* Era éste Rebrasan, el cual, como le robáran su dama, juró la destruccion de todo el género humano; y guiado por una maga á la laguna Meotides, cerca del Tánais, encontró una *cabeza de monstruo marino,* que por la noche despedia tan vivo resplandor que cegaba á todos menos al que consigo la llevaba. Acomodósela como celada, púsole una funda, y, vagando de acá para allá, comenzó su obra de sangre, despobló casi la Galacia y mató entre otros al esposo de Polinda, á la cual acertó á encontrar dolorida el caballero del Rayo; mas éste, acostumbrado á todo ardid, esperó al temible caballero, y, deslumbrado por él, se dejó caer como muerto; reunió toda su atencion para sentir cuando venia sobre él su enemigo, y, ya que le tuvo cerca, se asió de él, luchó tenazmente á brazo, y al cabo de una hora consiguió darle muerte y conquistarle la celada. Polinda pagó aquella hazaña con su amor, y, aunque no fué correspondida, se mantuvo siempre sin tomar esposo, regaló á su vengador el maravilloso caballo Rosendo, que era á un tiempo dócil, inteligente y

feroz, y perpetuó en la sala de su castillo el recuerdo de aquel suceso memorable.

Partióse de allí el caballero del Rayo, y, llegando al real del rey de Capadocia y Galacia, contóle éste, y aun puso en su arbitrio, el *litigio estraño* en que se hallaba empeñado y que fué de esta manera.—Heredando el trono de Galacia las hembras, su madre le hizo pasar por tal con nombre de Fraudantes; pero llegado á edad competente, quisieron casarle con Leonides, heredero de la Capadocia, y su madre le aconsejó que, una vez con su esposo, le fingiese voto de virginidad. Hízolo así, en efecto; pero oyó suspirar al novio, lamentarse de su flaqueza, declarar su verdadero sexo y rogar á los dioses que convirtiesen en hombre á aquella compañera de tálamo: Fraudantes, con el gozo que se deja entender, fingió que los dioses habian accedido á aquella tierna súplica, y, quedando todo secreto entre los dos, resultó un hijo, que salió á luz con todas las precauciones necesarias á la conservacion de aquel engaño. Pero el pueblo no miraba con buenos ojos el carácter afeminado de su rey, y simpatizaba por el contrario con el aire varonil y resuelto de la reina; y, aprovechando los dos esta disposicion de los ánimos, le inclinaron á que pidiese á los dioses en el templo del monte Oligas el prodigio de un cambio mútuo de sexo, y fingieron que los dioses habian accedido á los ruegos unánimes del pueblo, despues de lo cual Leonides dió á luz una hija. Resultaba, pues, que el rey habia nacido mujer y era hombre, su mujer nació hombre y era mujer; cuando él fué mujer ella fué su marido, ahora ella era su esposo. La tia de Fraudantes le pedia la Galacia, porque como hombre no podia él heredarla: su tio le pedia Capadocia porque su mujer, como tal, no tenia derecho á ella: su hija pedia la Galacia y su hijo la Capadocia, aquella como heredera de su padre cuando era mujer, y éste como heredero de su madre cuando era hombre: el tio, en fin, negó al hijo la Capadocia

por ser hijo de hija, y él se defendió diciendo ser hijo de Leonides, rey, y de Fraudantes, reina, por quienes le correspondian la Capadocia y la Galacia. En lo enmarañado de este pleito no se halló mas remedio que las armas; pero el caballero del Rayo, aunque aficionado á ellas, era tambien por demás prudente y comedido, y halló que, pues la tia tenia un hijo y el tio una hija, ambos sin derecho á los reinos, podian enlazarse con la hija y el hijo de Fraudantes; y así se hizo en Totandria, despues de derrotar el del Rayo á los tios rebeldes que pertenecian á la bandería de Audali.

Caminando unas jornadas el caballero del Rayo, topó con la aventura de los *campos de la voluntad*. Era aquel un paraiso de perpétua primavera, y en él habia un suntuoso palacio, en cuyas galerías se veian las imágenes de los grandes amantes con los pechos transparentes, de suerte que mostráran su lealtad ó deslealtad: sobre todas descollaba una estátua desnuda, con el corazon en la mano, y habia de tomarlo un buen caballero si habia de deshacerse la aventura. Allí no vivian sino mujeres que, descontentas de sus maridos ó sus padres, contemplaban los torneos y otros merecimientos de los caballeros que las deseaban, dejando entrar acaso al vencedor. Fuélo esta vez el caballero del Rayo, á quien coronaron de flores y mostraron no solo la *estátua del corazon* (cuya aventura no quiso probar) sino aun todas las otras: entre ellas vió la de la princesa Felisalva con el corazon tan claro y limpio cuanto él lo deseaba, y la de sí propio cuyo corazon despedia á gran trecho resplandores.

Llegado por fin á Sebastopol, que estaba defendido por Francarmenio y combatido por el rey de Egipto, dispuso éste un furioso asalto; pero tales cosas hicieron Rubaconte y el caballero del Rayo, que el príncipe hubo de alzar el sitio y ellos emprendieron la vía de Trapisonda, en donde el del Rayo, con su famosa espada de diamante que deshacia todo encanto, pudo vencer

á los guardianes del estrado en que yacía el emperador, á quien abrazó desencantado. El gran Otolin le hizo cortesmente grandes honores y le invitó á danzar con su hija Astrafelix; y de tal manera se sintió enamorada del del Rayo esta doncella, que acudió á las artes de la anciana Sofronisa, la cual cojió en los montes una yerba menuda á cuyo contacto habian de olvidar los caballeros sus amores y apasionarse de Astrafelix. Bailó ésta con muchos enloqueciéndolos á todos, sin que de esta ley se eximieran ni el emperador Gelismundo, ni el del Rayo, que fué el postrero á quien pudo la princesa aplicar el maleficio; y fueron tales las reyertas que entre unos y otros se levantaron, tanto el desacato de todos con el emperador, tan débil y sin prudencia la conducta de éste, tan furiosos los duelos singulares, tan ciegos los encuentros generales en que cada uno era enemigo de todos y todos se herian sin concierto, que parecia aquello una Babel de confusiones. Otolin, aconsejado de Sofronisa, hubo de alejar á la que supo ser causa de tanto desafuero; mas, sin que esto aprovechase, cada cual salió en su busca, y cuando algunos se encontraron, tornaron á herirse sin piedad; y el daño llegára á su colmo, si Bravesin no los cegára con el yelmo de los resplandores.

Sofronisa, que sabia por su alta ciencia que, si se juntasen el del Rayo y Astrafelix, «saldria de ellos cosa tan excelente que su siglo vendria á ser por ella el mas dorado que otro alguno fué (1),» les facilitó una entrevista que fué seguida de otras dos, resultando de ellas un hijo que más tarde hubo de ser uno de los mas famosos caballeros. Mas, como ella olvidase en este tiempo el cuidado de la yerba maravillosa, vino ésta á secarse perdiendo su virtud, y á volver todos los caballeros en su acuerdo, y á

(1) Ya Otolin habia recibido una carta de la sábia Eritrea en que venia á decirle que «cuando el leon se juntase con la cálida estrella, arderian los reinos orientales, y cuando saliese de ella Otolin, se hallaria en la cumbre de su fortuna.»

quedar de su fragilidad tan descontento el caballero del Rayo, que, cuando Astrafelix dió á los demás las sobreseñales que habian de vestir y á él un laberinto roto de donde salia un perro ingrato, devolvióselas airado, y ella lo fué tanto que, cuando su hijo llegó á ser doncel, le puso las mismas, mandándole que matase al que se las conociera, esto es, pidiéndole la cabeza de su propio padre.

V.

Reveses de Otolin.—Flordanis y Crudabella: originalidad de Prestancio (en Varsovia).—Verecundia, princesa de los *valles del Deleite*.—Flordanis visita á Altinea y desencanta á su esposo Belamir que se habia fingido Apolo con Origenia.

Una vez deshecho aquel encanto, que tan sin tiento habia puesto á los caballeros griegos (por quienes la galantería fué introducida entre los turcos), pudo ya pensar Otolin en los negocios de la guerra, que no le iba en verdad muy favorable, pues recibió noticias de que el príncipe de Egipto habia hecho perder á Fraudantes seis mil caballeros, y que el real habia sido sorprendido con pérdida de once mil, debiendo su salvacion á Clarisarco, sobrino de Otolin y amante de su hija. Tambien tuvo nuevas de su rebelde hijo Audali, quien con artero propósito le decia que lo que él conquistaba era para su padre, que si acaudillaba á sus enemigos era por librarle de ellos, y que diese muerte á Gelismundo y los suyos, y todo se pondria en buen acuerdo; pero Otolin, dotado de más nobleza, puso, al revés, su causa en manos de los griegos, á quienes precisamente habia atraido á Trapisonda (1) con este solo objeto.

(1) Allí se habian reunido ya con el emperador, en cuyo acorro salieron de Constantinopla, toda en duelo por la imprudente partida de Gelismundo, hasta quince de los más grandes caballeros, entre ellos Tirénides, Silvan, Belianis y Charlantes, los cuales, bajo el nombre de *los de las sangrientas espadas*, se hallaron en una aventura de que, por hallarse ella com*

Mas antes de poner en campaña á tan ilustres caballeros, forzoso es empalmar con las anteriores otras aventuras que ocurrieron, en que fué principal actor *Flordanis el del velloso brazo*.

El cual, con nombre de *Caballero de la Blanca luna,* salió de la córte de Gelismundo (que no debiera) para las tierras de Lituania, moviéndole á ello el amor estremado que profesaba á la reina Altinea. Supo en el camino que en Varsovia habia una dama llamada Artelinda ó Crudabella, pero de tan estraña condicion, que á todos desatinaba sin contentar á ninguno; y, con solo estos informes, se dirijió á aquella ciudad, en donde fué ayudado de dos caballeros á cual más digno de risa. Era el uno Prestancio, hombre anciano que predicaba galantería, protejia toda empresa de liviandad y tenia todos sus goces en las aventuras ajenas; y el otro Caraman, rico, feo y enano, animoso pero desgraciado para toda empresa de armas, y burlador y desdeñoso para todo lance de amores. En unas justas que allí se celebraron dió no poco que reir Caraman, de quien no se veia sobre el caballo sino el yelmo y su pelicano, y no poco que admirar hasta conseguir el premio y el amor de Cruda-Bella el apuesto Flordanis. Esperábale ella en la ventana; pero, indispuesta de repente, rogó á su prima Felisa que la disculpase con él; proyectó ésta aprovechar para sí la ocasion, y así se rindió sin resistencia, pero resultó que quien habia escalado el aposento era Caraman, el cual todavía se hizo el desabrido con Prestancio, cuya irritacion no tuvo

---

pletamente aislada y como sin enlace con el relato anterior, no se ha dado hasta ahora cuenta. Fué el caso que acertaron á avistar *los valles del Deleite,* en donde habian de justar con igual número de aguerridas doncellas y con su señora la princesa Verecundia; advirtiendo que, si fuesen vencidos, quedarian convertidos en ancianas, y, si vencedores, harian de las doncellas á su guisa, pero perdiendo la vida si no acertaban á satisfacerlas. La victoria se declaró por ellos, y Tirénides dejó tan contenta á la princesa, que consiguió la revocacion de aquella mala costumbre y la restitucion de las ancianas á su primera forma de caballeros.

límites. Volvieron otra noche Flordanis y Caraman, y aquel, fingiéndose éste, tuvo en sus brazos á la bella y caprichosa dama; pero Felisa vino con luces y sembró en ellos la confusion. Y áun no fué esto lo peor, sino que, avisados el deudo Colimbo y otros cinco, arremetieron contra los dos y con Prestancio, á quien mataron (aunque por ser en aventuras murió contento), si bien Colimbo feneció tambien en la refriega.

Esto hizo forzosa la fuga de Flordanis, el cual siguió su camino de Lituania. En él vió á Brasanel del Hado Triste que hacía cien años que llevaba á Serpilia en unas andas sin poder ablandar su pecho, que era de mármol negro, y que solo podria emblanquecer con su mirada un buen amante y ablandar una buena esposa; mas aunque Flordanis probó, no pudo acabar tal aventura.

Antes de arribar á la mansion de Altinea, supo que se habia hecho cristiana; que habia casado con Belamir á quien antes desamaba, y que, si bien despues del encantamiento habia vuelto á amar al caballero Atrevido, pugnaba cuanto era dable por amar á su marido, á quien ahora lloraba amargamente, pues, siguiendo en la caza á un puerco montés, habia desaparecido. Llegado Flordanis á una magnífica tienda vestida de luto, venció á los dos que la guardaban y se desmayó ante Altinea. Esta le despidió (que no le amaba), y le rogó que fuese á la selva Caledonia (en Escocia) y le trajese de allí una rama del árbol del olvido; pero él recibió antes por mano de un monje de parte de Deucalion una lanza de marfil, y con ella venció á un monstruoso caballo, quedando éste desaparecido, aquel desmayado y Belamir á su lado, que hasta entonces habia estado padeciendo dentro de aquel temeroso animal. Y es que, habiendo rebasado en la caza las fronteras de Lituania, halló á Origenia, pero tan vana y pagada de sí misma, que sus veinte doncellas mataban á todo el que osaba solo verla, y andaba desnuda invocando para esposo á Apolo. Fingió serlo Belamir;

las selvas fueron testigos de aquellos amores, pero á los pocos dias gustó el falso Apolo de la bella Celinarda, la brindó con la inmortalidad, la hizo suya, y Origenia, llegando á descubrir aquellas deslealtades, sirvióse de una maga que metió á los dos culpables en un caballo de metal en donde ambos ardiesen, si bien la sábia lo dispuso en favor de ellos de manera, que mientras al esterior salian dolientes voces, al interior lo pasaban los dos plácidamente. Deshecho ahora el encanto por Flordanis, se despeñaron Origenia y sus doncellas para convertirse en estrellas, siendo ella adorada por el pueblo como diosa.

VI.

Victoria de Otolin contra Audali.—Aventura de la *desvelada escucha* y desencanto de caballeros.—El del Rayo vence al cruel Tesifon.—Aquilandre y Bracaleo vencen y cautivan á los caballeros de Gelismundo: el primero desencanta á Felisena quien casa con Febolarte.

Volviendo ahora á los sucesos de la guerra, veremos á Otolin en su carro de marfil y oro tirado por doce elefantes; su campamento que parecia una ciudad con torres, muros y templos; sus treinta mil arqueros indios; sus cinco mil donceles para servir lanzas; su lucido ejército, en fin, y sobre todo sus caballeros griegos. Audali, que llevaba aun mas gente, fué sin embargo derrotado y recojido en el campo como muerto; pero el hábil príncipe de Egipto pasó el rio para ponerse ante Trapisonda, hacer levantar el real á Otolin y presentarle frente; y entonces el del Rayo propuso que se ofreciera á los enemigos un combate de cincuenta á cincuenta, el cual fué aceptado no sin disgusto del príncipe y gracias á Lampardo el agareno, hijo del famoso Aliamar. Los encuentros fueron formidables; pero la victoria se declaró por Otolin, sucumbiendo Lampardo en la jornada, cayendo el príncipe de Egipto á los pies de Rubaconte, rodando por el suelo los jayanes, muriendo de las heridas Audali y quedando Otolin como señor del Asia y África. En tan deshecha derrota los de Audali se

acogieron á Gelismundo, por cuya intercesion fueron perdonados, y se dispuso que los primogénitos de los reyes y grandes señores sirviesen como donceles á Otolin, ya para que aprendiesen á amarle, ya para que le sirviesen de rehenes.—Estos hechos y todos los sucedidos á los griegos desde su salida de la córte (menos ciertos lances de amores del caballero del Rayo) pintó Filena en los muros del gran salon de Constantinopla, metiéndose hasta él en un magnífico navío, para lo cual hubieron de elevarse las aguas del mar invadiendo la ciudad y el palacio.

Clarisarco, que amaba á Astrafelix y deseaba tomarla por esposa, habló al del Rayo, éste á Gelismundo, y éste á Otolin, el cual vino en concederlo; pero ella buscó dilaciones hasta que dió á luz un niño que, en las flores que llevaba en su pecho, mostraba harto que tenia por padre al caballero del Rayo. A este llegaron á un tiempo dos mensajes opuestos, uno de la princesa Felisalva para que continuase asistiendo al emperador, y otro de Filena para que se embarcase en su navío en busca de su padre. Hizo esto último, y una fuerte mar lo separó del emperador, el cual, despues de aportar á los *palacios del sol*, entró triunfalmente en Constantinopla, en donde celebró córtes y justas, eligiendo la emperatriz para sus caballeros á los españoles que allí habia.

Mucho ocupó entonces á la córte la *aventura de la desvelada escucha*. Filena habia puesto en un castillo de cristal á cinco altas personas que yacían encantadas, y, si bien el desencanto habian de hacerlo las dos doncellas mas confiadas, pero no se encontró quiénes lo fueran y ahora las pruebas habian de ser tres: 1.ª Combatir los caballeros el castillo. 2.ª Ganar los puentes defendidos por tres encantados á quienes solo vencerian los dos mas leales y el más mal pagado de los amantes. 3.ª Sacar del castillo al ciervo negro y cierva blanca que en sendos lechos descansaban, lo cual habia de llevarse á cabo por las damas. En la primera quedaron vencidos los ochenta que la intentaron, en la segunda triunfaron

el emperador, Belianis y D. Silvan, en la tercera Galaflora y Ormisenda, que todavía lloraban muertos por el del Rayo á Alvasilvio y Lidiamares. Estos, Leandio, el rey Protesilao y su hija Leoniselda quedaron desencantados con gozo general.

En tanto el del Rayo llegó á un puerto en donde le intimaron que, ó se entregase al jayan Tremadantes, ó luchase con su hijo Tesifon, ú obedeciese á las Pléyades sus sobrinas. Eligió como restado el segundo partido; mas nadie creyó que saliera de él con vida, pues era tál Tesifon, que habia matado á su madre y diez hermanos; tenia por sustento hombres y animales; era monstruoso en lo membrudo y feroz sin que hubiese caballo que le soportase, y su padre le tenia cerrado en un corral de altos muros. Por ellos descolgaron al del Rayo, y, haciendo con su agilidad lo que no pudiera con la fuerza, hirió repetidas veces y mató por fin, á aquella fiera; pero su padre, con nunca oida deslealtad dejó allí al vencedor para que muriera de hambre; y así sucediera, en efecto, sin la industria de su escudero Bravesin, que, concitando á la venganza á quinientos caballeros esclavos de las Pléyades, deslumbrando con la celada maravillosa á los mil guardias del corral, barajándolos en lucha á unos contra otros y facilitando un cordel á su señor, consiguió que éste lo venciese todo y diese muerte á Tremadantes.

Volviendo nosotros á Constantinopla, sucedió que aportaron diez bajeles moros conduciendo á Bracaleo y Aquilandre, los cuales pidieron justar con los caballeros de la córte á calidad de llevarlos á sus naves si eran vencidos. Otorgada al punto la demanda, no hubo quien no justase con ellos ni quien pudiera resistirles, quedando por prisioneros el emperador, el rey Protesilao, el rey de Romanos, el príncipe de Dinamarca y los mejores caballeros; mas como esto no fué obra de un solo dia, sucedieron en tanto varias cosas que han de contarse brevemente.

Llegó á la córte el caballero de los Unicornios (Claromarte)

con su hermana Felisena encantada en un carro de cristal, sin que hasta entonces hubiese habido un buen amador que arrancase de ella la daga ardiente que tenia clavada al pecho: probaron ahora el emperador y otros muchos, mas solo lo consiguió Aquilandre, y entonces Claromarte dijo á su hermana que perdiese ya la vergüenza de haberle amado por fuerza y sin conocerle. Para que todo tuviese alegre fin, enamoróse de ella Febolarte, caballero de las Palmas y de la Muerte, cuyo linaje vino á declarar su doncella Celeria, presentando un lienzo ensangrentado con el juramento de amor que el emperador habia hecho como caballero andante á Grandemisa, sobrina de Manolan, rey de Lusitania, á la cual gozó en un bosque, costando á la triste la vida el dar á luz á Fetolarte. Membrudin, enano de éste, divirtió la atencion con sus locuras, pues presumia de amar á la princesa; y Leoniselda, que gracejaba de todo, le indujo á que acudiese al muro de los leones; pero cojido en el hurto, como así estaba amañado, se le encerró en una jaula de hierro en donde nunca dejó él de blasonar de sus amores. Este mismo dia murió la hermosa pero ingrata Aquilina, llorando impenitente al rey Bralearte y sin curarse del dolor ni del amor de D. Silvan.

VII.

Llegan los cautivos á Bretaña: Filemon liberta de Furisteo el *castillo del coral:* Aquilandre triunfa de Azerado y descubre ser Clarisel: reconquista de Frisa y Holanda usurpadas á Argesilao.

Vencidos, como ya se ha dicho, los caballeros griegos, hubieron de embarcarse á su despecho; pero un viento contrario llevó las naves hácia la Bretaña francesa, y, considerándose ó fingiéndose perdidos los vencedores, se entregaron sin condicion á los vencidos. Tomó Alvasilvio el mando de la flota al grito de *¡Dardania!;* arribaron á un puerto de Clodomiro y allí el emperador y Protesilao recibieron cartas de Argesilao, el cual decia en

ellas que, desencantado por el Indiano, se hallaba enfermo en tierras de éste, y que, desposeido de Frisa y Holanda, les pedia la reconquista. En la cual todos por aclamacion se empeñaron, empezando por despachar con cartas para Clodomiro á Filemon y Galiardo, ambos deseosos de este viaje, el uno por ver á Bredisena y el otro por visitar á sus padres, y ambos metidos con esta causa en estrañas aventuras.

En el camino padecieron Filemon y Galiardo singulares alucinaciones: lo que al uno parecia pedregal al otro vega: el primero pasó en seco lo que el otro tenia por rio, ante quien su caballo en efecto se espantaba. De esta manera los dos se separaron, teniendo Galiardo á Filemon por anegado y marchando adonde su padre celebraba córtes, mientras el otro, despues de oir al lejos batallas que luego se convertian en cantos de aves, llegó al *castillo de Lucismar el cortés*.—Este le contó que su tio el marqués de Fermistan, señor de aquellas tierras, adivinó por su ciencia mágica que le mataria un vasallo suyo, y realmente murió á manos de Furisteo, el cual tiranizó el país, mató á su propio hermano que era yerno del marqués, y tenia sitiado hacía catorce años el *castillo del coral* en donde vivian Agriana de Altomuro, esposa de éste, y su hija Leonela. A la entrada del castillo, que era de delicadísima labor (y por eso no quiso destruirlo Furisteo, aunque, ya cansado, dió un último plazo de tres dias), habia un cartel con las armas infalseables que construyó el marqués durante cincuenta años, armas que harian incombustible al que las llevase, el cual sería el que enterrára al marqués; mas para eso habia de luchar con éste que combatia sin cabeza. Filemon, acompañado de Lucismar, se puso en camino para la aventura, pero, ya por antigua disposicion del marqués, sucedió que, como estranjeros, oian todo y no veian nada; mas así y todo, llegaron al sepulcro, oyeron al marqués decapitado, vencióle y dióle tierra Filemon, entraron en el *castillo del coral*, hubo un duelo sin-

gular en que Filemon venció á Furisteo, dando su cabeza á Leonela, fueron reducidos por la fuerza los que aclamaron al hijo de Furisteo, casó Lucismar con Leonela, y Filemon se llevó las armas encantadas que nadie sino él pudo tomar.

Vengamos ahora al emperador, á quien Clodomiro, rey de la pequeña Bretaña (con el aviso de su hijo), fué al punto á buscar, y juntos concertaron que Galiardo fuera con veinte y cinco mil caballeros á Holanda y esperase á que se pusiera sobre Frisa la gente de Alemania. Pasado el Mosa, ideó Aquilandre una estratagema para cruzar el Rhin, bien defendido por el valentísimo Azerado, y fué simular un ataque con poca gente, y con el resto de ella caminar toda la noche para pasar por otro punto. Hízose así, y mientras en el real desamparado se dejaron fuegos que engañasen al enemigo, en el nuevo se pusieron buenas defensas, y pronto fué vengada la derrota que acababan de sufrir el rey de Dinamarca y el de Romanos por ardid de sus contrarios, pues distribuidos estos en tres partes mandadas por Dragoleo, Bracalan y Azerado, la primera fué desbaratada con pérdida de su caudillo, y, si bien en cuanto á Azerado fueron tantas las proezas que hizo con su lanzon de dos hierros de á braza, que no le resistieron en la silla ni el emperador, ni los reyes, ni cerca de cuarenta caballeros que osaron arrostrarle, pero al habérselas con Aquilandre, cayó á manos de éste y murió á las de su compañero Bracaleo. ¡Cómo se pintará la sorpresa de todos cuando estos dos aparecieron en sus propias figuras y se vió que eran el caballero del Rayo y el rey Argesilao, que con las justas que se ha dicho (proyectadas en Lesbos) habian atraido á esta guerra á la flor de los caballeros de la Grecia!

Entonces contó el caballero del Rayo (que tambien se habia llamado el No-conocido, el de las Penas, el Indiano y el Atrevido) que, cuando ganó el castillo de Jason, vió en un mármol su retrato y encima su nombre que era *don Clarisel de las Flores*; que

en la selva peligrosa le recojieron de un pastor tres caballeros y lo llevaron al duque de Pomaria; que éste lo condujo á la córte del rey Argesilao como doncel No-conocido; que, al bautizarle, la blancura de sus carnes *clarecia* mas en el agua de la fuente; y que, al recibir la órden de caballería, vió por primera vez en sí las blancas flores que en el pecho llevaba desde su nacimiento. Una vez conocido, lo estrecharon en sus brazos su padre el rey Argesilao y su hermano Albasilvio, y todos le tomaron en los suyos sino Galiardo que estaba de él celoso por amores. Deidenia, vuelta á su antigua hermosura, se dispuso á llevar estas nuevas á Grecia, y luego vinieron otras tambien agradables como la victoria de Orolonge, sobrino del emperador, sobre los enemigos de Frisa y la toma de Astradama por el hermoso Belamir.

VIII.

Expedicion á Inglaterra á cuya reina Granabela liberta Claromarte de su tio Polion.—Clarisel conquista el *fruto olvidador* en Escocia, país de alucinaciones: fantástica ciudad de Arbolanda.

En su deseo de amar á éste y de olvidar á Clarisel, escribió á éste Altinea para que le conquistase el *fruto olvidador* de la selva Caledonia, y eso juró él y no volver á Grecia sin haberlo conquistado. La historia del maravilloso árbol era la siguiente: Nació en Escocia de reyes ancianos la esquiva Flamasinda, quien, despreciando á cuantos caballeros la galanteaban, fué á su turno despreciada de un pastor que por poco la hizo perder el juicio; pero una anciana se apiadó de ella, y, cavando la tierra hasta hallar un arroyo del rio del *Olvido* y un árbol que bebia de él, tomó una rama y curó á la princesa de sus temosos amoríos. El rey entonces hizo un palacio para caballeros y una puente que habian de defender contra cada aventurero, primero uno solo, despues dos, despues cuatro y así en adelante; de manera que hasta entonces solo habia sido vencedor en aquella prueba Anfiarao de

Austrasia, padre del rey Argesilao. Al cebo de esta aventura, y movidos de otra causa superior que va á decirse, partieron los mejores hácia aquellas tierras.

Dos cartas muy importantes se recibieron en la córte: una de Polion, gobernador de la Gran Bretaña, en nombre de su sobrina la reina Granabela, el cual decia á D. Clarisel que para el dia de San Jorge se presentára por sí ó por otro con quinientos caballeros en la plaza de Lóndres para recibir el castigo de la muerte de Tamaris, hermano de la reina; y otra de ésta dirijida á Argesilao para que la vengase de Polion que queria tiranizarla dándole su mano, á cuyo fin habia matado á su esposa Androgea. No pudiendo Clarisel, en los diez dias que faltaban, reponerse de sus heridas que le tenian en el lecho, aceptó el ofrecimiento que le hizo Claromarte; y previendo Argesilao que éste pudiera ser vencido, movió todas sus naves y las de Normandía y la pequeña Bretaña para hacer en Lóndres un desembarco en caso necesario al grito de libertad; pero Claromarte, aunque á costa de muchas heridas, dejó muerto á Polion y fué recibido con entusiasmo por todo el pueblo, si bien quedando á su vez vencido de la hermosura de la reina hasta el punto de abrirse las heridas para merecerle mas tiempo sus cuidados.

Ya en Escocia, país de no interrumpidas aventuras, padecieron los caballeros grandes alucinaciones, sin que, de una en otra, pudieran lanzar de sí aquellas porfiadas pesadillas. Se oian voces de «venguemos la muerte de Azerado;» quedaban inmóviles como estátuas los escoceses que hácia las voces avanzaban; retrocedian el emperador y los suyos ante el empuje de los escoceses; oia cada cual los gritos lastimeros de las personas mas queridas que le pedian socorro; tenia Clarisel á su padre por muerto; parecia al príncipe de Dinamarca que arrastraban desapiadadamente á la reina Granabela; lamentaban todos que el rey de Escocia encerrase á sus víctimas en un castillo que era preciso combatir; figu-

rábanse casados por el obispo Basilio con sus propios amantes; hallábanse á poco en un páramo abrazados con ortigas y sin el tal castillo ni las tales bodas; concertaba Argesilao la de Clarisel con Felisalva á hurto de Galiardo, entraban los novios en el tálamo y resultaba la princesa convertida en la deforme Saturna; veia Belamir á una mujer hermosa bañándose en una fuente, lanzábase en las aguas y quedaba hundido hasta la barba en una masa de hielo; huia el emperador en camisa de los traidores escoceses, corrian los suyos á salvarle, pasaban tras él el rio, desaparecian en una avenida y hallábanse despues sobre sus caballos que perdieron en un nuevo mundo, en donde sobre árboles se asentaba la *ciudad de Arbolanda*. En ésta se educaban las doncellas de seis á veinte años, y la Señoría tenia cien caballeros para luchar contra los que pasasen el rio, los cuales, si vencian, disfrutaban de las doncellas: los veinte que iban lucharon con cincuenta y despues con otros tantos, y ya que fueron vencedores, cada cual se entregó á los impulsos de su incontinencia, sobresaliendo en ella Rubaconte, en constancia Telisandro y en castidad Flamiron.

Clarisel iba siguiendo al anciano Melampo, con cuya nieta habia dormido cuando creyó dormir con la princesa: vieron los dos á Belamir, deshelaron el agua con la espada de diamante, y al pié de un monte leyeron el padron en letras latinas, y rindiéronse á Clarisel, despues de combatir, no solo el primer mantenedor, los dos siguientes y los cuatro y demás que en número siempre doble se le fueron presentando, sino tambien los dos jayanes que contra esta victoria se rebelaron. Subió entonces al monte, llenó el yelmo del *fruto olvidador*, que era negro pero en forma de manzana, y asistió al punto á otra aventura de la *corte de amor* en que una doncella servida de ocho caballeros le invitó á justar, y como de los ocho saliese Clarisel vencedor, recibio las imágenes de Altinea para Belamir y de Felisalva para sí. Aun

todavía penetraron en un castillo de coral, mármol, oro y otros metales, en donde no habia noche ni tiempo turbio, en donde los muchos años parecian breve tiempo y en donde todo estaba consagrado á la *gloria del amor;* pero abandonado tambien aquel país, llegaron sin novedad á Cales (Calais), de donde salieron Belamir y Filorante (con los joyeles que les dio Clarisel) hácia los reinos de Lituania.

IX.

Pesada burla de Belamir contra el duque de Selesia cuya figura tomó cerca de su esposa Liriope.

Belamir y Filorante al llegar á Altamburque (Altemburgo) se hallaron con unas fiestas en que Liriope, hija del duque de Astiria, habia de elegir marido entre los mejores justadores. La dama alentó con preferentes atenciones á Belamir, pero dió su mano á su desconfiado amante el duque de Selesia: picado aquel por el desaire, determinó vengarse, y, á favor de los joyeles, se convirtieron él en Policia y Filorante en Ardelia, ambas maestras españolas de canto y baile, y como tales admitidas en palacio. El duque enamorado de Ardelia, fué alimentado con esperanzas y un dia separado de su cámara por una cita amorosa que le dió, mientras Policia, por su parte, quitado y puesto el joyel, se convertia en duque de Selesia y yacía como tal con Liriope, dispuesto á contestar la autenticidad al verdadero duque, mucho mas cuando tenia el brazalete que su esposa le habia dado como regalo de boda. Ardelia, en tanto, se convirtió en Rustan, antiguo mayordomo de la casa, y como tal mandó llevar la comida al laberinto, cambió de paños la sala y ofreció un caballo á Saladin. El verdadero Rustan negaba todo esto, pero era por todos desmentido; afirmaba que el duque habia ido de noche á su casa, como así era verdad, pero Liriope y el falso duque lo negaban. Para mayor verosimilitud de aquel enredo, el falso Rustan dijo al ver-

dadero duque que Liriope le perdonaba su ausencia, pero que en castigo le oiria á él unas veces sandio y otras cuerdo. Salido de palacio el falso Rustan, llegó el verdadero, y un doncel le aseguró que acababa de salir; entró con él y halló al duque á quien acababa de dejar en su casa; volvió á ella y le dijo que acababa de dejar otro duque en palacio; encerró al verdadero con órden de que no se abriese á nadie sino al que llevase su anillo y volvió á encontrar otro en palacio; prendiéronle como loco; intentó por fin en su defensa la última prueba, y, dando su anillo, pidió que fuesen á ver encerrado al otro duque, pero volvieron diciendo no haberle encontrado, y es que Ardelia le habia sacado secretamente para el albergue del yelmo de oro brindándole allí con sus favores. Comprendió el buen viejo, á la postre, la existencia de dos duques, y prefirió su locura á la deshonra de Liriope. Despues de estar tres dias el duque entretenido por Festerin en el albergue, llevóle éste el brazalete citándole para antes del alba: acudió, creyó disfrutar los favores de Ardelia, hallóse con los gritos y escándalos de una vieja, y todavía hubo de perdonarle esta infidelidad la bondadosa Liriope. Probablemente llegó á sospechar el burlado duque la verdad de aquella série de enredos, pero tuvo por mejor partido el del silencio, y al fin murió en la conquista de Bohemia, quedando á Liriope una hija de su propio nombre. En tanto los dos caballeros habian desaparecido, embarcándose en Buda la vía de Lituania.

X.

Vuelta á Constantinopla: *Carro de los cisnes* y desengaño de amor: reina Atalanta y aventura del *Soto de la discordia* y Mármoles de Páris: Atalanta se descubre á Felisalva como Clarisel en la morada de Enone: Galiardo, pretendiente de Felisalva, se enamora de Atalanta: llegada de Belamir y Altinéa: boda de Clarisel, hijo de Argesilao, con Felisalva: desencanto de la ingrata Serpilia, quien da su mano á Brasanel del Hado Triste.

El emperador y los suyos, con la reina de la Gran Bretaña, partieron de Cales para Colonia en donde vieron á Neroneo, y,

deteniéndose algunos dias en Nápoles y Morea, llegaron á Constantinopla. Pronto se ofreció á los cortesanos una curiosa aventura, que fué la del *carro de los cisnes y sepulcro del secreto desengaño de amor*, dispuesta de la siguiente manera: Llegó Amarilida, princesa sármata, con veinticuatro enanos en busca de las cuatro extremas personas que declaraba el letrero de un sepulcro que traia, y ella en cambio haria leer á cada cual en el pensamiento de su amante. Contó que, despues de soñar que acariciaba á un leoncillo que le sacaba el corazon, vió un leon herido á quien mató Dario-Jerjes (sobrino de Otolin) del cual se enamoró; que la vieja Zirtesia les sorprendió y les arrastró en su vuelo por los aires; y que una tia de Amarilis amenazó á ésta y cerró á los tres en un sepulcro sublimado de una águila y colocado en un suntuoso carro tirado por veinticuatro cisnes sobre los cuales cabalgaban otros tantos enanos. En el carro decia una inscripcion griega que solo abririan el sepulcro el mas fuerte, la mas hermosa, la mas amada en ausencia y el mas agraviado de amor; pero ignorándose cómo se comenzaba esta aventura, y sabiéndose solamente que una flecha disparada al águila (que traia en el pico la llave de la pirámide) se habia vuelto contra el que la habia disparado dejándole muerto, se pensó en quitar á uno de cuatro sátiros que habia el pergamino que llevaba en la mano. Solo Clarisel pudo subir las siete gradas del carro y arrancar el pergamino, en el cual se leia que cuando el sátiro diese el prez á las armas, el ave daria la llave á la hermosura: probaron muchas pero Felisalva fué quien triunfó, desapareciendo entonces el águila y abriendo Amarilis el sepulcro, de donde salió un anciano bajando á grande esfuerzo. Acompañaron muchos á Felisalva para conseguir otro pergamino, mas todos quedaban sin sentido, y solo asistida de Clarisel es como llegó á recibirlo, y en él se decia que habia de lucharse con aquel anciano, lo cual pareció á todos fácil, mas nadie pudo con él sino Clarisel, para quien se convirtió sucesivamente en el jóven Dario-

Jerjes, en toro, en la princesa, en oso y en Zirtesia. Para el tercer pergamino ofreció Casilano la estátua de su amada, y á ella en efecto se le dió, que decia «del sepulcro saldrá el vivo y el sepulcro entrará en el muerto:» abrió entonces Amarilis el sepulcro, salió de él primeramente un viento que la despidió desmayada, despues un príncipe sármata que quedó tendido y luego una llama que entrando á la maga por la boca la llevó por los aires con horribles alaridos. El cuarto sátiro levantó en alto (asido al pergamino) al enano Membrudin con risa universal y dió aquel á Casilano, agraviado del amor, no de su amada. Voló entonces el carro: despertaron todos; Darío abrazó á su Amarilis con quien casó; y pasó de mano en mano un nuevo pergamino, el del *secreto desengaño*, en que cada cual sólo leyó lo relativo á sí y sólo mientras lo tenia en su poder.

Llegó en esto el duque de Aquitania para pedir formalmente la mano de la princesa, cabalmente cuando Clarisel acababa de marchar á su reino de Letea. El emperador contó á su hija que, cuando nació, auguraron los sábios que por su hermosura se perderian sus padres y el imperio de Grecia, y que, á pesar de esto, la desencantaron por la virtud de Clarisel: ella contestó que preferia arrojarse por una ventana para desviar el agüero, y escribió á su amante lo ocurrido; mas á pesar de esto el embajador fué despedido con esperanzas. La princesa iba enfermando lentamente: sus padres ofrecieron complacerla, y un dia en que fueron de montería al bosque sin ventura, vieron venir cincuenta navíos y con ellos Atalanta, reina de los Montes Cireneos, la cual, yendo por mar al templo de Vénus en la falda del Líbano, fué llevada por el austro hácia Lésbos, y se encontró al desembarcar con la córte de Gelismundo. Esta ilustre huéspeda animó todas las diversiones, y un dia fueron con ella al *Soto de la Discordia y mármoles de Páris* para intentar la entrada en la *morada de Enone* en donde se probaba la hermosura. Aunque ya no podia ganarse la man-

zana de oro, por haberla ganado en otro tiempo Felisalva, probaron muchas los mármoles, pero pasaron las columnas sin mudanza en sus corazones, pues Páris estaba sin la discorde flecha. Atalanta y Felisalva pasaron la puente, vieron las estátuas de las columnas (en la última de éstas la de Altinea y en la puerta de la morada las de Clarisel y Felisalva), y, entrando en el salon del lecho, convirtióse Atalanta en Clarisel y se dieron todo su amor á todo su talante. Al salir los dos de aquel recinto, vuelto él, por virtud del joyel, á la figura de Atalanta, hallaron el encanto deshecho, las tiendas quemadas, el campo sin gente, los caballeros perdidos tras unos ciervos y las damas robadas por tres jayanes cuñados del conde de Guidon. Gayo César fué quien dió esta noticia á Clarisel, y éste le pidió sus armas con las cuales persiguió y mató á los raptores.

Vino en esto Galiardo; Felisalva, consiguió tregua de medio año; él se enamoró de Atalanta y devolvió su libertad á la princesa; el emperador se puso entonces del lado de Clarisel, y Atalanta pidió plazo de diez meses con capa de sosegar sus reinos y hacerlos cristianos, pero en realidad para marchar á los suyos de Letea.

Recibiéronse noticias, por entonces, de que el almirante Galaran habia entrado en el reino de Cerdeña y las Baleares; y el liberal emperador dió éstas á Filemon y aquel á Claromarte, los cuales casaron con Bredisena y la reina de Inglaterra. Tambien llegaron nuevas de que venian Belamir y Altinea, y al punto pidió permiso para adelantarse á recibirlos el hazañero G. César, vistiéndose para seguridad las armas del caballero Atrevido con la empresa de una mariposa en una llama. Pero topó con los duques de Gueldres y Namur, que buscaban al Atrevido por el mundo, y lo aporrearon y pusieron en fuga, siguiéndole un tercer caballero para cortarle á su sabor la cabeza. Pasáralo mal, en efecto, el cuitado fugitivo, si no encontrára en su carrera á los reyes de

Lituania, y luego á unos caballeros del emperador, con lo cual ya respiró aquel valor, y aun comenzó á herir á todos en las armas.

Entraron en Constantinopla los reyes de Lituania, y despues Clarisel y Argesilao; y entonces se hicieron bodas y desposorios de muchos, y se concedieron gracias y títulos por el emperador y Clarisel. Este se unió con la princesa y recibió de Filena no solo mensajes y cartas que le anunciaban confusamente grandes novedades, sino un anillo para que lo diera al primero que de su mano se casase; pero no recordando darlo á G. César, á quien enlazó con Saturna, fué él quien primero sufrió su influencia, que consistia en enervar todas las fuerzas: lo cómico del caso fué cuando el anillo vino á manos de G. César, el cual hubo de pelearse á puños con su descontenta Saturna, causando un escándalo sabroso á todos y produciendo una separacion definitiva.

Pero nos llama la *aventura del verdadero amor* que llevó á Constantinopla el anciano Brasanel del Hado Triste. Este habia inventado cuantas galanterías eran imaginables para enamorar á Serpilia; y la ingrata, cuando le vió arruinado, pobre y hasta hambriento, le abandonó sin piedad. Filena la castigó dejándola encantada y convirtiendo en mármol negro la carne de sus pechos, con presupuesto de que no recobrarian su color hasta que los mirase tan buen amador como él lo era, ni sus otras propiedades hasta que los mirase dueña bien amante de su marido. A Clarisel y Felisalva estaba reservada esta aventura; pero vuelta en sí Serpilia, lo primero que hizo fué airarse con Brasanel: Casilano, irritado de aquella demasía, fué para Serpilia con la espada de G. César; Brasanel trabó de él y le dijo que no queria su compasion, pues su señora de él no la tenia, y que él no podia amar cosa que ella desamase: al fin ella vino á buen partido, y el prelado Basilio los enlazó en uno con alegría general.

XI.

Desaparicion de Flordanis desairado por Altinea y salida de caballeros en su busca, entre ellos Clarisel y Belamir: ambos cautivos á Satalia por Zafir Agar. Belamir gana allí la mano de la princesa Alejandra, la cual despues se mata.—Campaña del Asia menor contra el de la Adversa Fortuna que al fin se descubre ser Galiardo.—Flordanis hallado por Belianis casa con Falangria de Lombardía.—Galiardo desencanta en Letea á Gracelinda y Laudomia, y ésta reconoce á su hijo en Clarisel.

Trocóse ésta en tristeza con la desaparicion del príncipe Flordanis, que, desairado por Altinea, huyó de la córte para morir de dolor en las selvas; y como saliesen muchos divididos en grupos á buscarle, Clarisel tomó por compañero en esta empresa á Belamir. Despues de dar muerte á Selin Zaharan, uno de los amantes de Alejandra, princesa del Cairo, la cual para vengar á su padre Apolion, muerto por el Indiano, les habia pedido la cabeza de éste, fueron vendidos por Zafir Agar y conducidos cautivos á Satalia. Reinaba allí Amurates, ya ciego en fuerza de llorar perdida á su hija Dulcemar, la esposa de Azamor el de los Vespertiliones; y proyectaba, si no parecia ella en un año, declarar su heredera á su sobrina la hermosísima Alejandra. Clarisel y Belamir, con nombres de Legiadro y Deleitoso, entraron á servir en las huertas del palacio real y fueron amados respectivamente de Alejandra y Aurora, y aunque el primero desdeñó á aquella, el segundo disfrutó de ésta y de Fenicia; que no en vano recelaba de él desde Constantinopla su esposa Altinea. Publicáronse unas fiestas en que el vencedor recibiria la mano de Alejandra, y los ejercicios eran: el del primer dia una escaramuza con varas y escudos á uso de España; el del segundo arrojar lanzas por sobre un alto tablado y despues romperlo con fuertes varas; el del tercero una justa á la guisa de Grecia y la Bretaña. Clarisel, fiel á su esposa, no tomó parte alguna en estas pruebas; Belamir la tomó en los dos últimos dias con tal bizarría que fué aclamado

vencedor; y, no solo casó con Alejandra, sino que continuó sus buenas relaciones con Aurora y Fenicia.

Pronto se puso á prueba el valor de estos dos aventureros, en la que podemos llamar su *campaña del Asia menor*. Sucedió que los infantes de Panfilia y Cilicia penetraron hostilmente en la Satalia, pero Clarisel los mató al desbaratarles la vanguardia, pereciendo los demás en la retirada á manos del pueblo. Siguiéndoles aquel el alcance, penetró en Panfilia é hizo al rey prisionero en el castillo de su refugio. Aconteció casi lo propio en Cilicia, en donde el rey murió en un paso del Tauro, amparándose su hija Alixara en una ciudad fuerte que no podrian combatir sus enemigos hasta que el cercano invierno se pasára. Para entonces volvió Clarisel á emprender la guerra, y se halló con nuevos enemigos, pues el príncipe de Licaonia, otro de los amantes de Alejandra que perseguia la cabeza del Indiano, invadió la Panfilia para libertarla, llevando por caudillo al mas valiente hombre del mundo, tanto que, habiendo el príncipe rendido á un navío cristiano, aquel caballero combatió solo contra todos con estupor de sus contrarios. Llamábase él *el caballero de la Adversa Fortuna*, y llevaba su rueda en el escudo y debajo su figura. La primera batalla quedó dudosa: en la segunda los del rey de Licaonia sufrieron muchísimo cuando estuvieron dentro de las cavas, por los horribles proyectiles que á ellas les arrojaron: en la tercera las pasaron animosamente y aun llegaron á izar bandera en el baluarte el caudillo y el infante, mas éste recibió de Clarisel un golpe de maza que le hizo saltar los ojos, y aquel hubo por fin de retirarse, pero proponiendo un combate solo á solo con Legiadro, de manera que el vencido restituyera la parte de Panfilia que poseyese y mantuvieran perpétua paz Satalia y Licaonia. Nunca se vió tan formidable duelo: cinco horas estuvieron pugnando á lanza, espada, puñal y brazo: los dos andaban desfallecidos: los dos cayeron atronados: no se vislumbraba victoria en ninguno: no la

hubo en efecto, pues aunque Legiadro estuvo á punto de meter su puñal por la visera del yelmo contrario; pero en este instante el rey de Licaonia, porque no pereciese acaso tan gran caballero, cedió su parte de Panfilia.

No bien hubo curado de sus heridas el de la Adversa Fortuna, unió sus armas con las de Satalia contra el rey de Filadelfia, que habia invadido la Licaonia y le mató y quitó el reino: el rey de Licaonia, quiso casarlo con su hija, pero él no pidió sino un navío y un puerto seguro: Legiadro por su parte quiso ganar la Cilicia para Dulcemar en quien habia de recaer la Satalia, y á ese fin movióse sobre la ciudad en que vivia Alixara, á quien casó con Zafir, gobernador de Satalia.

Todo iba bien en los sucesos de la guerra; pero en el palacio de la córte de Satalia sucedió que las dos amantes del rey Donoso se denunciaron mútuamente á la reina; y, como por las leyes del reino debia esta adúltera ser quemada y el rey adúltero presenciar ese suplicio en sus amantes y ser él encadenado, se halló Belamir en todo este peligro; pero Legiadro y Zafir, que alcanzaron á saberlo á tiempo, entraron en Satalia y lo impidieron. La reina se arrojó por una ventana dándose muerte; Clarisel ofreció entregar la persona de Dulcemar; y él y Belamir fueron á la próxima Letea y despues á Constantinopla, en donde éste fué muy bien recibido por Altinea, aunque ella ya sabia sus infidelidades, pues Deucalion habia pintado toda la campaña en el salon de las maravillas.

Esto sucedió á Clarisel y Belamir desde que salieron en busca de Flordanis, príncipe de Nápoles y sobrino de la emperatriz: lo que á los otros avino se dirá en pocas palabras. Encontráronse al acaso varios de ellos, y viendo con sus amantes á quince hombres de tez morena, se combatieron con estos rudamente: cayó un castillo vecino de donde salieron dos aladas y conchudas serpientes; peleáronse éstas; murió la de cabeza negra, que resultó

ser Prenestina, autora de todo aquel encanto; y Filena, que era la otra, se dedicó á la curacion de Albasilvio, Lidiamares y otros heridos. Pero fué la desgracia, que fenecido el encanto, se reconocieron unos y otros combatientes como amigos, siendo lo peor que murieron en aquel encuentro tres caballeros, entre ellos don Silvan, á quienes se enterró en Santa Sofía como á los emperadores. En cuanto á Belianis y Galerin, fueron mas afortunados, pues, sin que les ocurriese aventura desgraciada, encontraron á Flordanis que invocaba á la muerte, y le esforzaron con el ejemplo de Clarisel, quien, desdeñado por la princesa, nunca desesperó de su suerte. Flordanis á los cuatro años volvió á la córte: todas las damas le agasajaron sino Altinea, pero á los pocos dias prendóse de Falangria, hija del señor de Lombardía, casó con ella y sucedióle que cuando veia á la una no se acordaba de la otra.

Aun no se ha dicho quién era el famoso caballero que ocultaba su nombre bajo el de la *Adversa Fortuna;* y como él era, en efecto, notable, y como va á cumplir una aventura á que ni aun Clarisel pudo dar cima, diremos que ese caballero era don Galiardo el apuesto, y que andaba por el mundo en busca de Atalanta (recuérdese quién era ésta), dispuesto, si no la hallaba en la Bretaña, á seguirla hasta en la Libia ó en los Montes Cireneos. Aguardóla primero en Lobaina, fué despues á Marsella, embarcóse para Rodas, y los vientos lo llevaron hácia el «*puerto del estranjero llanto* en el reino del amor desamorado,» donde él quisiera abolir una inícua costumbre que se mantenia. Rodando por el mar sin desembarcar en ese puerto, sostuvo gran combate con tres navíos moros que hubieron de apelar á incendiarle el suyo, y aun así se arrojó al mar para abordar temerariamente al enemigo. Sabido es lo que despues hizo en Panfilia; pero despues de esto supo con dolor y con sorpresa, que la verdadera Atalanta era una anciana cuyo hijo estaba casado con la princesa de Libia: derrumbado con esta nueva el castillo de sus esperanzas, partió

para Letea, y, sabiendo el encanto de Laudomia y Gracelinda en el *castillo del lago triste,* se dispuso á deshacerlo.

La nave que se acercó á recibirle llevaba las flores de la pequeña Bretaña: con este buen presagio pasó la puerta y postigo de la barbacana de la torre, leyó el padron, deshizo fácilmente los nudos de la cuerda de hierro que cerraba la puerta de la torre, entró en el gran patio de las estátuas y en una especie de ciudad fantástica de que brotaban por todas partes aguas y flores, oyó la voz de Gracelinda. Llegado á ella, hallóla que dormia defendida por dos leones (que, despierta, dormian en su regazo) y mató á los dos, no sin ser herido: airóse con él Gracelinda al despertar, pero vuelta del desmayo que le sobrevino, quedaron ella y su madre desencantadas y él enamorado de la princesa. Sabido esto en Constantinopla, partieron cincuenta navíos á Letea, y allí se abrazaron Galiardo y Clarisel que hasta entonces habian sido enemigos, y supo Laudomia que Clarisel era, no solo rey de Letea, sino su propio hijo.

XII.

Boda de Galiardo y Gracelinda: justas y gran cena en Constantinopla.—Aventura del Lago cristalino por Clarisel.—Los quince caballeros peregrinos libertan el *Castillo del Paso* en donde Riquelma burla á Belamir: éste gana la mano de Artanda, la ve fea, se hace el mudo, Riquelma ofrece curarle y despues de peligrar de muerte casa con Sirteo: Faustina burla á Belamir en Nápoles.

Para solemnizar estos hechos y otros de armas en el mar de Rodas y de Chipre, en que los griegos destruyeron sendas escuadras en estas dos jornadas, y mas principalmente para celebrar las bodas de Galiardo y Gracelinda y la entrada en el órden de la caballería de muchos donceles y escuderos, hubo memorables fiestas en Constantinopla, á las cuales, entre otros, concurrieron Flamiron y la Reina de los resplandecientes palacios. Lo mas no-

table de ellas fueron las justas y pasos de armas en que lucieron como jueces del campo los hermanos Argesilao y Protesilao.

Entraron en la estacada, primero un *Templo de la Paz* y despues un *Caballo de metal,* y el mantenedor Claromarte se dejó vencer de los que de ellos salieron, que eran los noveles caballeros Lucentorio y Flamasildo, los cuales escojieron premios y los enviaron á Granasilda y la niña Rosalpina. Vinieron veinte caballeros estraños, y todos fueron vencidos esta vez por Claromarte, á quien reemplazaron entonces los otros mantenedores, Filemon y Clarisel, cada uno acompañado de cien caballeros, aquellos á la española y estos á la lombarda: bien pronto lucieron ambos su destreza venciendo á treinta que se les fueron presentando. En este punto entró un gran *Castillo de la fé* que tenia cinco torres y á la puerta un caballero que venció á varios y que resultó ser Bravesin, el cual envió el premio á Gradasilda, pero fuéle desagradecido. Otros y otros justadores se fueron presentando, abandonándoles la victoria los mantenedores si eran de la córte y ganándoseles si eran extranjeros; pero de esto último hubo dos escepciones que asombraron, una la de un membrudo caballero que llevaba por empresa la torre de Babel, y otra la de tres ermitaños decrépitos, que luego se convirtieron en tres jóvenes desatentos con las damas, y luego en las sábias Filena, Himenea y Sofrosina, anunciando la primera al marcharse que iban á ser ya muy cortas las alegrías.

Aun mas suntuosa que las justas fué la cena, por la riqueza de iluminaciones, la abundancia de músicas, el lujo de las paredes y adornos y el conjunto de aquella inmensa cámara que representaba una floresta con árboles y aves naturales, con techumbre de estrellas que seguian sus cursos ordenados, con tempestad que despidió perlas y aguas de olores, con escenas de dioses mitológicos y turbas de sátiros y ninfas. En medio de toda aquella fascinacion que estas y otras escenas produjeron, aparecieron dos

niños, el uno de dos y el otro de ocho años, que quedaron, el primero ahijado por Clarisel y el segundo al servicio de Argesilao, debiendo ser los dos de ilustre y estraño orígen, segun el gran papel que en adelante hicieron por el mundo.

Menudeaban de tal manera las aventuras en Constantinopla y era tanta la fama de sus caballeros, que de todas partes iban á buscar amparo en ellos quienesquiera que necesitaban alguno. Y así, á poco de suceder las fiestas que se han referido, vino una anciana suplicando á Clarisel que libertase á ciertas personas encantadas, y llegaron quince doncellas, todas hermanas, y se llevaron á otros tantos caballeros en hábito de peregrinos, los cuales habian de darles libre un castillo en que no podian defenderse de sus enemigos ni su padre anciano ni su hermano enfermo. Clarisel, tomando por empresa un corazon partido, se embarcó con Ardesin en una torre que hendia las olas como nave, que á los diez dias tomó tierra y la corria velozmente, y que á los cinco mas estaba en los Alpes y en el *lago cristalino,* que era el lugar de la aventura. Allí no sucedia sino que todos creian tener delante de sí aquello que mas aborrecian, lo cual dispuso una sábia á quien odiaron cuantos amó: el desencanto fué tomar la anciana la espada de Clarisel, arrojarla al lago y quedar este helado y la espada cautiva hasta que otro la alcanzase y la ciñese.

Los *quince caballeros peregrinos* corrieron la Tracia, llegaron al *castillo del Paso,* y dijeron al sitiador Cloantes que aprestase los suyos al combate para hacerlos ó dueños ó esclavos de aquellas doncellas. Todos fueron vencidos menos Formidion, pero á éste le mató por fin Rubaconte, quedando libre el castillo y muy agradecidos á sus libertadores su señor Trasimeno y su hijo Palancio. Tambien lo quedaron, desde luego más de lo debido, algunas de las quince hermanas: Gelandia admitió en su cuarto y dió esperanzas al español Charlantes el sin puridad, que ya no veía la hora de que amaneciese para contarlo á todos en secreto:

Sidonia amó (y nunca habia amado) á Filorante, pero él era friamente severo en estas cosas y contestó que ya tenia á quien amar: Riquelma, á quien ya antes de llegar al castillo rió y lloró alternativa y aun simultáneamente Belamir, le burló despues de haberle dado cita. Todo aquello pasó por entonces sin consecuencia, y primero los más, y despues los tres citados, dejaron el castillo y fueron en busca de Clarisel.

Entrando por el estrecho de Morea, supieron los tres últimos que el duque de Modon daba su hija *Artanda* al que venciese en unas justas; y Belamir que, como es sabido no tenia un adarme de seso en punto á amores, entró en la lid, salió vencedor y fué proclamado esposo de Artanda. Por ventura, y no de Belamir, era ésta compendio y cifra de la bobez y fealdad: él, no se sabe cómo, quedó mudo, y ni el duque, ni los amigos, ni nadie, pudieron oirle una sola palabra por muchas que en ello malgastaron. El duque publicó que daria un millon de oro al que en ocho dias le curase, pero que, de no hacerlo, le descabezaria: acudió muy preciada de sí misma la traviesa Riquelma; pero Belamir, á cuya mano se vino tan fácil la venganza, la desoyó constantemente, la puso casi en punto de muerte, fué sordo á todo ruego é indiferente á toda humillacion, y solo cuando la vió arrodillada y con los ojos vendados para recibir la muerte que ya casi no tenia qué hacer en ella, es cuando se apiadó de todos y se salvó á sí mismo, verificándose no solo el enlace de Artanda con Sirteo, que es quien mejor la habia pretendido en las justas, sino el de la infeliz Riquelma con el duque.

Salidos de allí, torció su rumbo el viento y les llevó al cabo de la Gran Grecia, y no tardaron en ver á la condesa Faustina, con su esposo el conde de Ursino y su madre la hermosa Lucrecia, que iban á Parténope á la boda de Agrinelda (hija del rey de Nápoles) con el príncipe Rosano. Emparejaron con mútuo agrado, y Faustina dijo á Belamir que la pusiera por precio en un paso de

Monte Forte que el conde Marcelo, pariente suyo, se habia empeñado en defender: el paso fué vencido por Belamir, y todos entraron en Nápoles y fueron hospedados en palacio por el rey Guillermo. Despues de comer en el fondo de un magnífico lago en seco, que súbitamente se fué colmando de agua, obligando á todos á encaramarse precipitadamente por sus gradas y teniendo algunos que ser socorridos por barcos al propósito, hubo unas justas en que los dos campeones, que eran perusinos, vencieron á cuarenta, pero fueron vencidos por el príncipe Flordanis. A otro dia se pusieron tres puentes con otros tantos mantenedores á maza, hacha y alfange al son de cuerno, clarin y campana, y el único vencedor de estas tres pruebas fué el príncipe Rosano. En el gran torneo la cuadrilla de éste iba perdiendo el terreno ante la del jayan duque de Tiano; pero, entrando los quince peregrinos, Albasilvio volteó al duque y pronto fué su hueste de vencida.

Despues de haber lucido muy bien su gala y esfuerzo los caballeros griegos, partieron divididos para Francia, Italia y España, eligiendo Belamir por compañeros á Filorante para que le buscase aventuras y á Charlantes para que se las callára; pero antes de salir de Nápoles sufrió una burla de Faustina (consejo endiablado de su madre), y fué que citado á su ventana, que estaba volante sobre el lago, y atraido por una cancion que ella cantó, se acercó en el barco, aplicó y subió la escala, y cuando aquel se habia retirado, ésta fué cortada boniticamente por Faustina, y Belamir, mal nadador, se encontró un mal rato en el agua entre sudando y tiritando.

XIII.

Clarisel ampara á Toringio, señor de Ostian: acomete la *aventura de los Sepulcros* cerca de Cremona: vence á Recisunda, reina de los godos que iba á sacrificar al vencido Belaimir y, dándola del fruto olvidador, la casa con el príncipe de Dinamarca.—*Insula Deleitosa.*

En esa dispersion, *el caballero del Partido Corazon* tomó el camino de Lombardía. Una doncella de proporciones gigantescas le dijo que su señora Recisunda, reina de Escrifinia y otros estados en los mares de Gocia, tenia jurado no casar sino con su vencedor ó con quien le diese mujer mas hermosa que ella, y que era tan cruda con los que de ella se enamoraban, que si los vencia los decapitaba, y hasta entonces nadie de Islandia, Polonia, Moscovia y otros puntos la habia resistido, y lo que es peor habia tenido que matar á Ostilio Porcio, único hombre que le habia inspirado amor. Desde entonces estaba sin luchar, pero sometida á lo que resultase de combatir sus quinientas doncellas durante tres dias, y ella lo pasaba junto al sepulcro de su amante hasta que lograse olvidarle, á cuyo fin aquella doncella marchaba á Constantinopla á pedir el fruto olvidador. Oido esto, Clarisel la encaminó para la princesa su esposa, y quedó pensando en ir á quitar aquella bárbara costumbre; mas la doncella que consigo llevaba se lo impidió sériamente, diciéndole que era preciso ir á la córte del rey Gerion de España para vengar á una mujer agraviada de un caballero á quien no venceria, á quien amaba mas que á nadie y que gozaria de la princesa.

En el camino halló herido á Toringio, señor de la villa de Ostian, cuyo yerno habia matado á su esposa por amor de una villana y le habia tomado la villa aparejándose para quitarle el castillo: Clarisel entró en éste por un postigo y deshizo á aquellos felones, pasando á mas interesantes aventuras. Pronto halló unos caballeros y doncellas que le dijeron cómo una, cerca de Cremona, habia hecho morir con sus desdenes á diez hermanos ge-

melos, cuyo padre habia conseguido encantarla y yacía en un como templete adornada con collar de oro y piedras negras que habia de tornar blancas el buen amador que acabase la aventura. Caminaron juntos para ella, y Adorna, burlando de Caraman cuyo menguado esfuerzo adivinaba, le dijo por donosura que, si daba sendos golpes en los seis caballeros que en aquel punto avistaron, ella le haria dueño de su mano. Tan pronto como fué dicho por ella, fué hecho por él (con la espada prodigiosa que llevaba), y eso que los que tan ligeramente cayeron sin sentido eran Rubaconte y sus amigos: mas no por eso se afirmó ella en su palabra, pues tomólo todo á burlería. Llegados al templete, en cuyas diez columnas habia adosados otros tantos sepulcros, no lanzaron éstos de sí á sus tristes habitadores sino cuando se acercó Clarisel, el cual se peleó con ellos, fué arrojado allende aquel recinto, quedó herido en varias partes y no pudo romperles las armas hasta que les hirió en las calaveras, deshaciéndolas como si fueran de cristal, y causando á ellos la muerte. Dió la dama el collar al vencedor, cayó muerta y el templo fué tragado por la tierra.

Curado por Sarcilia, la dueña que le acompañaba, pusiéronse todos en camino y vieron que la reina de los godos iba á sacrificar en un túmulo al vencido y sangriento Belamir. Clarisel se interpuso, Recisunda se dignó combatir con él y montó en su rengifo tricorne: rompieron veintiuna lanza, cambiaron cabalgaduras é hiriéronse de espada: andaba Clarisel casi desangrado y sin querer lastimar á la reina: revolvíase ésta sin aliento y dando ya sus golpes en el aire; pero al fin el cortés caballero recojióla vencida en sus brazos, devolvió ella á Belamir y sus dos amigos, consintió en abolir la costumbre que sostenia y cambiáronse los lutos en alegrías públicas. Por un momento fueron estas turbadas para renacer con mas viveza, pues vino el príncipe de Dinamarca con el retrato de la reina de los godos para hacer confesar á todos, y al presente á Clarisel, su sin par hermosura; y ella de tal suerte

se irritó que arremetió contra él, le hirió porfiadamente á mansalva (que él nó se defendia), é iba á cortarle la cabeza cuando se interpuso Clarisel; y, como Sarcelia trajese en tres dias de Constantinopla el fruto olvidador, y lo gustase la reina y le propusieran todos como político su enlace con el príncipe, acabó por consentirlo.

Los caballeros griegos, con quienes acababan de incorporarse Galiardo, Claromarte y otros, se embarcaron en un puerto de Liguria, y navegando hácia Poniente llegaron á la *Insula deleitosa* en donde se vivia en primavera perpétua con mar dulce á treinta millas en contorno, con aires en que nadie envejecia ni enfermaba y con claridad constante que de noche salia en abundancia de una de las torres del Castillo. Eran ellas tres, la una de hielo para curar los encendidos de amor, la otra de fuego para curar á los heridos de jaras de hielo y la otra para vivienda de Vénus, pues Diana la tenia en las selvas rodeada de sus monteros. En aquella dichosa Insula habia una villa en que todo era igualdad, los bienes comunes (contándose tambien como bienes las mujeres), los frutos espontáneos, los hijos criados en comun, el señorío electivo y todo lo demás á este tenor. Nuestros caballeros fueron llevados cada uno por doce doncellas y escojieron entre ellas á su gusto: al dia siguiente subieron el áspero pero verde monte que conducia al castillo, y encontraron, en el departamento de Diana, hombres y mujeres trabajando, con tal concordancia de humores que parecian aves; en el de Vénus ni frio ni calor sino una tranquila suavidad en los corazones y un perfecto olvido de lo pasado; en el de la *Torre verde* la córte de Amor con fiestas, músicas, danzas y amor galante y delicado.

XIV.

Filena trae en un carro-navío á un doncel muy ilustre: Felisalva da á luz un hijo: aventura pacífica del *doncel de los Fuegos*.

Dejemos estos sueños y vamos al magnífico carro-navío que rodeado de Nereidas, Amadriades, Ninfas y Monstruos marinos trajo á Constantinopla á Filena, la cual presentó en palacio un doncel de siete años que en hermosura competia con Beloroflor de los Hados, que habia nacido en donde nace el sol, se habia engendrado en una estrella y en el sol de las armas, habia sido llevado por espíritus á los montes de Hircania, le habian allí criado faunos y silvanos y amamantado osos y tigres, habia jugado con las fieras, y habia de ser quien devolviese á su padre á la luz del mundo, quien diese á Felisalva el mayor precio posible y quien se alzase al grado mas alto de los amores del mundo. Por entonces se dieron á luz varios príncipes que habian de ser gloriosos, y dió Felisalva un niño que ostentaba llamas en el pecho y que Filena anunció como luz, espada y escudo de la Grecia, y se le puso por nombre (en recuerdo del emperador su abuelo) el príncipe *Altibor,* cuya *Historia* dió despues á conocer á los donceles que ahora nacieron y á otros que ya se han indicado.

Los dos de quienes acaba de hacerse mencion hicieron mucho en una fiesta de ellos que se dió á la córte á los cinco meses de sucedidas estas cosas. Concluida aquella entretenida justa se presentó un caballero anciano y dijo al emperador Gelismundo que, en tiempo de su padre Altibor de Dardania, vivió en Macedonia el mago Altineo, quien, despues de una larga vida de virtudes y bondades, se recojió al solo castillo que le habia quedado con su jóven esposa Flaminia, pero, citado un dia á la córte para responder á una dueña que le reclamaba palabra de casamiento,

si bien se entregó en aquella ausencia á la confianza de su esposa, quiso á lo menos saber su ventura ó desventura, y marchando por Poniente á la Isla deleitosa cojió del jardin de Diana una rosa blanca y del verjel de amor una encarnada, las cuales tenian la maravillosa propiedad de mantener en su juventud á quien las oliere, y además indicaban, si llegaban á marchitarse, la segunda que faltaba la correspondencia de amor, la primera que habia entrado ya la deslealtad. Avisado el infeliz de lo primero, corrió á su casa, vió que un jóven la abria á deshora y le dejó al punto muerto: su esposa fingió airarse con él como si fuera el jóven, y Altineo se consideró feliz con esto y dejó aquellas flores en un cofrecillo, que nadie aun habia abierto, que solo abriria quien menos partes en armas y en amor tuviese, pero fuera hijo de quien las tuviera mayores, y que solo consiguió abrir ahora en Constantinopla el *doncel de los Fuegos* (1).

VI.

LO QUE FALTA Á DON CLARISEL DE LAS FLORES.

Conocido ya tan al pormenor lo que de esta novela se conserva, parece que el interés se traslada á lo que de ella falta, que desgraciadamente es el principio y el fin, esto es, todo un primer volúmen y algunos capítulos finales. En cuanto á estos, creemos que no serian muchos, ya por la demasiada estension que la obra tiene y la poca mas que verosímilmente habia de tener; ya porque en ella están, digámoslo así, cumplidas las profecías y preparados los personajes de otro nuevo libro que repetidamente

(1) En las últimas hojas hay algnas líneas ilegibles y aun desaparecidas: en la última, la primera plana concluye con algunas líneas rotas y á la vuelta vienen estas palabras con las cuales concluye el manuscrito « criaron en el estado de mayor aumento conserve así como mis ojos la veen. »

se anuncia que es la *Historia del doncel de los fuegos príncipe Altibor* (1); ya porque las principales figuras que en la obra juegan han perdido su poesía novelesca desde que están casadas y tienen hijos; ya, en fin, porque, acostumbrándose á anunciar anticipadamente las espediciones y aventuras, no queda nada por ejecutar sino acaso la vuelta de los caballeros Peregrinos á Constantinopla y desde luego la espedicion de Clarisel á España para vengar á una mujer ofendida de un caballero que él amaba y de quien no saldria vencedor.

En cuanto al tomo perdido, es otra cosa. Si la atenta lectura de esta obra, que nadie sino nosotros ha hecho, concede en esto alguna autoridad, nosotros la interponemos para hacer creer que aquel volúmen no contenia nada que no esté indicado en los que se conservan. Son tan frecuentes y tan repetidos y tan insistentes los recuerdos que se hacen de los sucesos, y hay ocasiones en que se puntualiza de tal manera la vida pasada de los personajes, que casi no cabe duda en que lo que no se dice en los tomos existentes es que en el anterior no ha sucedido. Lo que no es posible es marcar el órden de esos hechos ni puntualizar algunos; pero, fuera de esto, nosotros sabemos cuáles son los materiales, y con ellos, si este trabajo no fuera completamente inútil é impertinente, podríase con mediano ingenio fabricar el edificio, apareciendo entonces completo, en cuanto á su invencion, el libro de *D. Clarisel de las Flores*. Nos guardaremos muy bien de emprender esta tarea, pero sí nos tomamos la de exhibir esos datos para mayor ilustracion de esta materia. Hélos aquí, seguramente faltos de órden, pero hasta cierto punto completos.

Por una parte Laudomia, esposa del rey Argesilao, el mayor vencedor de jayanes que nunca hubo, dió á luz en la *selva peligrosa*

(1) Hay ocasiones, como en los capítulos 156 y 175, en que parece que han de ser dos libros distintos, pero el capítulo 153 convence de que no.

á Clarsiel de las Flores que, recojido por el duque de Pomaria, fué llevado á Argesilao, en cuya córte se crió como doncel *No-conocido*, siendo odiado de la princesa Gracelinda su hermana, ignorante á la sazon del parentesco. Por otra parte, Gelismundo, emperador de Grecia, tomó por esposa á una princesa española, hermana del rey Gerion, á pesar de que ella preferia enlazarse con un príncipe de Cantabria ó Lusitania, con el fin de no separarse tanto de su familia, y de este matrimonio nació la hermosísima Felisalva, anunciando los sábios que por su belleza se perderian sus padres y aun el imperio: es de advertir que Gelismundo habia tenido amores con la sobrina del rey de Lusitania á quien lo juró eterno en un lienzo escrito con su sangre. En adelante Clarisel y Felisalva se amaron, constituyendo una gran parte de la accion de esta novela.

Estos antecedentes se hallan, sin duda alguna, fuera de la accion de la novela como anteriores á ella, la cual no puede empezar sino, á lo mas, cuando Clarisel fué armado caballero, que es cuando se apercibió por vez primera de las flores blancas y olorosas que misteriosamente tenia impresas en el pecho desde su nacimiento.

Clarisel fué famoso en el mundo por sus grandes aventuras bajo los nombres de el *No-conocido*, el *Caballero de las Penas*, el *Atrevido* y el *Indiano*: con éste, el de *Caballero del Rayo* y el del *Partido corazon*, (y otros que como el de *Legiadro* tomó para aventuras especiales) se le conoce ya en lo que de la novela se conserva. Como No-conocido luchó en Constantinopla con Dragosilismo, de cuyas resultas suicidóse Bradamante, en cuya venganza sus dos cormanas obtuvieron de su abuelo Androgeo un paso de armas, el del *castillo de las florestas*, en que cayeron prisioneros los mejores caballeros de la Grecia segun se cuenta en varios capítulos del 34 al 40. Como caballero de las Penas agradó á la princesa Felisalva por su destreza en el justar y armó

caballero á Flordanis, á quien Deucalion buscó mucho tiempo para entregarle una famosa lanza de marfil. Como caballero Atrevido fué vencedor en los torneos de Colonia, corte entonces del emperador Neroneo, y ganó al de la Muerte un diamante, entregándolo á la princesa.

Vióse Clarisel en varias aventuras, algunas solamente indicadas por alusiones, otras esplicadas algun tanto á la larga ó reproducidas en capítulos conocidos. Tomó el castillo de Jason; venció al jayan Morgolon; mató á Apolion Serian, rey del Cairo y padre de la Alejandra que tanto juega en esta historia; ganó el agua de la *fuente del Duelo*, con la cual la estraña Filena devolvió la vista á Orfelin, ciego de tanto llorar; y salvó á la reina Altinea y á Fulgurion de la Peña del fuego de los navíos, quedando de manera en aquel peligro, que pasó para todos por muerto, con cuya ocasion debió cambiar su nombre de *Atrevido* por el de *Indiano*, y su leal escudero Belerin (nieto de Deucalion) huyó desesperado á Grecia en la fusta de las doncellas, siendo recojido como ermitaño por el confesor de la princesa. Libró tambien á Saturna de manos de Febolarte en el *sepulcro venturoso*, aunque esto tendria algo de cómico por lo que tiene de tal en la novela el carácter de aquella dama, y sacó á la princesa de la *estraña maravilla* (1), y en esta ó en otra aventura contribuyó á desencantarla, á pesar de los agüeros que la señalaban como destinada á ser la ruina del imperio.

Todavía se cuentan de él otras cosas, al parecer de menos monta. En Alemania estuvo enredado en tratos y aun amores con la hija del duque de Cleves, que tenia el parecido de la princesa, lo cual debió de ser una travesura de su escudero Belerin: con-

(1) Aunque del cap. 130 parece desprenderse que esta fuese la aventura de la *morada de Enone*, pero otros pasajes dan á entender que fueron las dos diversas y aun opuestas.

siguió la espada de diamante que solo no heria al buen amador, y que por mucho tiempo tuvo colgada en un moral junto á la *fuente del antiguo leon,* en la cual se miró y vió la figura de su amante, como despues lo hizo Felisalva en el capítulo 31: ganó la *aventura de la flor amorosa* y el *sacrificio de amor,* que se repite en el capítulo 29: hubo de sufrir que Albasilvio le quitase las naves, indicacion que por lo incompleta se ignora si corresponde á las naves incendiadas ó es aventura distinta y entonces insignificante: fué conducido á una floresta por la doncella Rondinela y de allí aportó á unas rocas desde donde oyó al caballero de la Favorable fortuna que estaba en una barca: dedicó una cancion á la hada Silvana: lució su valor en el *castillo de los leones:* fué desemejado en la fuente de Biblis, quedando con la apariencia de un anciano (menos en el esfuerzo que conservó juvenil), así como la dama Deidenia que á todas partes le seguia: padeció en fin una transformacion moral en la mas célebre de las aventuras, en la aventura de que con mas frecuencia se hace y se vuelve á hacer mencion y que hasta llega á repetirse casi por completo en el capítulo 130. Esta aventura fué la de la *morada de Enone.*

Hallábase ésta situada en el *Soto de la Discordia,* y antes de llegar á ella se hallaban unas columnas llamadas *mármoles de Páris:* el mas valiente de los caballeros habia de ganar el arco de éste, y la mas hermosa de las damas la manzana de oro de Vénus, y ambas joyas ganaron el Atrevido y Felisalva, consiguiendo los dos penetrar en signo de su victoria hasta el interior de la morada. Allí podian gozar á su sabor de todos sus deseos; pero sucedió que, no bien se sintió aquel herido por la *discordé* encantada flecha de Páris (y lo mismo pasó á todos), cada uno se sintió olvidado de su amor y amante de su desamado; y, aviniendo esto al Atrevido, no tuvo desde entonces en su corazon ni en su memoria sino á la reina Altinea, ni ésta sino á Belamir ni la princesa sino al Atrevido: de suerte que este moria por Altinea

que en el *albergue amoroso* se entregaba á Belamir; la princesa perdia todo recato, y todo en vano, por quien de ella no curaba; y Altinea no estimaba el sacrificio del Atrevido, á quien antes amaba desamada, y seguia por el mar á Belamir cuando aquel, celoso, le vencia por la suerte de las armas.

Esto es lo que en los dos tomos que se conservan se desprende que contenia el anterior perdido, respecto á Clarisel eje de la obra y al cual se refieren en general todas las aventuras de la primera parte. Mas, para completar la idea de lo que ese primer tomo contenia, hay que anotar todas las indicaciones de los otros, aunque con el desórden propio de quien ignora cuáles eran la seguida y el enlace de los sucesos á que esas alusiones se refieren.

El traidor Turinazo, sobrino del conde de Guidon, prendió á Altinea y se ofreció á Otolin en las córtes de Alepo, si le daba lo que tomase de la Grecia: Prenestina de Guidon su madre fué la que aconsejó á Otolin su espedicion contra el imperio de Grecia. Silvan mató al jayan Orizonte, que quiso escarnir á Felisalva, y á quien halló cuando estaba guardando las doncellas que en la fuente halló volando con esmerejones.—Argesilao mató á Follon el laso y Turbillon el del venablo, el primero de los cuales prendió al emperador, y el segundo quiso hacer lo mismo con Argesilao en el castillo de los leones, si bien éste fué á su vez preso y desposeido de Frisa por Azerado, hijo y sobrino respectivamente de aquellos.—Febolarte, el caballero de la Muerte, derribó á los caballeros de la princesa en el *bosque sin ventura* y prendió á las doncellas, y cuando su enano Membrudin fué despues encerrado en una jaula de hierro, recordaba los afanes que por él pasó con los *malos hombres*.—Orfelin salió de una aventura de la mar á que no dió cima y llevó de la mano á su ingrata Cristilena á quien despues encontró vestida de pastor.

Hasta aquí las especies contenidas en el tomo primero y por consiguiente la idea de toda la obra, con lo cual queda cumplido

en esta parte nuestro objeto. Pero en ella se anuncia diversas veves un nuevo libro que habia de titularse *Historia del príncipe Altibor de Austrasia, caballero de los fuegos* (que suponemos no haberse escrito), y aun otras veces se habla de la *Historia del doncel de los fuegos* que, por la diferencia entre *doncel* y *caballero* y por algunas locuciones equívocas, podria suponerse ser una obra distinta aunque no lo creemos; y como para esa ó esas novelas se anuncien algunos personajes y aun algunos hechos en la de *D. Clarisel*, vamos á mencionarlos tambien aunque con la concision con que están ellos mismos indicados.

En el *castillo de Polinda* se colocó la estátua de ésta y de su vengador el del Rayo, y en honor de éste se creó una aventura y se puso allí la celada luminosa que fué hurtada con ese solo fin. La estátua del laberinto en el palacio de los *Campos de la voluntad* teniá en la mano un corazon cuyo misterio se explicará.—El no apreciar Gradasilda el premio que Bravesin ganó y le dedicó en las justas de las bodas de D. Galiardo fué causa de muy malas andanzas.—El membrudo caballero que venció y no fué conocido en las mismas fiestas sino por su empresa, que era la torre de Babel, fué muy famoso en adelante.—Lo fué tambien Zafir el que prendió y llevó á Satalia á Clarisel y Belamir como se ha contado.—Tendrán asimismo grande importancia los donceles que nacieron de las bodas que se celebraron con la de Clarisel, como son Artesidoro, hijo de los reyes de la Gran Bretaña, Argesilao de los de Mallorca, Protesilao de los de Macedonia, Altinea de los de Lituania, Alicandra de los de Satalia, Leoniselda de los de Polonia, é igualmente Galaflor, hijo de Albasilvio, Liriope de los duques de Selesia, é indudablemente Alevosin, hijo de Caraman y Felisa, aunque de él nada se ofrece. Tendrán sobre todo el primer lugar *Altibor*, hijo legítimo de Clarisel y Felisalva, el *Doncel peregrino* ahijado por estos en la famosa cena que nos es ya conocida y *Beloroflor* que suponemos ser el hijo de

Clarisel y Astrafelis que sacó en el pecho las flores de su padre y fué criado en los montes rifelios. Allí, en fin, se cumplirán los anunciados estragos que han de aflijir á la Grecia por causa del amor, y las palabras sibilinas de Eritrea y Filena de que «cuando el leon se juntase con la cálida estrella (aludiendo á Clarisel y Astrafelis) arderian los reinos orientales, y cuando saliese de ella Otolin subiria á la cumbre de la fortuna;» «que quien mas desamaba á Clarisel daria fin á lo que él no pudo y se entregaria de lo que mas él ver deseaba;» y que «cuando la nueva águila saliera del nido, lo dejaria en las estrellas, y volaria que todos le temiesen.»

VII.

VERSOS QUE CONTIENE EL LIBRO DE CLARISEL.

TROVAS DE CELADONTE *que cantaba rodeado de sus doncellas.*

CAPÍTULO I.

Faz amor lo que quisieres
por fuerza ó por traicion;
que mi vida está en mi mano,
miedo no te tiene, no.
No tienes que ver en ella,
que se rije por razon;
y si he de tomar amores
han de ser por eleccion.
Y con ojos claros libres
seré amador sin amor
y galan enamorado
libre y quito de pasion.

CANTAR DE FLERECINTA *teniendo en su regazo á Belamir.*

V.

Faz diosa cedo tus redes;
de estos dorados cabellos;
que si Belamir despierta,
presa quedarás en ellos.

COPLAS DEL PASTOR LAURESNI. *Era Cristilena amada de Orfelin que es quien cabalmente la oye.*

XXII.

¿Qué haces aquí en el prado,
ciego Amor?
Anda, vete á lo poblado
á dar dolor.
Deja libres nuestras flores,
y claras las fuentes frias:
tus fuerzas y tus porfías
muestra á los grandes señores.
Deja los simples pastores,
ciego Amor,
que es vileza á los cuitados
dar dolor.

DEL MISMO LAURESNI, *quien con su voz y persona enamora á su prima Dorense.*

XXIV.

¿Qué haces, amor, aquí
los castos péchos tocando?
Cata que saldrás llorando
si otra vez vienes á mí.

No te habiendo conocido,
muchas veces me probaste,
y siempre á mis piés quedaste
de mi mano, Amor, vencido.
Mira que serás perdido
y no habré merced de tí
si otra vez vienes á mí.

De Felisa, *que debiendo disculpar á su prima Artelinda con Flordanis, le fué traidora.*

LXXIX.

Porque amor no os faga daño
no le tengais lealtad;
que con él vale el engaño
mucho más que la verdad.

De Altinea, *que canta al arpa la desaparicion de su esposo Belamir.*

LXXXII.

Si vivo un punto sin veros
sintiendo mortal dolor,
es que la muerte há temor
á la esperanza de veros.

De Altinea, *que canta en el mar en los brazos de Belamir á quien por encantamiento ama.*

(Va escrito á renglon seguido).

CIX.

No es de amor el mal que siento:
debe ser otro dolor:
que pasa de mal de amor
este peligroso mal.
De los amores no viene;
porque el remedio que tiene
le face ser mas mortal:
no nace de bien el mal,
ni tan amargo dolor
de las dulzuras de amor.

De un pastor escocés *que desairó á la princesa Flamasinda, quien casi vino á ensandecer.*

CIX.

Si quereis vivir contentos,
no os tomeis con el zagal;
que su bien es causar mal.
No mireis tanto, pastores,
la belleza de este prado;
que suele estar emboscado
el amor entre las flores.
Oílo yo á mis mayores
que anda entre ellas un zagal
que es Amor y face mal.

Cancion *desde el carro de los cisnes que llevaba dos amantes encantados.*

CXXVI.

No tiene medio mi mal;
y, si algun consuelo tiene,
es saber que, en ser mortal,
acabarse al fin conviene.

Inscripcion *en el mismo carro, dando la clave del desencanto.*

CXXVI.

El mas fuerte y esforzado,
la de beldad estremada,
la mas en ausencia amada
y el de amor mas agraviado,
estos cuatro alcanzarán
abrir el Sepulcro estraño
del secreto desengaño,
y los demás no podrán.

Cancion de Atalanta, *de quien se enamoró Galiardo cuando fué á casar con Felisalva.*

CXXXIII.

Amor, en alto lugar
asienta mi pensamiento,
y péneme su tormento
cuanto me puede penar.
Fazme, Amor, enamorada
conforme á mi presuncion,
y tu mal, muerte y pasion
daré por bien empleada.
Si me veo aficionada
por dicha en alto lugar,
gloria me sería el penar.

De Clarisel de las Flores, *cautivo en Satalia y rogado por la princesa Alejandra.*

CXLIV.

¿Qué puede aquel desear
que su libertad perdió
sino verse do se vió
contento con su penar?
¿Qué le puede dar placer
al que está en tierras ajenas
metido en graves cadenas
sino verse triste ser?
¿Qué puede el cautivo ver
do no se puede gozar
que no le haga llorar?

De Gracelinda, *encantada en el castillo del Lago Triste.*

CL.

¡Ah! ¡qué vida, que la muerte
no me quiere porque la amo,
ni viene porque la llamo!

De Faustina, *que cita en Nápoles á Belamir para burlarle dejándole caer sobre un estanque.*

CLIV.

Decidme, oh vos, blancos cisnes,
los que gozais de las aguas
¿cómo podreis defenderos
de las amorosas llamas?
Plegue al amor que vos junte
en sombras de verdes ramas,
donde goceis para siempre
una vida dulce y blanda,
sin parar que se os enturbien
esas vuestras olas mansas.
Salid, oh cisnes, de entre ellas,
que las vereis alteradas,
y de un gran fuego amoroso
encendidas y abrasadas.
Dejad que se apague en ellas
ansias tan desordenadas.

EMPRESAS, MOTES, ETC.

CAPÍTULOS 153 Y 154.

De un caballero que salió del Templo de la Paz.

Despues, señora, que os ví,
abierto está para mí.

De Flamasildo, que llevaba en el escudo un caballo á guisa del de Troya.

No ví el daño;
que dentro estaba el engaño.

De Granabel, que llevaba un árbol con agua constante alusiva á sus lágrimas.

El mucho humor no ha podido
dar la vida á lo perdido.

De Gayo César, que llevaba un diablo aludiendo á su mujer Saturna.

Cuanto desama éste á Dios,
tanto yo desamo á vos.

De Dinoran el Bueno, que llevaba un milagro de plata.

A tí, señora, me ofrezco,
pues me quisiste librar
de las olas del-amar.

De Belamir, que llevaba cadenas de plata rotas, trabadas de una sana de oro.

Todas las rompió mi fé
y preso en una quedé.

De Flamiron, que llevaba un sol.

Este solo sol adoro.

De Albasilvio, que llevaba luna y estrellas.

Todas la reciben de ella.

De Lidiamares, que llevaba un lago en donde algunos se curaban en lo antiguo.

De estos mis males estraños
uno sana en cien mil años.

De Tirénides, que llevaba urna sin fondo.

Mi servicio y esperanza
¡oh qué caso!
piensan de hinchir el vaso.

De un desconocido, que llevaba una torre de Babel.

Aunque toda se acabara,
no llegara.

De Caraman, que llevaba un halcon.

Mas se gana en andar libre, etc. etc.

VIII.

JUICIO DE CLARISEL.

El libro de *D. Clarisel de las Flores,* cuyo ejemplar único existe en la biblioteca de la universidad de Zaragoza, consta hoy de dos tomos en fólio de letra del siglo XVI ó poco posterior, repartidos en 176 capítulos (los del primer tomo numerados desde el 1, los del segundo sin numeracion) escritos á dos columnas en 2642 de éstas, tachados ligeramente con algunas enmiendas bien hechas y de la misma mano, con foliacion el primer tomo y sin ella el segundo (1) sino es en sus cuadernillos de á cuatro pliegos. Este ejemplar, que perteneció al cronista Francisco Gimenez de Urrea y, hasta entrado este siglo, al canónigo Turmo, tenia tres volúmenes; pero, pasando á la Universidad, perdió el primero, sea al entrar en ella, sea cuando fué volada por los franceses en 1809, en cuya ocasion quedaron destruidas las ocho salas que constituian su biblioteca, la cual habia sido formada con la de Jesuitas y con donaciones de Pignatelli y algun otro.

De *D. Clarisel* dijo el doctor Juan Francisco Andrés, servilmente copiado por Latassa, que era un «libro de caballerías y aventuras cuya obra puede competir con *Amadis de Grecia,* el *Caballero del Febo* y otros;» mas á pesar de esta recomendacion, bien puede asegurarse que nadie en este siglo lo ha leido ni citado antes ni despues de Gayangos, hasta que éste, dando sobre él ese vistazo inteligente de quien, sin tiempo para mas, adivina lo que no ve y juzga con acierto aun sin estudio, estampó en sus notas al tomo segundo de Ticknor (en 1851) lo siguiente: «En la

(1) La última hoja de éste se halla (como las cinco ó seis anteriores) deteriorada por la parte inferior hácia el córte, esto es, en el final de la segunda columna: á la vuelta ya no se leen sino estas palabras «criaron en el estado de mayor aumento conserve así como mis ojos la veen.»

biblioteca de la universidad literaria de Zaragoza se conservan dos tomos en fólio de letra de Jerónimo Jimenez de Urrea, y son el segundo y tercero de un libro de caballerías, intitulado, á lo que parece, *D. Clarisel de las Flores:* el segundo empieza de esta manera: (aquí el epígrafe del primer capítulo). Es uno de los libros mas notables que se han escrito en su género, y tiene trozos que interesan verdaderamente: el estilo es puro, castizo y suelto, y los versos bastante buenos para figurar en el *Cancionero general:* sirvan de muestra los siguientes (aquí los doce primeros «Faz, amor, lo que quisieres»).-A los seis años consagró el mismo autor á *D. Clarisel* las siguientes líneas, en su precioso *Discurso preliminar* sobre los libros de caballerías, que forma parte de la *Biblioteca de Autores españoles:* «Con este título escribió D. Jerónimo de Urrea, el traductor del *Orlando,* un libro de caballerías en prosa y verso, repartido en tres partes, de las cuales tan solo se conservan hoy dia la segunda y tercera en dos tomos de letra de su autor: los vimos en 1850 en la biblioteca de la universidad de Zaragoza: véase lo que acerca de ellos dijimos ya en las notas al Ticknor tomo II pájina 511.»

En cuanto á lo de ser autógrafo el manuscrito, confesamos hallarnos perplejos, porque, no habiendo alcanzado á ver documentos incontestables de letra de Urrea, no podemos adquirir la bastante conviccion en vista de lo que del manuscrito de *Clarisel* se desprende. Hay, sí, en favor de la afirmativa, las palabras del doctor Andrés «conserva sus *originales* D. Francisco Ximenez de Urrea;» el carácter de las enmiendas que, siendo de la misma letra que el resto, arguyen por lo certeras un lector atento, sea éste el copiante, sea el autor, al comprobar; y, en fin, la seguridad con que por dos veces lo afirma una persona tan competente en todo como el señor Gayangos;—pero hay en contra buenas congeturas, como son las torpes equivocaciones ó erratas que menudean en la obra; la manera servil como ella parece copiada

cual si fuera hecha á cuadernillos ó tareas, cuyos principios son de mejor pluma y de mas igualdad y belleza; la no gran probabilidad de que el autor se copiase á sí mismo (aunque esto ha sucedido á algunos) toda vez que el que tenemos no es el primitivo borrador ú original; y las circunstancias de la letra, que parece más de calígrafo que de autor de la época de Urrea.

Respecto á ser este libro de caballerías *en prosa y verso repartido en tres partes,* debemos decir: sobre lo primero, que aquella locucion no es la mas propia, pues el libro es todo él en prosa pura, sin verso alguno narrativo y sin otros que los que se cantan, todos los cuales reproducimos nosotros, y, como se advertirá, son muy pocos en proporcion con la obra; sobre lo segundo, que, si la obra estuvo dividida en tres volúmenes, no puede asegurarse por eso que lo estuviese en tres partes, pues la division que separa los dos tomos conocidos no marca descanso ó cambio en la accion, y caligráficamente considerada la indica mucho ménos, como quiera que el primero de esos dos tomos concluye con el epígrafe del capítulo 77 (numerado), y el segundo empieza con ese mismo epígrafe reproducido.

Desembarazados ya de la descripcion material del libro, vamos á entrar en algunas consideraciones acerca de su contenido.

Lo primero que hay que notar es el aire de familia que tiene con los demás de su género, sin que esto ceda en mengua del autor como plagiario, sino en crédito suyo como observante de las condiciones á que todo buen libro de esta especie debia someterse. Esto mismo vemos, en efecto, que sucede en todos los géneros literarios de mucha vitalidad; testigo toda la poesía lírica clásica de nuestro siglo de oro; testigo todo el teatro antiguo español, en donde ninguno de sus muchos autores es infiel en ninguna de sus muchísimas obras á todas las costumbres y resábios, bellezas y defectos de aquella escuela. El prototipo de las novelas caballerescas era, por su prioridad, popularidad y descendencia,

el *Amadis de Gaula:* á él, pues, se ajustaron mas ó menos los autores de estos libros, y á él y á sus imitaciones se acomodó tambien Urrea, aunque inspirándose tambien para algunos episodios en los cuentistas italianos: esto, sin embargo, no le roba nada de lo que podemos llamar su originalidad; pero, como hemos dicho, las formas que la novela ya tenia están aceptadas por Urrea.

Una de esas imitaciones es fingir escrita la obra por algun sábio antiguo (á veces contemporáneo de la accion, como el médico Elisabat que vió todas las *ergas de Esplandian*), ó á lo menos sobre historias antiguas que no existieron, como la del cronista imaginario del emperador Gelismundo (se cita en el capítulo 141), las «grandes historias llamadas dignas memorias de Grecia,» y la obra de Zoroaestes, que no sabemos si es aquel mismo cronista (cap. 147), en cuyos libros parece apoyarse el de *Don Clarisel.* Otra es colocar como centro de la accion el imperio de Grecia, plantel de los mejores caballeros y baluarte del cristianismo, estado muy floreciente, sobre el cual se ha escrito una biblioteca (1), y del cual, segun hemos leido, se han descubierto en España muy recientemente algunas monedas y medallas. Otra es suponer al protagonista nacido de una manera maravillosa ó misteriosa, como lo hemos visto en Clarisel, y como se ve en Amadis (que fué echado al rio y recojido en el mar á semejanza de Moisés), y en su hijo Esplandian que, por venir ilícitamente de Oriana, hubo de criarse oscuramente con Nasciano el ermitaño. Otra es atropellarlo todo en los reinos de la geografía, la cronología y la historia, y por supuesto no existir ni el rey Guillermo en Nápoles, ni Otolin en Oriente, ni Gelismundo en Grecia, ni Protesilao en Macedonia, ni Tamaris en Inglaterra, ni

(1) En 1644 se imprimió en el Louvre la BYZANTINA ó *Corpus scriptorum historiæ byzantinæ* en 36 volúmenes en fólio.

Neroneo en Alemania, ni nadie en ninguna parte. Otra es el dejarnos en completa oscuridad acerca de la época de la accion, ó desorientarnos de ella con mil contradicciones: y así como la de Amadis se dice ser en el primero ó segundo siglo de la era cristiana, á lo cual se oponen por supuesto todas y cada una de las cosas que allí suceden, así la de Clarisel se dice pasar, ya bajo el rey de España Gerion, primer tirano de esta comarca (1) y séptimo rey de ella, contando como primero á Túbal (todo segun autores fidedignos), ya bajo Clodomiro rey de la pequeña Bretaña que no sabemos si quiere ser el de Orleans en el siglo sexto, ya bajo el imperio de los tiros de pólvora, que es bastante posterior. Otra y otras son el introducir ciudades fantásticas como Arbolanda, fundada sobre árboles, islas encantadas como la de Letea, encantadores favorables y adversos (en Amadis lo son Urganda y Arcalaus), jayanes á quien vencer, Córtes en que reformar leyes y conceder mercedes, palabras sibilítico-proféticas (en Esplandian «las grecianas ovejas atribuladas serán salvadas por el hijo de leon»), combates imposibles (2), espadas de diamante, mujeres hombrunas, muchachas antojadizas y románticas, ermitaños protectores, y, en fin, hermosuras que defender, prisiones que sufrir y mónstruos que vencer.

Esto en cuanto á las imitaciones generales: en cuanto á las particulares, algunas podemos señalar en *Clarisel*. Los Mármoles de Páris, la desaparicion de Flordanis, la infidelidad de Clarisel solicitado de Astrafelis, la muerte dada á Tamaris, rey de Inglaterra, las dificultades para el casamiento de Clarisel con Felisalva

(1) Sabido es que el Dante lo menciona largamente en el Canto XVII del *Infierno*, y que se suponia mónstruo de tres cuerpos como rey de tres islas (las Baleares).

(2) É imposibles de todas clases, para lo cual autorizaba á los mas clásicos escritores el Ariosto, como despues probaremos.

y aun las facilidades de ésta para anticipar sus goces conyugales, recuerdan con mas ó menos exactitud el arco de los amadores, la penitencia de Beltenebros en la Peña pobre, las correspondencias de Amadis con Briolanja, la muerte de Abies, rey de Irlanda, la oferta de la mano de Oriana al rey de Roma y el tierno abandono de ésta en el castillo de Miraflores, sucesos todos del libro de *Amadis de Gaula.*

A este tenor pudieran agruparse algunas, si no imitaciones, reminiscencias ó conformidades con *Pristan de Leonís*, *Lisuarte de Grecia*, *Clarimundo* y otros; así como en libros posteriores á *Clarisel de las Flores* se hallan, indudablemente tomados de otros originales y no de éste, sucesos que traen á la memoria los de *Clarisel* (1). Pero no es nuestro ánimo prolongar estas comparaciones; y si algunas vamos á continuar, porque nos asaltan al paso, será fuera de la órbita de los libros de caballerías en prosa.

Hay uno en verso que á su riquísima poesía une la mas original invencion y que ha sido fuente en donde muchos han bebido el espíritu caballeresco, y, tanto como el que mas, el capitan Urrea. Algunos tipos de los pintados por éste llevan, en

---

(1) ¿Cómo hemos de conceder, por ejemplo, ninguna importancia á la coincidencia de llamarse *caballero de la Blanca Luna* lo mismo Flordanis que Sanson Carrasco, ó *caballero de los Fuegos* lo mismo don Lupan que el hijo de Clarisel? ¿Cómo hemos de deducir nada de que el cuento de Evergentes buscando para esposa por última voluntad de ésta á la que fuera mas hermosa que ella, lo cual solo se verifica en su hija, sea parecido (menos en el desenlace) al de Perrault titulado *Peau-d'Ane?* ¿Cómo hemos de creer que las flores impresas en el pecho de *Clarisel* originasen (inédito como estaba este libro) aquella cruz impresa en el pecho que tanto juega en la *Devocion de la Cruz* de Calderon? ¿Cómo hemos de suponer que la *Fuente del antiguo leon* (seccion II de nuestro estracto) haya sujerido á d'Urfé la *Fuente del verdadero amor*, eje de su *Astrea?* ¿Cómo hemos de imaginar que Lesage aprovechara algo de la aventura del *Celoso* para la suya entre Camila y Gil Blas en el cap. 16 de su libro I?

efecto, como por la mano á otros parecidos del *Orlando*. Aquella Cristilena, tan ingrata con Orfelin despues de haber sabido tan por sí propia su amor, y aquella Aquilina, tan infamemente desleal con su esposo Silvan, recuerdan á Lidia, princesa de ese reino, que mata á desaires al gran guerrero Alcestes despues de haberle obligado á trabajos como los de Hércules: aquella Coronea, reina de los palacios de Pluton, aquella Verecundia, señora de los Valles del Deleite, y aquella Recisunda, reina goda, que mantenia ncostumbres intolerables contra los hombres, recuerdan á la Orontea del canto XX y á la Marfisa de los cantos XIX y XXXVIII: aquella celada resplandeciente de que se apoderó valientemente *Clarisel* recuerda el escudo deslumbrador con que Ruger venció á la orca que iba á devorar á Angélica: aquellas rosas blanca y roja del sábio Altineo, que denotaban con sus cambios de color la lealtad ó deslealtad de la mujer ausente, recuerdan el vaso de Melisa que, bebido sin derramarse el líquido, anunciaba fidelidad (1): aquella flecha de Páris y aquella yerba de Astrafelis, que hacian olvidar el antiguo amor é inclinaban á otro nuevo, recuerdan la fuente helada en que bebió Reinaldo, de que resultó desdeñar á Angélica: aquel fruto olvidador de Escocia recuerda la otra fuente en que el Desden, en forma de caballero, hizo beber al mismo Reinaldo.

Fuera de lo que de las novelas y del poema de Ariosto tomára ó no tomára Urrea, hay en su libro reminiscencias de los *Eddas* escandinavos, y desde luego de los *Nibelungen*, poema aleman que, aunque recopilado ó compuesto del siglo XIII allá, apenas si fué conocido literariamente sino en el XVIII en que Lessing fijó

(1) Esta clase de recursos es sumamente comun en todas las obras de carácter novelesco: recordamos en este instante el cuento XXI del Bandello, en que Ulrico lleva á la guerra una imágen de su amada Barbera, que, palideciendo, indicaba un peligro para el honor y, ennegreciéndose, anunciaba la deshonra.

sobre él la atencion y Bodmer lo imprimió. Aunque no es muy probable que Urrea conociese *in extenso,* y á ley de erudito, esos poemas, no es inverosímil que, habiendo viajado mucho por los Estados alemanes, en donde aquellas leyendas fueron populares á lo menos en estado fragmentario, se impresionase con algunos de sus pormenores, que por otra parte recordaban á su querido *Orlando* y á otros y otros libros. Sea como fuere, nosotros señalaremos en los *Eddas* la famosa espada de Sigurd llamada Gram, el desencanto que aquel hizo de Sigurdrifa, y el brevaje que le dieron para que no amase ni casase con ésta sino con Gudrun; y en los Nibelungen el maravilloso caballo Grani, la Tarnkappe mágica que hacía invisible y por consiguiente casi invencible á su conquistador Siegfrid, hijo de Segismundo rey en los Paises Bajos, y la reina islandesa Brunhilt que brindaba con su mano al que la venciera en tres empresas, pero que ya habia decapitado como vencidos á cuantos las intentaron hasta que Siegfrid vino en socorro del comprometido Gunther. Todo esto, como se ve, nos recuerda otros tantos personajes y sucesos del libro de *D. Clarisel.*

Las demás imitaciones ni pueden ser numerosas ni acaso sean sino semejanzas de pensamiento, como, por ejemplo, la suntuosa cena que da Gelismundo, que parece retraer la descrita en el *Satiricon* de Petronio, en donde se sirvió una fuente que representaba un globo con el zodiaco y en cada signo esquisitos y diferentes manjares que fueron trinchados á compás. Pero otras aventuras no hay duda que reconocen orígenes clásicos, y eso sucede en la de Liriope, hija del duque de Astiria, cerca de la cual y del duque su esposo se presentan con éxito (aunque por arte de encantamiento y no por semejanza de naturaleza) otro duque y otro mayordomo Rustan, del todo idénticos á los originales; recurso que han repetido todas las literaturas desde Menandro en sus *Hermanas gemelas* y Plauto en sus *Menechmos* hasta el Trissino en su *Simillimi,* Lope de Rueda en sus *Engaños,*

Tirso en su *Castigo del Penseque* y Breton en sus *Memorias de Juan García* (1).

Haciendo ya punto en esto de las imitaciones, y no deteniéndonos en el plan, ó en lo que llamaríamos intriga de la obra, sino para decir que está conducida con gran maestría y artificio (2) y que contiene algunos sucesos (como el citado de Liriope, el de Fraudantes y Leonides y el de Riquelma y Belamir) que, por su enredo y vivo interés, no desdeñaria nuestro teatro antiguo; pasaremos á decir algo, ya no mucho, sobre los caractéres, que de tan capital importancia son en toda novela.

Descuella entre los demás el de *D. Clarisel* (3), en quien campean todas las cualidades de un perfecto caballero, tal cual se concibe en la época de mayor civilizacion y de más refinada galantería. Religioso sin orgullo y sin bajeza, se hincaba de rodillas para dar gracias á Dios por cada una de sus victorias, conseguidas á veces á costa de mucha sangre y de inauditos esfuerzos, conducta propia del buen caballero cristiano, y propia tambien de

---

(1) A estos autores pueden añadirse Tirso (otra vez) en *Ventura con el nombre*, Timoneda en su refundicion de los *Menechmos*, Moreto en su *Parecido*, y entre los estranjeros Shaksppeare, Rotrou, Regnard y Picard: no se cuentan los novelistas, entre los cuales apuntamos á Bandello, italiano, Arlincourt, francés, y Enrique Gil, español, todos estos sin otros que indudablemente no recordamos

(2) Nosotros en el estracto la hemos simplificado alguna vez en beneficio del lector, ya conduciendo una aventura hasta el fin sin las idas y venidas del original, que en un resúmen parecerian bruscas, ya condensando dos ó más sucesos de poca importancia para dar paso á otro que realmente la tiene.

(3) Adviértase de paso que este nombre no debió de sonar en todo el primer tomo perdido, pues no suena en el primero de los que se conservan hasta el capítulo 52, en que se dice de D. Galiardo que «despues de Clarisel par en el mundo en apostura no habia,» y no se revela todo su nombre ni se identifica su persona hasta el capítulo 108, en que se dice que era el caballero del Rayo: en el capítulo 61 se ha anunciado que Argesilao era su padre.

quien, como el autor, habia servido en Alemania á Cárlos V, el cual dijo de sí mismo: *llegué, ví y Dios venció*. Como hombre de verdadero valor, nunca se le encuentra jactancioso, ni cruel ni descortés con sus contrarios, antes admira y alaba su valor y con frecuencia los obliga con su amistad, como se ve principalmente en D. Galiardo que, siendo su tenáz enemigo, casa al fin con su hermana. En sus amores era leal, constante y pudoroso; siendo precisa toda la fuerza sobrehumana de los encantamientos para que suspirase durante ellos por Altinea ó Astrafelis, pero mostrándose insensible con el amor que inspiró á muchas, amor que mató á Floriselda, que mantuvo en perpétua soltería á Polinda y que desatinó á otras damas principales. Y era para él tan sagrado el amor, que casi era el móvil de sus empresas caballerescas, como se deduce de estas palabras suyas: «Todas estas maravillas hemos de menester facer para convertir los herejes de amor y confirmar en él á los que le conoscen.» Por eso le eran llevaderos todos los trabajos al solo pensamiento de que eran pasados por Felisalva, porque, como él decia á otro caballero, «esas ansias enamoradas más tienen de lo dulce que de lo amargo y mortal, especial cuando se pasan por doncellas que dicho me habedes;» por eso se declaraba, como el poeta italiano, catedrático de amor cuando decia: «Miémbresevos cuantas aventuras á quien yo he dado cima han publicado lo que merezco por mártir de amor, y, así, como á maestro de tal menester, me habiais de pedir consejo y ayuda.» Era, en fin, muy bien hablado y muy deferente para todos, mostrando en esto «sotil ingenio que muy pocas veces con la gran valentía se concuerda» (como dice el libro de *Amadis*), y de esto ofreció una bellísima muestra cuando, volviendo del cautiverio de Satalia, hubo de contestar á conceptos opuestos que le dijeron el emperador y la emperatriz: el primero le dijo: «He seido aquel que de vuestros fechos menos cuidado habia», á lo cual contestó: «A ese pequeño cuidado debo mas que

al mas grande que por mí otros han tenido, pues confiabades de mí que donde quiera que yo me fallase me sabria valer;» la segunda le dijo: «Poco debedes á la princesa mi fija, pues casi tuvo perdida la esperanza de veros,» y él replicó: «Por esa desconfianza que la princesa tuvo de mí le debo y amo mas que fasta aquí, pues que tuvo por cierto que yo habia dejado en ella la parte que me habia de dar esfuerzo y valor en todas las cosas.»

En los demás caractéres hay mucha variedad, mucha fuerza de colorido y á veces un idealismo que enamora. Aquel Casilano, de todo en todo consagrado á la sola contemplacion y culto de la estátua de su amada á quien habia perdido; aquel Silvan que, condenada su esposa á muerte y defendida en público palenque por el hermano del amante que la traia á aquel estremo, se presenta encubierto como para condenarla y se deja vencer de intento para que se publicase con su derrota la inocencia de su infiel consorte; aquel Claromarte que rasga despiadadamente sus heridas (1) para prolongar por mas tiempo los cuidados de Granabela por quien habia combatido y á quien habia salvado de la tiranía de Polion; y aquella Abrasanda que todo lo habia perdido por el ingrato duque de Corinto y ahora demandaba á los pasajeros limosna de dolor, son tipos de primer órden que no se cansa uno de admirar.

Por lo desenfadados, aunque á veces nada morales, pudieran citarse el de Astrafelis, locamente enamorada de Clarisel; el de Origenia, neciamente orgullosa y esperando en las florestas que viniera Apolo á darle la mano de esposo; el de Selvagia, que mira impasible la muerte de siete caballeros por competencias de su amor y se entrega contenta á un libertino; el de Flamasinda, princesa de Escocia, que, desdeñando á todos, se enamora de un pas-

(1) Salta al punto el recuerdo de *Antony*, drama de Dumas, pero con toda la diferencia que hay entre el más noble y puro de los amores y la más soberbia é indómita de las pasiones.

tor para sentir sus inmutables desvíos hasta que consigue borrarle de su memoria gustando el fruto olvidador; el de Belamir, voluble con las mujeres, pero lleno de gracia y amabilidad y sin la jactancia infame ni la enfática perversion y aun impiedad de D. Juan Tenorio; y el profundamente cómico de Prestancio que, aunque tiene muy poco juego y muere sin necesidad, es delicioso cuando recuerda sus mocedades poco afortunadas, y cuando anima, proteje y hasta comparte mentalmente los goces impuros de los jóvenes, á quienes busca, hospeda, agasaja y da consejos ó reprensiones en sus aventuras libertinas.

Tienen tambien mucho gracejo Charlantes el sin puridad, que no podia humanamente guardar un secreto de mujer (1), y solo una vez intentó conservarlo, precisamente cuando era una aventura general de él y sus amigos con una multitud de mujeres abandonadas; Gayo César, cortesano hazañero y no hazañoso, que se prestaba á toda aventura sin peligro, esquivaba las que lo tenian, se desahogaba gentilmente en los rendidos y se creia capaz de todo, de manera que cuando Clarisel acometió á los leones de palacio y el emperador deseaba castigar aquella demasía, él se ocultó unos dias por temor de que le atribuyesen aquella temeridad; Saturna que, como vieja, fea y sin gracia, era el Argos de todos los amantes y turbaba la felicidad general en palacio con sus censuras, sus interposiciones y sus chismes; y Membrudin, enano atrevido que osó poner su amor en la princesa Felisalva y fué encerrado en una jaula para diversion de palaciegos.

No mencionamos los tipos graves que comparten con Clarisel la palma de la valentía, porque son menos originales y atractivos, siendo como es vulgar el valor en los caballeros de estas obras; y tampoco los de las estrañas mujeres que en este libro aparecen,

(1) Por eso decia Belamir con mucha gracia que él se llevaria á sus empresas á Flamiron (severamente casto) para que le proporcionase aventuras amorosas y á Charlantes para que se las callara.

porque [illegible] .antásticos que de reales y ya están indicados en el argumento de la novela, siendo fácil pero poco útil al lector el desenvolverlos. Pasamos, pues, aunque para abandonarlo en breve, á otro punto importante cual es el de las *costumbres*.

Entiéndase que estas costumbres no son las de los tiempos remotos en que podemos suponer que se desarrolla la accion, lo cual tendria mucho de interesante; pero este cuidado nunca se tuvo por los poetas, ni aun en el teatro (en que la verosimilitud material entra por mucho) como lo prueban Lope y sus imitadores, y Corneille y los suyos. Las costumbres de Oriente y Occidente que en *Clarisel* se describan ó que de *Clarisel* resulten serán las de los tiempos de Urrea., las de los pueblos latinos, las de España é Italia. Y eso que la novela recorre toda la Europa y algo mas, y que apenas menciona á España para nada; pues el mismo Clarisel es estranjero (1) y de España no asoma sino algun recuerdo, como para decir que la emperatriz era española, que en Satalia se escaramuzó con varas y escudos á la española, que Belamir y Filorante se convirtieron por virtud de unos joyeles en cantatrices españolas, y que el duque de Durazo era Justiciero mayor en Constantinopla, cuyo cargo puede ser alusion á la gran Magistratura aragonesa.

Hemos dicho que vamos á ser parcos en esta materia; pues aunque el estudio de las costumbres es en historia y literatura el mas interesante, ni este es el lugar propio para hacer de ellas un análisis minucioso que dilataria con esceso nuestra ya dilatada Noticia, ni el siglo XVI necesita para ser muy conocido en este

(1) Nació en la *Selva peligrosa* que ignoramos dónde estaba situada, aunque puede ser que lo estuviese en partes de Holanda ó Frisa que parece eran tierras de su padre Argesilao. Este orígen, digámoslo así, aleman, y las famosas hazañas y gran nombre de Clarisel en Alemania, ¿reconocerán por causa la tradicion de que el caballero que San Jorge trajo de Tierra Santa á la batalla de Alcoraz era aleman y el tronco de los Urreas?

punto de nuevas investigaciones, ni en una obra por su mayor parte fantástica y ajustada á formas é ideas preestablecidas se puede encontrar sino algun pormenor que aprovechar.

En lotocante á religion, ó religiosidad, era esta la mas ardiente, y con frecuencia se hacen alardes de ella en el curso del libro. Ya se ha dicho que D. Clarisel oraba y daba gracias á Dios despues de sus victorias; en muchas partes se cuenta que antes de cualquiera espedicion, aunque fuera simplemente venatoria, la corte oia misa con gran recojimiento; era tambien la primera diligencia en los países conquistados reducirlos á la religion cristiana y proveerlos de pastores; marchaba el emperador al templo á dar gracias por el buen parto de su hija aun antes de entrar á verla: vestíase de escarlata á los pobres en celebridad de una victoria, y dábanse tesoros á las iglesias y casas de religion. Pero otras veces no impedia la diferencia de ella el que se concertasen é hiciesen enlaces fundados en el amor; predominaba la galantería á la intransigencia religiosa respecto de los enemigos; confundíase el culto del amor con el de la religion, como se ve en Clarisel que, venido á punto de muerte, y como el confesor quisiera reducirle á olvidar sus amoríos y pensar solo en Dios, contestó que no cuidaba ofenderle por amar la cosa que Él mas bella fizo; habia, en fin, la idea de que la religion no debia imponerse sino insinuarse y explicarse, como lo prueba elocuentemente la leccion que un niño da á un emperador, pues cuando Gelismundo, despues de festejar y prohijar al *doncel de los fuegos*, le escita á que reciba el bautismo, él le contesta «dejadme entrar en edad y conocimiento para poder mejor entender mi verdadero camino.»

El carácter cristiano de la obra tambien se revela en otras proposiciones morales que, aunque no estrañas del todo al paganismo, recibieron fórmula y fuerza de la religion de Jesucristo. Aquel pensamiento de que «á las veces los flacos suelen vencer á los fuertes cuando los fuertes mantienen querella contra de-

recho; » aquel otro de que «poco vale el poderío de los soberbios tiranos que, no mirando la justicia del cielo, tienen confianza en sus fuerzas y haberes; » el de «donde cortesía se falla, esfuerzo y valor no falta, » y otros de este corte nos parece que corroboran nuestro aserto, y en apoyo de él vienen igualmente la abnegacion y el espiritualismo con que el amor es entendido. Vayan algunos ejemplos de esta metafísica: ¿ «No es mejor sentir ese tormento y ser al fin curado por la mano que fizo la llaga, que no vivir libre sin haber sentido tal bien que vos le llamais mal?» «Si yo supiese decir mi mal poco me doleria, porque mal que se entiende remedio tiene : este que yo siento no lo entiendo y así es sin remedio;» «el amor que no viene de corazon no verná por razon; » «¿qué fué la causa que cuando fué vuestro caballero no lo amabades y agora que es vuestro esposo moris por él? Porque si le quisiera bien siendo mi caballero le quisiera mal siendo mi marido;» «así aviene *(como á Belamir que, arrojándose al agua en donde se bañaba una mujer, quedó preso en la fuente porque ésta se heló en el acto)* á los que sin freno corren tras el vicioso fuego de amor, que, donde cuidan gozar del deleite, fallan el tormento y castigo de su ceguedad.»

Pero es harto comun en todas las épocas, y lo es aun más en los siglos XVI y XVII, un cierto maridaje de las creencias y prácticas religiosas con las libertades y estravíos morales, principalmente en puntos de amor, maridaje que, sin ser siquiera considerado como hipocresía, ha permitido vivir holgadamente en el seno de las intrigas amatorias y aun de la liviandad, ostentando por otra parte todo lo que la religion tiene de externo. Claro es que esto no lo han hecho las personas verdaderamente honradas, ni lo han consentido nunca los intérpretes de nuestra religion; pero ha sido tan comun, que ha venido á constituir la manera general de ser de algunos períodos sociales, segun lo demuestran todos los pintores de costumbres, esto es, los novelistas, los autores

dramáticos, los satíricos, y aun los poetas de carácter épico, didáctico y lírico, como el Dante y el Petrarca, el arcipreste de Hita y el canciller Ayala y los muchos que aquí es fuerza omitir en gracia de la brevedad. Por muy circunspecto y grave que fuese, como lo fué en realidad el capitan Urrea, no podia prescindir de dar al libro de caballerías lo que era suyo y de pintar á la sociedad cual la encontraba. Y si á esto se añade el haber vivido y gobernado en Italia, en dónde muchas razones conspiran para que haya existido una amenísima literatura que principia en Bocaccio para acabar en Casti, y que ha tenido por colaboradores á Ariosto (¿quién no recuerda el final de su sátira VI?), al Aretino, Maquiavelo, Bandello, Parabosco, Erizzo, Grazzini, Saccheti, Giraldi, Firenzuola y tantos otros (1), comprenderemos perfectamente el giro demasiado libre de ciertas aventuras, y el lenguaje, digámoslo así desengañado, que se advierte tratándose de la mujer.

Vamos á presentar tres citas. La primera es en el terreno del amor y (téngase en cuenta) en boca de Clarisel: «Agora conozco que sabe poco el caballero que afincadamente vos ama, pues no es amor vuestra aficion ni va por razon regida; de hoy mas, quiero procurar de no amar.» La segunda es en el de la posesion inde-

(1) La literatura francesa tiene tambien muy clásicas obras de este género, entre las cuales brillan (sin contar los poetas ligeros Grécourt, Parny, Boufflers, Piron y otros) los *Cuentos de Luis XI (Les cent Nòvelles nouvelles)*, el *Heptameron* (obra póstuma de la honrada princesa Margarita), los *Cuentos* de Lafontaine, y *les Contes drolatiques* de Balzac, obra encantadora (dado su género), no solo por su gracia y profunda intencion, sino por su lenguaje anticuado y por los grabados caricaturescos de Gustavo Doré que son un tesoro de invencion. En España no ha existido esta literatura aunque abundan pasajes aislados de esa malicia y desvergüenza: por ejemplo, en el arcipreste de Hita *(Enxiemplo* de un pintor de Bretaña), en el Romancero (números 1643, 1728 y 1743 de Duran), en el *Amigo* de Malara (primero de sus *Cuentos)*, en Antonio Mendoza (contra *clérigos)*, en Trillo (letrilla *la Toquera* y otras), en Polo de Medina (parodias mitológicas), en Cetina (la *pulga*, la *cola)* y en muchos epigramatistas.

terminada: «Estoy desengañado de ellas que por demas es el guardallas, que aunque las metades en una caja, allí vos engañaran; por nacer está el que bien guardar os sepa.» La tercera es en pleno matrimonio: «Púsose luego á cuidar el remedio y falló no haber en esta vida seguridad alguna para dueña cuando ella se determina á no ser leal, y parecióle ser el mejor medio á cosa sin remedio facer gran caudal de su buen seso y confianza de su bondad.» Tenemos, pues, desarmado al hombre cuando aspira á la mujer, cuando tiene á la mujer y cuando responde de la mujer: verdad es que él á su turno se desquita, soltero ó casado, de estas tiranías, si hay desquite equivalente ni posible contra las infidelidades mujeriles.

Ya se ha dicho que Clarisel, no solo tuvo sus deslices aunque involuntarios con Astrafelis, sino que perdió todo su espiritualismo y su respeto á Felisalva en la morada de Enone, por supuesto muy á gusto de la princesa. Todos los demás personajes hacen lo propio cuando pueden, si no es alguno en quien es excentricidad la continencia; pero entre las aventuras las hay verdaderamente italianas por su feliz intriga y refinamiento lascivo (aunque siempre sin palabrotas mal sonantes) y las hay hasta romanas por su bestialidad (1). Entre estas últimas contamos las que suceden con las desvergonzadas damas de la ciudad de *Arbolanda;* las de la *Ínsula deleitosa* en que hay comunidad de mujeres desde que tienen doce años los hombres; las de los reinos gobernados por Coronea y Verecundia, en que las hembras cobran el barato; y aun la noche toledana que pasan Felisalva, Leoniselda y Saturna el dia de

(1) Al decir romanas, entendemos decir latinas ó de la antigüedad, las cuales no pueden pasar á nuestras literaturas porque pintan costumbres que no han pasado ni podido pasar á ningun pueblo: tal cual vez se halla, sin embargo, en aquellos libros algun cuento verde que ha podido aprovechar el *cándido* Lafontaine, por ejemplo, el del *tonel*. ¿Quién habia de figurarse encontrarlo en el *Asno* de Apuleyo?

sus bodas, sobre todo esta última que aporrea de lo lindo á su Gayo César por culpas que no eran suyas sino de un anillo que tenia efectos de alcanfor, culpas que no pueden esplicarse sin apelar á circunloquios. Entre las otras son mas atractivas, y no sabemos si decir que por lo mismo mas peligrosas, la industria de Flaminia para dejar contento á su esposo; la burla demasiado pesada que da Artensia á su celoso marido; la trocatinta de amantes de que reulta la union de Artelinda con Flordanis y Felisa con Caraman el gobo; la disculpable superchería de Belamir con Origenia y Celinarda para ganarles el corazon por unos dias; las metamórfosis del mismo para aproximarse con buen derecho á Liriope duquesa de Selesia; los amores de este insaciable amante universal con Aurora y Fenicia, mientras pretendia á Alejandra princesa de Satalia y aun casaba con ella, no obstante estar casado en toda regla con su amadísima Altinea.

Algunas otras observaciones se desprenden de la novela de *Clarisel*, que, como cabos sueltos y por lo que puedan servir para apreciar el grado de aquella civilizacion, vamos á agrupar en poco espacio.—Como prueba de lo populares que eran entonces las diversiones teatrales, en la ciudad de Arbolanda las damas hacian comedias en la plaza mayor; lo propio se hizo en las de Constantinopla para celebrar las victorias de Holanda y Frisa; y, lo que es mas raro, tambien se construian teatros en el real del emperador Otolin cerca de Trapisonda, con una aficion verdaderamente napoleónica.—De la inclinacion á la poesía lírica son prueba las canciones que hay en boca de muchos personajes, y las toscanas de aventuras que cantaba Flordanis por los caminos, como aquel don Pedro de Guzman, camarada de Urrea en la campaña de 1543, á quien llamaban D. Pedro de Noche «por las canciones que componia y solia cantar en tinieblas dulcemente,» segun dice Sandoval (XXV 45).—Como indicacion de las máquinas de guerra que entonces se usaban, puede notarse que hasta en los escudos y se-

breseñales del vestido se imaginaban tiros de pólvora, y que en lo demas se usaban fuegos artificiales, minas cargadas, aceite y pez ardiendo, ingenios que lanzaban dardos y piezas de hierro, pelotas de acero y trozos de cadenas, cantería, flechas y saetas, cavas erizadas de abrojos y puas de hierro.—En cuanto á instrumentos de música, tambien se citan los muchos que por lo visto se usaban entonces, como cornetas, clarines, trompas, fiautas, dulzainas, pífanos, añafiles, laúdes, vihuelas de arco y de mano, rabeles, espinetas, clavicordios, baldosas, tímpanos, salterios, clavi-órganos, sordelinas, ministriles altos, tiorbas, arpas, atabales y atabaletes alemanes con gaitillas.—Hay otras muchas indicaciones acerca de trajes, combates y fiestas, así como de las ideas que acerca de ciertos objetos se tenian, como, por ejemplo, del perro á quien allí se califica como el mas ingrato de los animales, lo cual nos hace recordar que Scarron lo nombra como el tipo de los envidiosos.

Pero es ya ocasion de cerrar esta parte de nuestro trabajo; pues aunque se habrá observado que nada hemos dicho (si no es en cuanto á la moralidad) acerca de los defectos que hallamos en la obra, ha sido en primer lugar porque, perteneciendo *Clarisel* á un género muerto, no hay necesidad de señalar el camino para libros de esta clase, y en segundo, porque los defectos que hubiéramos notado son los inherentes á esta especie de novela, defectos que hasta cierto punto la constituyen, defectos *sine quibus non*. Monotonía, multiplicacion de batallas y duelos, exageracion de caractéres, servilismo de imitacion, afectacion arcáica, extravagancias de la mágia: hé ahí defectos que tiene este libro y tienen todos. Pero ¿qué estrañeza pueden causar, por ejemplo, el mar que se entra en Costantinopla y su palacio para que Filena llegue embarcada hasta el mismo salon de las maravillas, el rayo que aniquila á la familia de Argesilao la cual vuelve sin embargo á aparecer, la torre que navega por mar y luego corre por tierra,

los hombres que se desemejan en mujeres y las magas Filena y Prenestina que se combaten en forma de sierpes; cuando en el *Orlando* estamos clásicamente acostumbrados á cosas como subir Astolfo al cerco de la luna y recibir de San Juan el seso de Roldan guardado en una ampolleta, prender los vientos en un odre, convertir las piedras del Atlante en caballos y las hojas de árboles en naves, transformarse uno en arrayan y contar este arbusto su historia? Respetemos, pues, las condiciones de cada género; porque, en resúmen, nunca el buen juicio de los críticos ha inventado nada, y muchas veces estos locos de artistas han producido obras sublimes.

IX.

ESTILO Y LENGUAJE DE CLARISEL.

Despues de un estracto tan minucioso y completo como el que se ha presentado, y del juicio que sobre su contenido y sobre su mérito en general hemos expuesto, no parece que resta para el cabal conocimiento de este libro, sino ofrecer de él tales muestras de su desempeño puramente literario, que den la medida del escritor, como el argumento la ha dado del novelista: de esta manera podrá apreciarse todo el valor de la obra, pues se habrá conocido su invencion, su traza y su intriga, así como su narracion, su estilo y su lenguaje. Todo esto es conducente en una obra del todo ignorada, que ni ha visto la luz pública, ni es probable que la vea, ni quizá haya de ser conocida en mucho tiempo sino por este humilde opúsculo.

La obra en general marcha con cierta uniformidad de estilo y de lenguaje, con frases casi idénticas para espresar pensamientos parecidos ó iguales, con cierta sobrada concision para enarrar algunos hechos, y con cierta minuciosidad que no displace para dar cuenta de otros. Asoma á veces una feliz ironía, una gracia ino-

cente para pintar ciertos caractéres ó situaciones de los que se ha convenido en llamar cómicos: resalta otras, aunque pocas, alguna pincelada moral que denuncia en el autor al hombre de mundo y al caballero honrado. No se advierte violencia alguna en el estilo, y se admira la propiedad estraordinaria de lenguaje. Se ve muy patente, cualquiera que sea el cansancio que por otras causas engendre á ratos la lectura de una obra de esta naturaleza, que quien la ha escrito conoce profundamente, no solo las condiciones propias de su asunto, sino todos los mas íntimos secretos del habla castellana.

Por todo el libro vaga un cierto ambiente de locucion anticuada, cual parecia convenir á las novelas de caballerías, y como el que rodea, no precisamente al libro, sino al personaje de *don Quijote,* cuando Cervantes le hace hablar desde lo alto de sus desvaríos caballerescos. Algunas frases, que aquí continuaremos, indicarán el grado, punto ó dósis de este género de afectacion, no impropia á la verdad ni de estos libros ni de aquellos tiempos (1).

Pareciéndome una de las *fermosas* del mundo aunque la ví *lueñe* por estar ella en unas altas *finiestras.*—El mas *ledo* y con-

(1) Pudieran anotarse tambien como arcaismos ciertos *plebeyismos* que asoman muy de tarde en tarde en este libro; pero entendemos no pertenecer al autor sino al copiante (pues creemos no ser autógrafo, á pesar de sus enmiendas, el ejemplar que se conserva) y repetimos que aquellos son en muy corto número: apenas hemos hallado sino las palabras *dispusicion, arrodear, trebajar, desaminar, faiciones* y alguna otra. En cuanto á *aragonesismos,* son aun menos, y estos dudosos y probablemente ajenos al autor, que era un gran hablista y tenia mucho mas de espanol que de aragonés: citaremos, y aun no todos legítimos, los que pueden pasar como tales, y no hemos hallado más que estos cuatro que siguen: «Oyendo la gran vuelta que en la *zaguera* andaba;» «Dios sabe cuanto *me pena* de vos dejar;» «se levantaron sin daño alguno ni *cansacio;*» le habia inviado una famosa *trena* (en otros pasajes *trenza*) de sus cabellos,» palabra que por otra parte vemos usada en el *Amadis* (lib. I cap. 5) en aquel pasaje «e traia una lanza con una *trena* entrenzada en el asta.»

tento del mundo por haber *folgado* tan sin afan.—La ropa de oro *luenga*... cuidando *le* despachar *cedo*... mas como el Indiano se *fallaba* sin armas y era el mas suelto y *ardid* caballero que en muchos tiempos antes ni despues *hobo*.—*Tremiandole* los miembros.—Sin *saludallas* ni *catalles* mesura le *firió* con el cuento de la lanza.—*Me* librad de ese malo que con gran *aleve* me ha traido á tal deshonor, donde fuera *escarnida* si vos á tan buen tiempo no *hubierades* venido.—Todos sabian ser *ademas* apuesto.—En una parte que mas aparejada falló para *nocer* los enemigos (*nucir* dice Ordoñez de Montalvo en Amadis de Gaula lib. IV cap. 47).—Sin osársele ninguno *acostar*.—Despues que fué dado *sacomano* al real.—Los dos que *ademas* sañudos y *corajosos* andaban.—*A duro* lo fallaré vivo.—Fue muy *pesante* de oir que el caballero *era* en tanto afan.—*Arredráronse* todos metiéndose en las finiestras.—Estando *en peso* la victoria *gran pieza*.—Con los prometimientos que le ficieron de tornar lo mas *cedo* que pudiesen, se *conhortó* de manera que pudo *comportar* verlos partir.—Confiemos en aquel alto Señor que de otras tan grandes *priesas* nos ha librado.—No se pierda en tan *fortunoso* tiempo.—La mas dulce vida que en su vida pasaron, *especial* aquellos que tenian *agenados* sus corazones.—Le firió tan gravemente con la *manzana* del cuchillo.—Que, pues he venido á su *llamado*, puede conocer.—Las narices y lábios hinchados de los *puños* que le dió, etc.

Pasando ahora á exponer mas ámpliamente las buenas dotes del autor como descriptivo y buen hablista, copiaremos algunos trozos que nos le hagan conocer bajo estos aspectos y que den hasta cierto punto la medida del libro como obra escrita.

Véase cómo describe uno de los momentos de un asalto: «Cosa horrenda era ver el humo de las minas, el polvo de los muros que caian, los cercos de fuego que sobre las cabezas á los moros lanzaban, el olio y rasina ardiendo, la lluvia de la cantería, flechas y saetas; quedando en un punto las cavas llenas de muer-

tos. Eran tantos los alaridos y gemidos tristes de aquellos que miserablemente del fuego perecian y de los que de las llagas se dolian, el restreñir de espadas, los golpes de las piedras, que parecia hundirse el mundo y volcarse de alto abajo. (Cap. III).» Léase ahora la acabada prosopografía de Verecundia, á la cual no contraponemos la de Helénida por estar demasiado al desnudo y ser en cierto modo repugnante (1): «Era de color algo vaca; los ojos grandes, negros y graves; las cejas negras, enarcadas con grande compás; la frente lisa y espaciosa; la nariz afilada y de gran proporcion; la boca algo pequeña; los lábios en estremo colorados; los dientes menudos, blanquísimos y puestos á la igual; la barba no muy redonda con un pequeño ojo en ella; la cara de maravilloso torno y color; la garganta seguida, lisa, redonda y bien sacada; los cabellos castaños, resplandecientes y en trenzas rodeadas á la cabeza; los pechos relevados y apartadas las tetas pareciendo que se miraban la una á la otra; los brazos largos y las manos ansimismo blancas y de gentil aire; el cuerpo luengo; las espaldas anchas y derechas; y ella toda tan membruda, que no habia allí caballero que le non sobrase cuatro dedos: tenia vestidas unas ropas de caballero al traje de Capadocia, que casi era como el griego. (Cap. LV).» Acerca de los galanes bien parecidos pero destituidos de otras dotes, dice con mucha discrecion: «¿Qué deleites fallareis en caballeros, como decis, mozos, fermosos y apuestos, si estos tales por la mayor parte tienen mil defectos? Unos veredes frios, encojidos y de poco, otros mal razonados y desabridos, y otros que son confiados de su mocedad y gentileza, que ni aman ni precian á cuantas dueñas ni doncellas Dios ha fecho, pareciéndoles que somos obligadas á morir de amor por

(1) Los escritores del siglo de oro no eran tan atildados como nosotros en la exposicion de ciertas torpezas: una pintura bastante análoga á la que nosotros omitimos es la de la bruja Cañizares en el importante *Coloquio* perruno del limpísimo Cervantes.

su gentileza; y si por acaso, que no puede ser, aman alguna de vos, luego desean otra y otras y dejan la que tienen escarnida y burlada. Así que, si queredes gozar de buen amor, firme y verdadero, no os aficioneis de lo que los ojos se contentan, sino de lo que el corazon aprueba, que es, buen trato en el caballero, sea mozo, anciano, feo ó mal dispuesto; que le conozcais verdad en sus promesas, ánimo en sus fechos y donaire en sus razones. De estas tres cosas, amiga, me forma y compone un hombre, y no me lo fagais de pincel, por las causas que vos he dicho, y veredes cuán contenta con él viviredes; que aquel caballero, si parece fermoso, no sabemos si merece ser amado. (Cap. LXIV).» Ahí va, á vuela pluma, un combate desatinado: «Viérades combatir dos contra uno y aquellos dos dejar de ferillo y ferirse ellos mismos, y desta manera andaban, ora firiendo el uno al otro, ora estos dos á los otros, ora el uno á tres, ora uno por uno, mudándose de esta manera, de arte que cada cual de ellos combatia con todos.»—Es tambien muy bello, y pinta á un tiempo el alma y la persona, el siguiente garboso retrato: «Era un caballero de gran linaje, asaz esforzado y acometedor de grandes fechos y empresas, y hombre de grande entender: muy donairoso y liberal, libre en su vida y de gran valor en todas sus cosas y sabidor en razonar con doncellas: desapasionado y hereje de amor, y con toda la dureza de su corazon, se preciaba mucho de les facer servicios mas libremente sin vencerle fermosura ni arte alguna: era el caballero que mejor acertó á las entender y saberse valer de ellas, y así era de todas muy preciado y tenido. Tras todo esto le quiso señalar naturaleza en el cuerpo, como lo señaló en el ánimo, de estremado; porque le fizo además corto de persona y asaz largo de piernas en demasía delgadas, corto de pescuezo, cabezudo y corcobado: llamábanle Caraman el gobo. (Cap. LXXVII).»

En muy pocas pinceladas, á veces en un solo rasgo, espresa con el mayor vigor posible un pensamiento. Véanse sinó estos:

Buen amigo, dame las nuevas que de mi señora traes y darte he albricias conformes á lo que me dirás; que si malas nuevas son, en albricias daré mi vida, y si buenas, mis afanes y cuitas.—Y si he podido sufrir tan dura pena, ha sido por ver que la no podia sufrir, por lo que estaba cercano á la muerte.—No sabia el penado amador ál facer que besallas *(las manos)* con boca y ojos infinitas veces, bañándolas de lágrimas.—Y si mi postrera voluntad saber quereis, yo vos digo que es esta: ó yo tengo de razonar con él, ó yo con mis manos me saçaré el corazon y se lo enviaré: de estas dos cosas he de facer una; ora vos, que sois tan sabidora y me bien amais, decidme la que he de tomar.—Ora conozco que mi señor es enfermo de su seso, pues todo esto *(los favores de una dama)* no es parte para se lo quitar, que yo, oyendo las razones de esta doncella, y viendo el amor que por él muestra, estoy para no saber de mí.—Desmallaron sus lorigas, rajaron sus escudos, llagaron en muchos lugares sus personas, rompieron las espadas y vinieron á los brazos, dándose grandes caidas volcándose por el campo.—Metió los dedos cruda y despiadosamente por las llagas de su cabeza y hombro, tornando á romper aquella nueva carne que casi soldada y guarida era, recreciéndole á deshora tan violento y abundante flujo de sangre por ellas, que viéndose desangrar y desfallecer, llamó apresuradamente los escuderos y donceles.

A este tenor pudiera ampliarse mucho la exposicion de las bellezas de colorido en que abunda *D. Clarisel de las Flores;* mas, por no prolongar en demasía este trabajo, y porque nos llaman otros primores de no menor estima, pasaremos á trasladar algunas locuciones que revelan al escritor correcto y al hablista consumado.—Sin que caballero *le durase* en el campo.—*A mi cuidar,* estos caballeros deben de traer aquellas doncellas á mal de su grado segun ellas el duelo van faciendo.—Mas no le *prestaron* sus ruegos.—Rehusad *de mi consejo* esa batalla.—Le puso

un *virtuoso* anillo con que le tuvo la sangre.—No se han de sufrir soberbias *en parte vil y de poco*.—Y saquedes en vuestros yelmos estas penas *(plumas)* en señal de *las* que ellas *(las doncellas)* en sus corazones tienen.—Doncellas ricamente adornadas y todas *en cabello,* tañendo muchos instrumentos y cantando *cantares de alegría y tálamo*.—Dí á aquel sandio que se ponga cedo *en derecho de mí* para justar; sinó, que romperé en las andas (que defiende).—Habian llegado con la *golosina* del ferir fasta cerca de los montecillos, y si los *tomaran derramados*, no volviera hombre de ellos al real.—Que tan mal ganador de corazones de doncellas soy cuanto buen perdedor del mio.—El abadía era tan *viciosa* de edificios (1), huertas, florestas y fuentes con montería y caza de ribera...—En esto ya les habian servido de *otras sendas lanzas* y tornando á correr avínoles lo mismo sin rescibir *desden* alguno.—Miró su lanza y semejóle ser de marfil: no traia hierro alguno sino una aguda punta *de sí misma*.—Amó tanto las sciencias que vino á alcanzar grandes *finezas* en las artes liberales.—Atiende, *captiva cosa,* y llevaras el castigo que tu sandez merece.—Arribando *á diez cuerpos de caballos* de ellos, quedaron todos sin mudar un paso, pareciendo ellos y sus caballos *ser de metal*.—Gran necesidad teníades de alegría y de ver cosas que pongan algun espacio entre vuestro corazon y las graves ansias que le combaten.—Todos me pareceis que sois unos, y D. Clarisel peor que todos, y vos peor que él, pues defendeis su mal propósito.—Mas la Fortuna, que á veces se cansa de tener su *torno* quedo, volvió esta vez contra estos dos famosos reyes metiéndolos *en lo mas bajo de él* (2).—Maldita sea mi fermosura, *si alguna como dicen*

---

(1) En *Amadis de Gaula* « así pasaron aquella noche *muy viciosos* de todo lo que menester hubieron. (Lib. II cap. 20).»

(2) Un torno con su manubrio, que empuña la Fortuna en traje talar, sustituye á la personificacion ordinaria de esta en algunos antiguos grabados, como el que sirve de portada al libro de Bocaccio titulado *Caida de*

tengo, pues me fué dada para casos feos y mal andantes.—Siendo vuestro cativo, alta y fermosa reina, me tenia yo por gran rey y el más bien andante de todos los que mas lo son; y ora que soy rey, me tengo por cativo y puesto en cadenas, donde siempre viviré en vuestro servicio.—Porque entraba el invierno y aquellos montes eran en tal tiempo *intratables.*—Y todos aun tiempo, *sin salir una cabeza de caballo de otra,* parejamente vinieron corriendo con tal estruendo, que en la mar y monte resonaban fuertes tronidos.—Y era tan fea, y *sabiase poner tan mal* los tocados y ropas, que cuanto más bien se guarnía mas *desemejada* se mostraba.—Y tal fama *(de galanteador)* que debió ganar ese bonico rey nunca tal mi marido tenga; que más le quiero *inútil que tan facedor.*

Hemos preferido agrupar los anteriores y los otros textos, y no alternarlos con encarecimientos ó comentarios, porque nos ha parecido que tenian por sí propios bastante interés, tanto por su natural belleza, cuanto por pertenecer á un libro inédito. Por eso hemos interrumpido hasta cierto punto la forma literaria de este trabajo, ganosos principalmente de dar resalte á la obra de Urrea, ante el cual nos eclipsamos voluntariamente como es justo. Todavía nos falta, aun despues de las muestras que de su estilo y lenguaje hemos producido, si bien suficientes á darle á conocer, señalar otras que, como mas atrevidas, hemos reservado para el fin. Son á la verdad ménos en número, tal vez menos sobresalientes de hermosura, pero indudablemente mas curiosas, por lo mismo que ofrecen mayor novedad ó son mas inusitadas. Alguna importancia, que tal vez no tiene, adquiriria entonces este modesto *Estudio,* si la Academia en su sabiduría y su prudencia creyese fundada la admision de tal cual voz ó frase de las que va-

---

Príncipes, que fué romanzado en 1422 é impreso en Toledo 1511: hay en los cuatro puntos cardinales del torno otros tantos reyes con las respectivas inscripciones *reinaré, reino, reiné, sin reino.*

mos á citar, que en general no se han abierto paso hasta su acreditado *Diccionario,* en donde, aunque ocupasen la rica seccion de anticuadas, serian como estas de gran provecho á los escritores modernos que saben inspirarse en la rica y no superada antigüedad.

Metióse por entre los árboles *al tino* de los suspiros.—Mandó Bronzal traer dos fuertes lanzas de una grande *hastería* que tenia junto al tendejon.—Todas maldecian la fuente *desemejadora* que en tan anciana forma le habia tornado.—Y al otro fizo ir á tierra, muerto de una *punta de espada* que le dió por bajo del brazo diestro.—Todas *á un trecho de arco* de la casa habian de sus palafrenes descendido.—Mandando quedar la princesa á Polinice de *sanario* (médico).—Los *sonadores* comenzaron dos ó tres veces á tañer los instrumentos.—De mal entendida os viene ser *desacatada* ante mí.—Salió muy paso por una escala de *husillo* que en su recámara habia y subia á la de la princesa.—Venia con una faldilla de ceutí encarnado con labores de plata, y de la cinta arriba una camisa labrada á la guisa de Bretaña.—Sacó un cofrecillo de plata de la *manga* (aquí *bolsillo)* de su brial.—Viérades por las altas torres y almenas sonar infinitos clarines y trompas, tímpanos y atambores con otros infinitos y acordados *menestriles.*—Habia á una parte de esta cámara una *catarata (trampilla)* por donde un hombre entrar podia.—Y *calando* la puente (en el castillo) abrieron las puertas.—Facer extrañas *lejías* para sus rubios cabellos.—Andaban *herbolados* (influidos por una yerba que hacía amar) y de amor vencidos.—No tendria despues el gran Otolin por donde *vituallar* sus huestes.—Saliendo del puerto rotas las *juncadas* de las velas, las entregaron al viento, que de tierra aquel punto era (1).—Otros cojian flores

(1) En otra parte « salieron del puerto con una pequeña vela, y, rotas las *juncadas*, desplegadas las velas, se metieron *por alta mar.* »

del prado y *se guirnaldaban de* ellas.—Deseaba que viniese cedo la mañana por se fallar en el tirar lanzas, que uno de los mejores *braceros* era del mundo y que con mas viva fuerza lanzase una lanza... todas las gentes tenian gran deseo de ver á Deleitoso *bracear*.—Como tuvieron por sus *adalides* (exploradores) nuevas de su vénida... enviando delante cincuenta *adalides* para que tornasen con la nueva de dónde y cómo venian (los enemigos).—Cantando canciones y *mincas (sic)* de gran alegría.—Vieron en la una parte del gran corral una *esbarra* (en que se justó)... quitada prestamente la *esbarra*, puestos los unos á la una parte del patin y los otros á la otra, etc.—El fermoso templo con grandes truenos cayó, abriéndose la tierra donde él era, cerrándolo dentro de sí con fiero estampido, tornándose la *varazine (sic)* á cerrar como antes era, prado fermoso.—Le alcanzó en el fino yelmo y cortóle fasta el *almovar*.—Y se le quitó el dolor de las llagas y *magulaciones*.—Cuando el sol dejaba aquellas mares y alumbraba las *océanas*.—Y fallóla con las *bascas* del parto.—Vieron al fin de las pinturas que antes eran, *secutivamente* otras frescas nunca vistas.—Y diciendo esto, con falso *sonsonete* (zalamería etc.) venia á le abrazar (1).

---

(1) De otras obras de Urrea acaso fuera posible entresacar tal cual locucion no definida por la Academia. Nosotros hemos notado en el *Diálogo de la verdadera honra militar* estas pocas: «Fabricio le tiró una estocada, y, dándole en el peto, resbaló la espada de él y metió la punta por entre *laona* y *laona* de la escarcela hiriéndole en parte que lo mató.» «¿Qué es menester tantas *retartalillas* sino decir que de cualquiera manera que uno quede obligado á provocar otro á batalla es actor?» «De ahí *traba el arado*, en esto está el daño,» si bien esto equivale á la académica de «No prende de ahí el arado,» que es como se hálla en los Refranes de Hernan Nuñez. Lo que no se halla canonizado por la Academia, sin duda por ser una especie de galicismo (pues *rebuter* es desechar y despreciar), es la diferencia que Urrea establece entre las dos palabras técnicas *rebutar* y *rehusar* con relacion al duelo, aludiendo la primera á personas infames ó despreciables y la segunda á personas esceptuadas, como religiosos, letrados ó mujeres.

X.

CONCLUSION.

Probablemente se nos tome á mal el haber concedido desmesurada importancia á un autor que, fuera de su *Diálogo*, figura muy en segundo término, y que, como poeta, solo ha obtenido por gracia el silencio de los panegiristas generales de nuestro Parnaso, y por justicia la censura harto acerba de algunos de sus contemporáneos (1); y es tambien muy verosímil que este trabajo,

---

(1) Hernando de Acuña, traductor como Urrea del *Caballero determinado,* (en imitacion del cual escribió otro, pero á lo divino, el poeta Micer Andrés Rey de Artieda), impugnó á nuestro ingenio en una oda paródica dirijida *A un buen caballero y mal poeta* y titulada *La lira de Garcilaso contrahecha,* en la cual, casi por los mismos consonantes, remeda la oda V del ingenio toledano, y de la cual, aunque muy conocida, copiamos estos tres fragmentos:

Y el fiero Marte airado
Mirándoos se ha reido
De veros tras Apolo andar perdido.
. . . . . .
Por vuestra cruda mano
Aquesta triste traduccion furiosa
No tiene hueso sano.
. . . . . .
Pues ¿qué podrá decirse
De quien de versos llenos de aspereza
No quiere arrepentirse,
Y para tal dureza
Anda sacando fuerzas de flaqueza?

Pero en cambio, otro poeta más ilustre que Acuña, el célebre ingenio sevillano Gutierre de Cetina, apenas conocido sino por un par de hermosos madrigales que publicaron Sedano y Quintana, pero en realidad autor de muchas y muy bellas composiciones que Gallardo disfrutó en un códice incompleto y que hoy son ya en algun modo conocidas, dispensó á su camarada Urrea (camarada, porque los dos sirvieron en Italia bajo los vencedores

sobre ser humilde como nuestro, tenga contra sí la pretenciosidad de su estension. Pero, dejando en paz á Urrea como poeta y como autor de las obras que de él se conocian; notándole de inferior en otras de segundo órden, como la *Arcadia* y el *Victorioso Cárlos,* que entendemos hallarse manuscritas en la Biblioteca nacional, pero que no nos han merecido una estéril investigacion, y fijándonos solo en Clarisel á quien todo aquí se subordina, concluiremos como hemos comenzado.

Diremos, en efecto, en nuestra disculpa, que la aficion laudable con que hoy se miran los estudios de este género; la evidencia á que hemos llegado de que Clarisel contiene pormenores de invencion y sobre todo de lenguaje que esceden á lo mejor del *Amadis* (y no nos remitimos sino á lo ya copiado y estractado); la circunstancia de tratarse de una obra inédita y desconocida que no ha de ver la luz pública, y la casi imposibilidad de exhumar otros, ni mejores ni peores libros de amenidad, en este

---

estandartes del César) cumplidos elogios en que, si la amistad tiene alguna parte, no la tiene menor el mérito de nuestro poeta.

Impreso ya casi todo este opúsculo, ha llegado á nuestras manos el tomo II del *Ensayo de una Biblioteca española* que con tan feliz acierto publican los señores Zarco del Valle y Sancho Rayon, y en él y en el artículo *Cetina* (núm. 1804) no solamente se enumeran las poesías de este autor segun las registró Gallardo, sino que se continúan cuarenta y dos de ellas, cinco de las cuales están dirigidas á Urrea, siendo tres al parecer sonetos y dos indudablemente epístolas en contestacion á una que aquel escribió y que viene copiada á continuacion de las piezas que se trasladan de Cetina. Los versos iniciales de esas cinco obras son:

Ni la africana sierra excelsa y brava....
Ni por mostrarse blanda ni piadosa....
Ni la alta pira que de César cierra....
El duce canto de tu lira, Iberio,....
Dias há que callando he procurado....

Estas dos últimas ya hemos indicado que contestan á una larga epístola en verso en que Urrea habla de los amores de Cetina, pero preludiando con una noticia de los suyos propios; y para que se conozca algo de esta compo-

que fué pero que ha dejado de ser importante centro literario, nos impulsaron á esta ingrata tarea, sin que, despues de llevada á buenos ó malos términos, hayamos encontrado motivos bastantes para retraernós de su publicacion. Hemos tenido todavía otra razon que hasta ahora no hemos dicho, y con la cual terminaremos este trabajo, cansado para nosotros, cansado acaso para nuestros lectores: esa razon es la siguiente. Por mas que en nuestros dias se haya hablado bastante de literatura caballeresca, no se ha descendido en esos juicios, vagos en general, á dar un conocimiento íntimo y práctico de cómo es un libro

---

sicion y de la sensibilidad de nuestro buen capitan, trasladamos los siguientes tercetos:

Cuan alto viene el mal, tanto me duele;
Y todo lo recoje el alma mia,
Que como á casa propia venir suele.
Pero suele venir en compañía
De un cierto imaginar, de una esperanza,
Que engaña su vision la fantasía.

. . . . . .

Temblando me quedé: de fuera el asta,
Dentro del corazon el hierro queda,
Y tal que con la vida el alma gasta.
Y aun pésame en el alma que no pueda
Alargalla á mi mal dulce y süave,
Con quien suele vivir contenta y leda.

. . . . . .

Hállome ansí vencido en esta cama
Ó campo de batalla, y más honrado
Que el mas victorioso y de mas fama.
Y con un pensamiento enamorado
Que destruye mil otros pensamientos,
Estó en mi soledad acompañado.

. . . . . .

Y pues te trata amor tan como amigo,
Siendo de condicion tan inhumana,
Haz que quiera hacer tregua conmigo,
O muestre su valor con mi Diana.

de caballerías; y, no encontrándose ya ejemplares de estos, ni leyéndose los que se encuentran, ni estudiándose los pocos que en nuestros dias se han reimpreso, hemos tenido por útil hacer la anatomía de uno de ellos, por lo demás inédito, para que sin la estension y el consiguiente fastidio de la lectura de estas novelas, en todo parecidas unas á otras, sirviese á muchos esta NOTICIA para conocerlas en general: de esta manera las personas versadas en estas materias conocerán *un libro más*, y las ajenas á ellas conocerán *uno de tantos*.

Concluiremos copiando el soneto de Cetina que se imprime en el *Ensayo*, pues en esa bella obrita se hace un brillante elogio de Urrea y se compendian sus proezas militares en África y Europa.

A D. Jerónimo de Urrea.

Ni la africana sierra excelsa y brava,
Ni las bárbaras armas, crudas, fieras,
Ni tu sangre esparcida en sus riberas
Que el cielo de la honra derramaba;
Ni la furia cruel que trastornaba
Ante tí tantas naves y galeras,
Ni el viento que en el campo las banderas
Del fiero Marte á su pesar postraba;
Ni la gálica espada y torre fuerte,
Ni en Buda el duro asalto y duro hado
Contra del cual no hay fuerza que resista,
Pudieron por mas mal darte la muerte,
Iberino pastor desventurado;
Y agora mueres de una dulce vista.

ÍNDICE.

		Páginas.
I.	Introduccion	3
II.	Biografía de Jerónimo Urrea	7
III.	El Orlando y el Diálogo	32
IV.	Género caballeresco	48
V.	Argumento de D. Clarisel	57
VI.	Lo que falta á D. Clarisel	104
VII.	Versos que contiene Clarisel	111
VIII.	Juicio de Clarisel	118
IX.	Estilo y lenguaje de Clarisel	137
X.	Conclusion	147

532316

Hijo de Enrique I

Con Toda,
que llevó villa
de Urrea.

Florecia ya en 11
Castilla y Aragon 117

El rey le devolvió
Daroca en que se rec

Lució en Mallorca
donaciones de los rey

Se distinguió en co

Leonor Liori
y
lina Centellas

Famoso virey de Sic

Catalina Hijar
e testó 1514.

Se distinguió contra

Con
onza Cardona
y
bara Monsalve

Se distinguió en Ca
conde de Ribagorza en

n salió para el

El vizcondado d
segundon Jimeno, a

or de Aragon,

En el condado s
tataranieto de Pedro
la sucesion fué adju
el famoso Pedro Pa
de Salvatierra: á és

cisco Ramon:
bues á su hijo
Hijar y conde

ses de Torres,

De D. Lope núñ
Oraní, Coscojuela y

WLC
142
Trim. edges
N2·198

GERÓNIMO URREA

Y SU NOVELA INÉDITA

DON CLARISEL DE LAS FLORES,

POR

D. GERÓNIMO BORAO,

catedrático.

ZARAGOZA
Tipografía de Calisto Ariño
1867.

N.S. 71 A.7

OBRAS LITERARIAS DEL AUTOR

que se hallan

EN LA IMPRENTA DE D. CALISTO ARIÑO.

Historia de la Universidad de Zaragoza.
Anuario de la misma.
Discurso sobre importancia de la Literatura.
Tratado de Aritmética.
Tratado de Ajedréz.
En el crímen va el castigo, drama.
Los Fueros de la Union, drama.
La imprenta en Zaragoza.
El Tesoro de la Infancia (Descubrimientos, Biografías, Parnaso.)
Diccionario aragonés.
Lesage y el Gil Blas.
Gerónimo Urrea y D. Clarisel de la

Está además en prensa un gran *Árbol de los reyes de Aragon*, y dispuesto para la impresion un volúmen de *Poesías*.